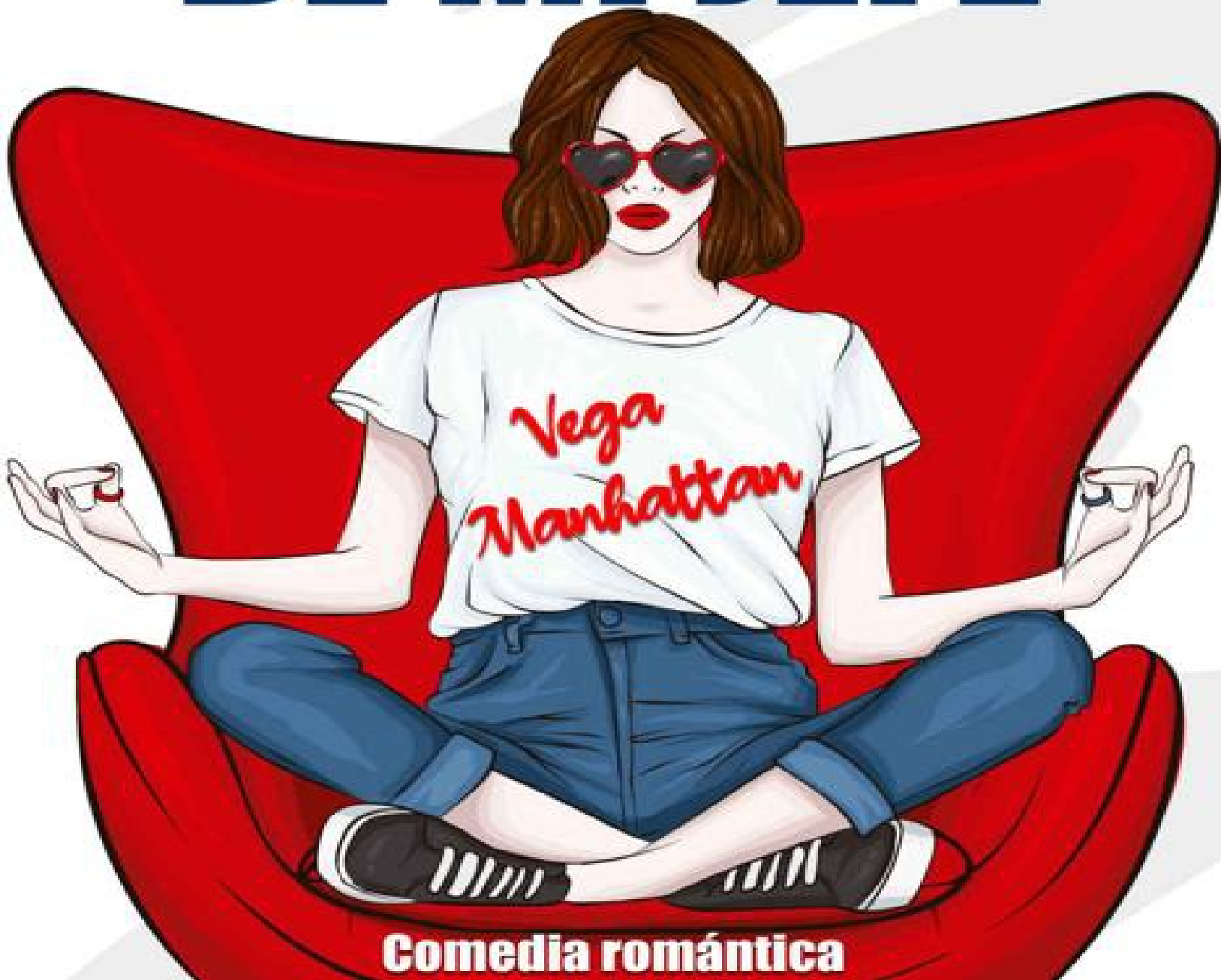


VENGO A HABLAR DE MI JEFE



Comedia romántica

Vengo a hablar de mi jefe

©Vega Manhattan

1.^a Edición: Mayo, 2024

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor. Venderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él, es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y lugares son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

NOTA DE LA AUTORA

Hola, soy Vega, la autora de esta novela.

Quiero aprovechar este espacio para hablar de un tema muy importante: la salud mental. Desde el primer momento en que comencé a escribir esta historia, me propuse tratar la salud mental con el respeto y la seriedad que merece. Entiendo que es un aspecto fundamental de nuestras vidas y que afecta a muchas personas de diferentes maneras.

En el transcurso de la novela, puede que encuentres momentos de humor. Quiero aclarar que mi intención al utilizar el humor nunca ha sido ofender ni minimizar la experiencia de quienes vivimos con problemas de salud mental. El humor puede ser una herramienta poderosa para conectar, empatizar y aliviar la tensión, pero siempre debe emplearse con sensibilidad y respeto. Esa ha sido mi intención en todo momento.

Asimismo, tengo un gran respeto por las profesiones de salud mental: psicólogos, psiquiatras, terapeutas y otros profesionales que trabajan incansablemente para ayudarnos a manejar y mejorar nuestro bienestar mental. Su labor es invaluable y merece el más alto reconocimiento.

Si alguien que está leyendo esta novela se siente identificado con los temas tratados y cree que podría estar enfrentando problemas de salud mental, le animo a buscar ayuda. Hablar con un profesional puede ser un primer paso crucial para recibir el apoyo necesario y comenzar el camino hacia la recuperación.

Por favor, recuerda que, ocurra lo que ocurra, no estás solo ni sola. Siempre habrá personas dispuestas a ayudarte. Todos remamos en el mismo barco.

Gracias por leerme y por acompañarme en este viaje.

Con cariño,

Vega Manhattan

**VENGO A
HABLAR
DE MI JEFE**

Vega Manhattan

Comedia Romántica

SINOPSIS

Dicen que el roce hace el cariño, pero quien inventó ese dicho claramente no conocía a Jackson y a Prue. Para ellos, el roce no era más que una receta para la urticaria. Literalmente. Como si su piel ardiera ante el contacto. Por eso, intentaban mantener las distancias.

Suena fácil, ¿verdad? Pues bien, el universo adora reírse de los planes humanos.

En esta historia, serás testigo de cómo dos personas que preferirían saltar de un acantilado antes que pasar cinco minutos en la misma habitación, descubren que un simple momento puede cambiarlo todo.

Prepárate para una novela donde la ironía y el humor son los reyes, y donde aprenderás que, a veces, las relaciones más improbables son las que más vale la pena explorar.

Porque, después de todo, en el juego del amor y el odio, nunca sabes quién ganará.

¿Y tú, por quién apostarías?

ÍNDICE

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

“Terapia de choque no solicitada.”

Capítulo 2

“Sesiones extra: conflictos no resueltos y diálogos cortantes.”

Capítulo 3

“Neurotransmisores en guerra: La química de un desencuentro.”

Capítulo 4

“Terapia sorpresa: Tercero en discordia.”

Capítulo 5

“Afloja un poco la interpretación, ¿no?”

Capítulo 6

“Jugando sucio con la psicología inversa.”

Capítulo 7

“¿Es necesario tanto análisis hasta el final?”

Capítulo 8

“¿Por qué? Porque, a veces, analizar duele.”

Capítulo 9

“Hoy en la consulta: ¿Cómo arruinarle el día al otro?”

Capítulo 10

“Seguimos aquí, sobreviviendo a las terapias.”

Capítulo 11

“Así me gusta, ignórame a mí y analiza a los demás.”

Capítulo 12

“¿Quién necesita terapia? Nosotros, claramente.”

Capítulo 13

“¿Qué tal una sesión de terapia accidental?”

Capítulo 14

“Por favor, ¿podemos compartir el diván?”

Capítulo 15

“Ven aquí, que te voy a reinterpretar tus sueños.”

Capítulo 16

“Manejando el estrés: Tú me causas, yo te soluciono.”

Capítulo 17

“Tranquilo, colega. ¿Quieres desmontar mi vida otra vez?”

Capítulo 18

“Análisis de sueños: Tú en los míos, para variar.”

Capítulo 19

“Diagnósticos en conflicto: Tu teoría vs. mi paciencia.”

Capítulo 20

“Al final, todos tenemos nuestro lado Freudiano.”

Epílogo

“A todos nos gustan los finales felices, incluso a los psicólogos.”

NOVELAS

Vega Manhattan

Pero antes...

Si has llegado hasta aquí buscando una historia súper enrevesada, puede que te hayas equivocado de libro. Yo escribo comedia romántica, y mi misión principal es hacerte reír, suspirar y, si tengo suerte, hacer que te olvides por un rato de las preocupaciones del día a día. Al menos intentarlo.

¿Te sientes abrumada por la vida? Perfecto, esta novela es para ti. Aquí encontrarás situaciones ridículas, enredos amorosos y personajes que no saben qué hacer con sus vidas (como todas nosotras, ¿verdad?). No esperes encontrar grandes lecciones de vida ni profundas reflexiones filosóficas.

¿Quieres evadirte un rato? Adelante, este libro es tu boleto a un mundo donde los problemas se resuelven con un beso apasionado y un chiste bien colocado. Ponte cómoda, relájate y prepárate para reírte de las desventuras amorosas de mis personajes.

Eso sí, si en algún momento necesitas ayuda de verdad, te animo a buscarla.

Pero si lo que quieres es olvidarte de todo y disfrutar, has elegido la historia perfecta.

¡Disfruta de la lectura y que las risas no falten! Y recuerda, a veces, una buena carcajada es el mejor remedio para el alma.

Con humor y cariño,

Vega Manhattan

«Aunque descifremos la mente, el corazón sigue sus propias reglas...»

om

Introducción

Psicólogos, esos supuestos maestros del alma que pretenden desenredar las marañas de nuestras complejas mentes con su aparente sabiduría infinita.

¡Venga ya!

¿Realmente creen que tienen la llave maestra para descifrar los misterios de nuestra psique? Parece que sí, o al menos eso intentan hacernos creer con sus diplomas colgados en la pared y esa mirada de “yo lo sé todo.”

Si a menudo dan la impresión de necesitar más ayuda que sus pacientes, como si cada sesión fuera una terapia inversa. Y, aun así, los veneramos, los tratamos como si fueran oráculos modernos, capaces de sumergirse en las profundidades de nuestro ser y rescatarnos de nuestras propias tormentas emocionales.

¡Ja!

Imagínatelos ahí, sentados en sus sillas ergonómicas, detrás de escritorios pulcros, rodeados de esos tomos gruesos y polvorientos que probablemente solo han abierto para impresionar a algún desafortunado cliente.

¿Y qué me dices del diván?

Ese icónico sofá parece más un accesorio de moda que una herramienta terapéutica.

¿Está ahí para facilitar escuchar nuestras penas, o porque saben que a veces lo que realmente necesitamos es una buena siesta? O quizás para que te sientas lo suficientemente cómodo como para abrir tu cartera junto con tus traumas y dejar caer algunos billetes de más.

Eso contando con que haya un diván y no estemos hablando de una incómoda silla, que todavía es peor.

Sí, resoplo.

Cómo no hacerlo ante la idea de que alguien se gana la vida escarbando en el barro emocional de los demás sin mancharse las manos.

Claro, ellos lo hacen porque son “profesionales.”

Pero no porque manejen soluciones mágicas, sino porque tienen una capacidad asombrosa para hacerte hablar y hablar mientras el reloj sigue corriendo y tu bolsillo se vacía.

Porque una vez que empiezas, ten por seguro que te tienen atrapado para siempre, en un ciclo interminable de sesiones que parece no tener fin.

Porque cuando no es un trauma, es otro.

Además, estos gurús del entendimiento humano están entrenados para ser totalmente imparciales, absolutamente neutrales, como si fueran jueces de la corte suprema de tus

emociones.

No juzgan, dicen.

Que todo es “interesante” y “vale la pena explorar.”

Así que van soltando: “¿Y cómo te sientes respecto a eso?”, a diestro y siniestro, lanzando preguntas como quien tira dardos en una feria, esperando que alguno acierte en el blanco y revele algo profundamente oculto.

Es ridículo pensar que entender la mente no depende de la lógica y por eso no se ven los defectos de las terapias.

¿No había excusa más rebuscada que poner?

¿No puede alguien decirles a esos señores y señoras que no todo en la vida se soluciona hablando? ¿No se dan cuenta del tipo de desmadres que provocan cuando te hacen desempolvar traumas de la infancia que ni sabías que tenías?

¿Cómo no va a haber tantos líos mentales si estos expertos te hacen cuestionar desde tu elección de cereal hasta la relación con tu suegra?

A ellos les da lo mismo, ellos preguntan y allá tú con las respuestas que encuentres.

Allá tú si tu corazón empieza a palpar al recordar tu primer amor.

Allá tú si descubres que realmente odias tu trabajo.

Y allá tú si la sesión es de doble filo, o, para complicarte aún más la vida, apenas rasca la superficie.

Malditas sesiones.

Maldita introspección.

¡Malditos psicólogos!

¿Por qué no me dejaron seguir en mi ignorancia? ¡Podríais haberos guardado vuestras preguntas para otra!

Porque, al final del día, todos nacemos para ser felices, ¿no?

Y yo, como la mayoría de los mortales, no tengo la suerte de nacer con todas las respuestas.

Así que, mientras tanto, seguiré enfrentándome a esos supuestos sabios, cuestionando cada palabra y cada silencio.

Porque, en el fondo, todos buscamos lo mismo: un poco de paz en este caos llamado vida.

om

Capítulo 1

“Terapia de choque no solicitada.”

Su abuela era la persona más sabia que había conocido nunca, superando con creces a cualquier otro mentor o académico que se hubiera cruzado en su camino. Y dado que Prue había dedicado su carrera a explorar y desentrañar los más recónditos recovecos de las emociones humanas, ese reconocimiento no era algo que otorgase a la ligera.

Y es que, con tan solo una frase bien escogida, su abuela era capaz de poner en perspectiva cualquier catástrofe emocional. Frases como...

—¡Que le den por culo!

Por supuesto, la venerable anciana jamás se habría expresado en esos términos, pero en su ausencia, Prue encontraba que esa frase era una aproximación bastante acertada.

Era sorprendente cómo unas simples palabras podían borrar de un plumazo la necesidad de llorar por lo irremediable.

¿Llorar? ¿Para qué perder el tiempo con lágrimas si no iba a cambiar las cosas?

Absolutamente inútil.

—¡Que lo folle un pez sierra! —retumbó una voz en el coche cuando Prue contestó la llamada y pulsó el manos libres, siempre con cuidado de que el cacharro que tenía pegado para sujetar el móvil en el salpicadero no acabase en el suelo.

Y mira que le había echado pegamento por un tubo, eh, pero eso parecía no querer encajar ahí, negándose a adherirse como si tuviera voluntad propia. El salpicadero estaba cubierto de marcas de pegamento, un testimonio de sus inútiles esfuerzos para hacer que algo moderno se integrara en un entorno que pertenecía a otra época.

Y es que el coche era una reliquia, un modelo que bien podría haber pertenecido a una exposición de clásicos. Lo de tener un sistema Bluetooth de altavoces era algo que ni se imaginaba cuando lo fabricaron. El volante desgastado y la tapicería que olía a décadas de historia eran testigos de su edad dorada.

Prue soltó una carcajada al escuchar el comentario sarcástico de su mejor amiga, la artífice del mensaje anterior.

—Ni mi abuela lo habría dicho mejor —murmuró, mientras echaba un vistazo por el espejo retrovisor y señalizaba para cambiar de carril.

Justo entonces, un coche la adelantó abruptamente.

Masculló un insulto, ya empezaba el desfile de idiotas, una procesión aparentemente interminable que parecía aumentar con cada kilómetro.

—Tu abuela habría dicho algo como: “Si no está, es que no era para ti.”

«Ciertamente.»

Su amiga había conocido a su abuela. Y muy bien.

—Yo prefiero la terapia de choque. Más directa y sin rodeos —continuó Heily.

—Por eso la psicóloga soy yo —replicó Prue, mientras se preguntaba por qué sus propias terapias parecían tan poco efectivas en su caso, una ironía que no escapaba a su agudo autoanálisis.

Intentó nuevamente cambiar de carril y tuvo que frenar bruscamente por otro conductor surgido de un agujero negro en el espacio-tiempo del tráfico matutino.

—¡Me cago en la leche! —exclamó ya, perdiendo la poca paciencia que le quedaba— ¡¿Pero la gente dónde se saca el carné de conducir?!

—Al parecer, en el mismo sitio o de la misma manera donde te sacaste tú el título de psicóloga. Porque para ser experta en el comportamiento y la psique humana, muy bien no te va, ¿no? —Heily no se cortaba un pelo con la ironía y, al parecer, tenía el don de leer mentes, algo que siempre usaba para pinchar a Prue en los momentos menos oportunos.

—Ser psicóloga es una cosa y tener paciencia, otra —dijo justo en ese momento, mientras gritaba a otro conductor a través de la ventanilla abierta—. ¡Gilipollas!

—Pensaba que iban de la mano —se rio Heily, disfrutando del tono desquiciado de su amiga.

—¿Los subnormales? Sí, ¿no has oído eso de que Dios los cría y ellos se juntan? —una mezcla de frustración y sarcasmo en su voz.

Heily soltó una carcajada sonora.

—Me refería a la psicología y la paciencia, pero sí, en eso te doy la razón —dijo, todavía entre risas.

—La paciencia es a la psicología como lo eres tú al pensamiento crítico —bromeó Prue.

—O lo eres tú a las relaciones estables —contraatacó Heily con su habitual lengua siempre afilada y una sonrisa maliciosa que era casi audible a través del teléfono.

—Habló la experta. ¿Qué pasó con el último? Ya te lo advertí... —dijo Prue, lanzándole un recordatorio mordaz de su consejo no solicitado pero, evidentemente, acertado.

Porque Prue podía ser ciega con respecto a sí misma, pero tenía un verdadero ojo clínico para los demás, una habilidad casi quirúrgica para diagnosticar problemas emocionales y de comportamiento en quienes la rodeaban. De ahí la elección de su carrera.

Sin embargo, irónicamente, ese don parecía apagarse en el momento en que se fijaba en alguien. En esas ocasiones, era más ciega que consigo misma, que ya era mucho decir.

Cuando el amor o incluso una fuerte atracción entraban en juego, su usualmente aguda visión se nublaba, y Prue se encontraba repitiendo los mismos errores de aquellos a quienes aconsejaba.

La paradoja de su vida era palpable: una experta en relaciones humanas que, en lo personal,

tropezaba repetidamente con la misma piedra.

Volviendo a su amiga... Le había advertido a Heily: ¡Cuidado con ese tipo...! Y no se lo había dicho una, sino varias veces.

Pero Heily, cual kamikaze empedernida, parecía tener un deseo implacable de volar directamente hacia el peligro, ignorando todas las señales de advertencia y precipitándose hacia situaciones que solo podrían describirse como catastróficas.

—Dejando de lado lo inútiles que somos para elegir pareja —dijo Heily, cambiando de tema porque era evidente que ese no era su tema favorito ni el más adecuado para discutir en ese momento— ¿Lo has visto?

—¿Ver qué? —Prue parecía distraída, concentrándose en el tráfico mientras finalmente tomaba el desvío hacia el hospital.

—Su estado. Ese imbécil te dejó hace dos días y ya está con otra.

—No, y no pienso verlo —respondió Prue, aunque ya había sucumbido al molesto picor de la curiosidad.

Solo quería ver desaparecer ese irritante puntito verde de su pantalla, no porque realmente le importara lo que hiciera ese infeliz, ni mucho menos porque deseara continuar en su vida de alguna manera.

¡Ni que hubiera soñado con vestidos blancos y una vida juntos! Esas ideas eran más fantasías alimentadas por películas y cuentos de hadas que una realidad en su vida, especialmente considerando cómo había terminado todo.

Aunque, había que admitirlo, encontrar a tu pareja con otra persona nunca es agradable para nadie. Es un golpe duro y bajo que sacude los cimientos de cualquier seguridad emocional que una pudiera tener, dejando a su paso un rastro de dudas, inseguridades y el doloroso proceso de tener que reconstruirse de nuevo.

Este tipo de situaciones siempre traían a colación la frágil naturaleza de las relaciones humanas, esa conexión tan fácilmente rota por la traición y el desamor.

En el fondo, ese era el verdadero temor: el saber que la confianza depositada en alguien podía evaporarse en un instante.

—¡Menudo gilipollas! —exclamó Heily, indignada— Si es que se veía venir... El tipo simplemente colecciona rupturas como otros coleccionan sellos... Consiguió lo que quería y adiós muy buenas.

Gilipollas, sin duda. ¿Para qué negarlo?

Si al menos las noches juntos hubieran valido la pena...

Pero ni eso, ni siquiera un pequeño consuelo en ese sentido. Las promesas de pasión quedaron en nada más que mediocridad y desilusión.

—Y ella parece estar súper enamorada —comentó Heily, observando con cierto morbo la

rápida evolución de esa nueva relación en las redes sociales—. Guapa es, las cosas como son...

—¿Ah, sí? —preguntó Prue, fingiendo ignorancia mientras su voz se tiñó con un toque de cinismo— Ni idea, solo le vi el trasero.

Heily volvió a soltar una carcajada sonora.

—Traumático —dijo entre risas.

—No lo dudes —murmuró Prue, mientras se acercaba a los aparcamientos del hospital.

Y es que el día anterior, con su genial idea de sorprender a Kevin en su consulta tras un turno infernal en el hospital, terminó siendo ella la sorprendida.

Allí estaba él, demasiado “comprometido” con su compañera de trabajo, explorando posturas dignas de un nuevo deporte olímpico sobre su escritorio.

No, no es el primer cliché en la historia de la humanidad, pero cuando te toca vivirlo, la cosa cambia drásticamente, y el cliché se convierte en una realidad brutal e ineludible.

Kevin, con su genial sentido del timing, simplemente la miró, como si esperara que su abuela surgiera de entre las sombras con alguna frase mágica para suavizar el golpe.

Pero no había señales de su abuela ni de su sabiduría en ese momento crítico. Solo quedó ella, sola con la realidad y decidida a no dejar que este descubrimiento desafortunado arruinara su día... O su vida.

A pesar de la traición, y aunque la rabia la consumía por completo (porque, vamos, ser testigo de una infidelidad no es plato de buen gusto, independientemente de lo informal que sea la relación), Prue decidió que no derramaría ni una sola lágrima por alguien que claramente no valoraba lo que tenía.

Con un último vistazo al desastre (admitámoslo, todos tenemos un poco de masoquista), cerró la puerta con firmeza, aunque lo hizo bastante suavemente.

Era hora de enfrentar la vida de frente.

Claro que, siendo sinceros, la noche no fue tan poética. Después de todo, era Virgo, y le gustaba darle vueltas a todo, analizando cada detalle, intentando encontrar respuestas en el caos.

Sus ojeras eran testigos de esa noche en vela, marcando profundamente su rostro en cada mirada al espejo, un recordatorio constante de las largas horas de insomnio y reflexión.

Sí, ya sé lo que estás pensando: la psicóloga aquí presente tiene fe en los horóscopos. ¿Y qué? Un poco de esa creencia le venía de su abuela, esa mujer sabia que encontraba respuestas tanto en las estrellas como en los libros.

Esta mezcla de escepticismo profesional y un toque de misticismo había marcado profundamente tanto su vida personal como su trabajo. Le recordaba que, aunque la ciencia ofrecía muchas respuestas, la experiencia humana, a veces, jugaba en otra liga.

Así que ahí estaba ella, lista para otro día en el frente, porque la vida no se detenía, ni siquiera

cuando su vida amorosa parecía una comedia de errores. Y aunque su corazón estaba herido, quizás más de lo que le gustaría admitir, había gente que contaba con ella.

Tenía sesiones consecutivas con pacientes que enfrentaban desde ansiedad crónica hasta crisis matrimoniales, problemas profundamente arraigados que requerían su máxima atención y empatía. Todos esperaban que fuera su faro de sabiduría y consuelo.

Irónico, ¿no?

Considerando que su vida sentimental podría ganarse un Oscar a la mejor tragedia del año.

Pero no podía simplemente desaparecer; más que nada, porque si ella faltaba, ¿quién sabía cuándo podrían conseguir otra cita con lo colapsada que estaba la sanidad?

—Se les caerá la cara de vergüenza cuando te vean llegar. Es imposible que no sientan algo de remordimiento —especuló Heily, intentando inyectar algo de ánimo a la situación.

—A saber si no fue la primera vez y me llevan viendo la cara tiempo. O, quizás, desde el principio —resopló Prue, sintiéndose patética y un poco tonta por haber sido tan ingenua—. Al fin y al cabo, se pasan el día juntos, son prácticamente inseparables —la mujer con quien la engañó era la enfermera que trabajaba con él, siempre estaba a su lado.

—¿No decías que solo le viste el trasero? —bromeó Heily intentando aligerar el ambiente con un toque de humor, aunque sabía que el tema era delicado.

—Por eso mismo sé quién es. Esa imagen fue más que suficiente para reconocerla —respondió Prue, su voz teñida de ironía y una pizca de desdén.

Heily soltó otra carcajada, no tanto por la situación, como por la forma en que su amiga manejaba su dolor con ese humor ácido tan característico.

En eso eran muy parecidas. Quizás por eso siempre se había llevado bien.

—Ya en serio, ¿estás bien? —preguntó Heily cuando dejó de reír, su tono cambiando a uno de sincera preocupación.

Prue aparcó el coche, giró la llave para apagar el motor, dejando que el silencio del vehículo invadiera el espacio. Luego suspiró profundamente, llenando sus pulmones de aire antes de exhalar lentamente, como si intentara deshacerse del peso de sus pensamientos.

—No es que hubiera imaginado un futuro con él, lleno de momentos felices y promesas cumplidas —confesó.

—Eso no quiere decir que no duela —respondió su amiga con suavidad.

—Bueno, me duele el ego, por supuesto. Pero no tengo el corazón roto en pedazos, quédate tranquila. Una ya está curada de espanto —dijo Prue, con un tono de voz que mezclaba resignación y un toque de humor amargo, refiriéndose a que no era la primera vez que metía la pata eligiendo a sus parejas.

Ni era la primera vez que la engañaban, un ciclo lamentablemente familiar en su vida amorosa.

Su amiga de toda la vida, esa que se había convertido en su mitad desde que se conocieron, la que compartía su mala suerte en las relaciones, resopló, empática.

Prue cogió el bolso, el maletín y todos los demás enseres que constituían su arsenal diario para enfrentar el mundo exterior, preparándose para salir del coche.

—Siempre quedaremos nosotras. ¿Crees que funcionaríamos en la cama?

Tras un gruñido de Prue, Heily rio a carcajadas.

—Deja de desearme el mal —bufó Prue, aunque no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de su amiga.

—Mira, al menos sé, mejor que esa panda de inútiles, qué te gusta...

—¡Heily! —la cortó Prue, riendo y negando con la cabeza. Su amiga, la loca, no cambiaba, siempre encontraba la manera de hacerla reír en los momentos más inesperados.

—Bueno, tú te lo pierdes, dicen que soy muy buena con la lengua.

—Se refieren a tu lengua viperina, so' víbora —resopló Prue.

Salió del coche y como pudo, se colocó el móvil en la oreja mientras cerraba la puerta con cuidado, asegurándose de no perder el equilibrio con todos los objetos que llevaba.

—Ya lo tiene que saber todo el hospital, ¿no crees? —preguntó Heily, su voz adquiriendo un tono más serio a pesar de las bromas anteriores.

Prue, sin inmutarse demasiado por la idea de que su vida privada pudiera ser tema de conversación en los pasillos del hospital, suspiró levemente, despreocupada.

—A estas alturas, que piensen lo que quieran. Honestamente, tengo cosas más importantes en las que pensar —con todo bien colocado, agarró el móvil.

—¿Como en mi lengua? —dijo Heily, intentando volver al tono juguetón con una voz intencionalmente sexy.

—Sí, sueño con retorcerla a cada momento. Pero ahora mismo eso pasa a un segundo puesto. Hoy llega el nuevo jefe del Servicio de Psicología y Psiquiatría.

—¡Es verdad! ¿Sabes ya algo sobre él? ¿Quién es? —la curiosidad era palpable en la voz de Heily.

—No mucho, el hermetismo es completo. Solo sé que es alguien con una reputación impresionante. Parece que el hospital está intentando levantar el perfil de la unidad con algunos grandes y prometedores nombres —respondió Prue, su tono reflejando una mezcla de expectativa y reserva.

—Ni que estuvieras hablando de mi hermano —bufó Heily, dando a entender que, en su opinión, ningún médico tenía una mejor reputación que él. Su tono era mitad en broma, mitad en serio, pero con un ligero toque de orgullo que no podía ocultar.

Prue tropezó con un bordillo invisible y soltó un gemido de frustración, no sin antes elevar su

mirada hacia el cielo y realizar varios gestos con la cabeza, como si estuviera dirigiéndose al universo entero, o a cualquier entidad que pudiera estar mirándola, en un claro reclamo exasperado: «ya está bien, ¿no?»

—¿Podrías dejar de desearme el mal de una vez? —casi suplicó, su voz cargada de un cansancio profundo y una súplica lastimosa.

En ese momento, Prue no estaba completamente segura a quién dirigía sus palabras; si a la vida, que parecía ensañarse con ella últimamente, o a Heily, quien también parecía estar jugando un papel en este infortunio continuo.

«A los dos», pensó finalmente, resignada.

Y un tanto amargada.

—¡Buenos días! —exclamó entonces, esforzándose por infundir un tono exageradamente alegre a su saludo cuando se cruzó con un par de compañeros de trabajo. Logró sostener una sonrisa convincente, pero esta se desvaneció tan pronto como las figuras de sus colegas desaparecieron de su vista.

—A mí también me irrita —admitió Heily, porque sería una tontería negar lo evidente—. Pero hay que admitir que es bueno. El mejor, de hecho.

—Y el más humilde, claro está. Como tú. Debe ser algo genético, ¿no? —respondió Prue con un tono claramente sarcástico, casi mordaz.

—Bueno, si nos ponemos técnicos, la humildad no es exactamente el fuerte de nuestra familia —admitió Heily, una sonrisa en su tono de voz.

—Desde luego, si la humildad fuera una enfermedad, estaríais completamente inmunizados —continuó Prue, burlándose de su amiga.

—La humildad está sobrevalorada —replicó Heily con una risa seca—. Lo importante es ser competente, y en eso no nos gana nadie.

—Claro, claro, competencia pura en la familia... —Prue puso los ojos en blanco de manera teatral y exagerada— Dime, querida Heily, ¿tienes en tu repertorio alguna cura milagrosa para este desbordante exceso de autoestima o simplemente lo delegaremos a las futuras generaciones para su eterna diversión y posible tormento?

—Eso, querida Prue, es algo que, lamentablemente, ni el mejor de los médicos, con todas sus habilidades y conocimientos, podría esperar curar —respondió ella, su tono teñido de un guiño cómplice y una sonrisa audible a través de sus palabras—. Se trata, más bien, de un rasgo de carácter profundamente arraigado. Incurable.

—Ya veo, entonces es hereditario y crónico —Prue sonrió—. Te pareces demasiado a él.

—Pero con una diferencia crucial: yo sí te caigo bien —contestó Heily con un guiño audible en su voz.

—Y créeme, con una Jackson es suficiente. Si tuviera que lidiar con los dos, no sé qué haría

—respondió Prue, siguiendo el tono burlón y enfatizando la idea de que, a pesar de las similitudes, la preferencia de Prue claramente inclina la balanza a favor de Heily.

Jamás de su hermano.

—¿Te imaginas...? —comenzó Heily, pero Prue no la dejó terminar.

—No —dijo rápidamente, cortando cualquier posibilidad de seguir ese pensamiento.

Fuera cual fuera.

—¡Sería divertido! —rio Heily, jugando con la idea.

—Prefiero enfrentar una maratón de conferencias sobre la teoría del caos, sea quien sea el ponente, antes que eso —dijo Prue, elevando el nivel de sarcasmo y subrayando su rechazo a la propuesta de Heily.

—Interesante... Podría ser una buena manera de despejar la mente —murmuró Heily, cuyo tono sugería que no había captado completamente la ironía en la comparación de Prue— Supongo...

—¡Jamás! —exclamó Prue, rechazando la idea con una carcajada— Después de lo último que viví, descarto completamente mezclar el caos teórico con mis dilemas existenciales. Vamos, que no estoy dispuesta a complicar todavía más mi panorama emocional y mental —aclaró, asegurándose de que su postura quedara completamente clara.

Si su abuela hubiera estado allí para escucharla, habría negado con la cabeza y dicho con sabiduría: “Nunca digas de este caos no aprenderé”, recordándole que la vida, a menudo, tiene formas curiosas e irónicas de enseñarnos lo que menos esperamos.



La puerta completó su ritual de triple cierre, ejecutando un meticuloso baile de seguridad, antes de emitir ese clic final que tanto aliviaba a Prue. Ella exhaló un profundo suspiro, aliviada de poder relajarse tras una intensa sesión de terapia.

Su paciente, siempre tan meticuloso, no había perdido la ocasión de reorganizar el calendario durante la sesión. Para él, era una manera de imponer un poco de orden en su mundo, algo que Prue comprendía perfectamente. Y respetaba.

Cada vez que él se marchaba, ella pacientemente volvía a colocar el calendario en su sitio original, restaurando el orden de su espacio de trabajo, manteniendo una rutina que le

proporcionaba una pequeña sensación de control en su propia vida.

Sentada frente al monitor, Prue empezó a escribir sus notas sobre el progreso de su paciente. Estaba avanzando notablemente, superando obstáculos que en otro tiempo parecían insuperables, lo cual era un testimonio del esfuerzo y la dedicación que ponía.

El Trastorno Obsesivo-Compulsivo (TOC) era un tema complejo que ella entendía bastante bien.

Es como tener un compañero de cuarto en tu mente, uno particularmente meticuloso, que constantemente te pregunta si cerraste la puerta o apagaste el horno.

Y, por más que lo asegures, siempre parece insuficiente para ese pequeño vigilante interno que nunca muestra signos de fatiga ni de satisfacción.

Desde fuera, estas acciones pueden parecer excesivas. ¿Por qué alguien necesitaría verificar tantas veces algo tan simple como cerrar una puerta? Para aquellos que conviven con el TOC, cada revisión adicional es una capa más de seguridad, un esfuerzo desesperado por apaciguar esa insistente voz interna que urge a comprobarlo todo una vez más.

La ansiedad que acompaña estas compulsiones puede ser abrumadora, como llevar a cuestas una mochila repleta de preocupaciones irracionales.

¿Y qué pasaría si esa mínima duda se transforma en una catástrofe real?

“Mejor prevenir que lamentar”, susurraría esa voz persistente.

Pero Prue quería ser clara: el TOC es mucho más que una colección de compulsiones llamativas. Es como si el cerebro de quienes lo padecen buscara imponer algo de orden en un mundo que, a menudo, se percibe como caótico y fuera de control.

Puede sonar un tanto extravagante, pero todos tenemos nuestras peculiaridades, ¿no? Algunos simplemente experimentan estas peculiaridades con una intensidad que otros nunca llegarán a comprender.

Como psicóloga, el objetivo de Prue era demostrar que vivir con TOC no significa el fin del mundo. Con el tratamiento adecuado y el apoyo necesario, es posible convertir estas compulsiones en algo manejable. No hay razón alguna para permitir que esas meticulosas voces dicten los términos de la vida de uno.

Cuando Prue terminó de redactar el informe, apagó con un gesto mecánico el monitor y salió del despacho con una mezcla de alivio y cansancio. Al cruzar el pasillo, se encontró con las enfermeras de la unidad, que se encargaban de anotar los pacientes que llegaban y de comunicárselo a los psicólogos, entre otras muchas cosas. Las saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa mientras se dirigía hacia el baño.

—¿Y estaba con otra? —preguntó una de ellas a la otra en un susurro, como si Prue no fuera a enterarse de su conversación.

Sus voces eran apenas un murmullo, pero lo suficientemente audibles para que Prue captase cada palabra, a pesar de la discreción con la que intentaban hablar.

—¡Con la enfermera! —la respuesta llegó con un tono de incredulidad y escándalo.

—¡Dios mío! —exclamó, visiblemente escandalizada.

—Imagina, ¡la pobre! ¡Qué pena me da! —respondió la otra con una mezcla de compasión, asombro y un toque de chisme hospitalario que solía ser inevitable en esos espacios de trabajo.

Prue continuó su camino hacia el ala donde se encontraba la sala de descanso de los profesionales, su paso firme y decidido, aunque su mente estaba lejos de estar tranquila.

Entró en el baño, cerrando la puerta detrás de ella con un movimiento casi automático. Entonces sacó el móvil del bolsillo del pantalón y escribió un mensaje a Heily.

“Sí, lo sabe todo el mundo.”

Guardó de nuevo el móvil en el bolsillo y apoyó la espalda contra la puerta por un segundo, permitiéndose sentir el fresco contacto de la madera contra su ropa. Cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de exhalar la pesadez del día.

Un momento más tarde, se acercó al lavabo, se miró en el espejo y reflexionó sobre cómo, a pesar de tener más de treinta años, casi cuarenta mejor dicho, y ser una psicóloga formada y aparentemente competente, se sentía incapaz de interpretar correctamente las señales en las relaciones personales cuando se trataba de hombres. Sus pensamientos se mezclaban con la frustración de repetir patrones que conocía demasiado bien.

Teóricamente.

Era evidente que el pasado de Prue y el de su madre la habían marcado profundamente.

La historia de su madre no era precisamente alentadora. Su padre desapareció de un día para otro, dejando tras de sí un vacío enorme y una sensación de abandono que aún resonaba a través de las generaciones. Tras llorar su ausencia como si fuera la tragedia de su vida, su madre se quedó embarazada de otro hombre que, al enterarse, la abandonó cobardemente, dejándola sola. Esperando mellizas.

Si no hubiera sido por el apoyo de su abuela, quien se convirtió en la roca de la familia durante esos tiempos turbulentos...

A saber dónde y cómo habrían acabado todas.

Pero su abuela, por desgracia, no era eterna. Y aunque batalló con la enfermedad todo lo que pudo, terminó marchándose. Y le tocó a Prue convertirse en esa roca que su familia necesitaba, tuvo que aprender a estudiar y trabajar al mismo tiempo para ayudar en casa.

De eso hacía ya un buen tiempo...

Su madre, en ese momento, estaba con alguien que la hacía feliz, pero para llegar a eso había tenido que atravesar por un sinfín de relaciones desastrosas, cada una dejando su marca en el concepto de amor que Prue intentaba construir para sí misma.

Prue suponía que ella, de manera inconsciente (porque si fuera consciente, evidentemente no lo haría, o eso quería creer ella) seguía eligiendo mal a sus parejas. Era un patrón que parecía

replicarse a pesar de su educación y experiencia profesional.

Si algún compañero la tratase, vería claro, justo como ella lo veía en sus pacientes: un ciclo de decisiones emocionales mal fundamentadas que necesitaba aprender a romper.

Pero una cosa era la teoría y otra la práctica, ¿verdad?

Prue ajustó su cabello frente al espejo, como si intentara cubrir los invisibles cuernos que sentía pesar sobre su cabeza y suspiró.

—Si es que lo tenía que haber visto venir —se lamentó.

Porque las señales habían estado ahí, casi como con cartelitos de neón, brillantes y obvias para cualquiera que estuviera dispuesta a prestar atención. Que parecía no ser ella.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —uno de los refranes favoritos de su abuela.

En fin, a esas alturas, ya nada debería sorprenderla...

Pero la voz que resonó a su espalda al salir del baño le demostró lo contrario, revelando que todavía quedaban lecciones inesperadas por aprender.

—Prue...

El sonido de su nombre susurrado con esa familiaridad irritante la hizo detenerse en seco.

En ese instante, Prue se dio cuenta de que su supuesta inmunidad a las sorpresas era solo una ilusión.

Respiró profundamente, invocando paciencia divina.

«¿Por qué, señor? ¿Por qué ahora?», se preguntó en silencio, aunque sabía que algunas cuestiones, simplemente, carecían de respuestas.

Y es que en la vida y en la terapia, siempre hay más preguntas que respuestas...

om

Capítulo 2

“Sesiones extra: conflictos no resueltos y diálogos cortantes.”

—Prue...

Aunque la voz que resonó a sus espaldas la paralizó por un instante, Prue decidió ignorarla y se dispuso a seguir su camino. No estaba en condiciones de enfrentar lo que esa voz representaba.

—¿No te enseñaron que es de buena educación devolver un saludo? —preguntó Jackson con retintín, empleando esa tonalidad deliberadamente provocativa que siempre lograba sacarla de quicio.

Prue apretó los dientes, frenando en seco. Respiró hondo, intentando calmar la marea de frustración que la invadía, mientras sentía cómo cada célula de su cuerpo se tensaba en respuesta a la presencia de Jackson.

Precisamente en ese momento, después del caos que era su vida sentimental, no tenía ganas de lidiar con él, ni aguantar su tono burlón y su constante necesidad de provocarla.

Era lo último que necesitaba, otro juego mental con alguien que parecía disfrutar haciéndola sentir mal.

Normalmente, intentaba soportar su presencia porque, afortunadamente, no solían verse mucho. Pero lo que de verdad provocaba en ella siempre que lo veía era querer apretar ese cuello hasta dejarlo sin respiración.

Por gilipollas.

Su tira y afloja era un clásico y un constante desde hacía años, un intercambio de comentarios punzantes que ya se había vuelto habitual en su relación.

Si es que a lo que había entre ellos se le podía llamar así...

Su instinto le gritaba que se alejara, que mantuviera su distancia para preservar su paz mental. Pero...

—Creía que te gustaba la gente directa y sin rodeos —dijo ella al darse la vuelta, enfrentándolo con una mirada desafiante, demostrándole que lo ignoraba con pleno conocimiento de causa, principalmente porque no soportaba verlo.

Su tono era firme, aunque en su interior, un remolino de emociones amenazaba con desbordarse.

Prue se quedó un momento en silencio, casi como si el tiempo se hubiera congelado, cuando sus ojos finalmente se posaron en él, en toda su arrogancia.

Casi metro noventa de pura arrogancia.

Ryan Jackson estaba apoyado perezosamente en la pared, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos firmemente cruzados sobre su pecho. Vestía un pantalón de pinzas negro y una camisa azul, con los dos botones de arriba desabrochados. Y sonreía con esa confianza exasperante que siempre lo caracterizaba.

Esa seguridad que Prue odiaba con todas sus fuerzas.

Pero esta vez había algo ligeramente diferente en su expresión, algo que Prue no podía identificar del todo. Un matiz en su sonrisa, quizás una sombra de algo más profundo, o simplemente una nueva táctica para desconcertarla todavía más.

Un escalofrío inesperado recorrió el cuerpo de Prue. Negó con la cabeza, intentando ignorar, como siempre hacía, las sensaciones desconcertantes que él provocaba en ella.

—¿O es que solo aprecias la franqueza cuando no se usa en tu contra? —continuó ella, decidida a ignorar sus propias emociones, decidida a no dejar que él notara lo mucho que realmente la afectaba.

La sonrisa de Jackson no flaqueó en ningún momento, permaneciendo fija y serena, como si fuera completamente consciente del efecto que tenía sobre ella.

Peor aún, como si disfrutara de cada instante de su incomodidad.

—Oh, reconozco la franqueza cuando la veo, sin duda alguna —respondió él, su tono suavemente condescendiente—. Es solo que rara vez viene de alguien que realmente tiene algo sustancial y significativo que decir. O algo que realmente me importe.

Fue el turno de Prue de sonreír, aunque fuera de manera forzada y algo incómoda, mientras su mente trabajaba a toda velocidad, buscando rápidamente una respuesta igual de aguda. No iba a dejarse superar en esta batalla de ingenio que, aunque no deseaba, parecía inevitable.

—Entonces, quizás deberías hablar menos y escuchar más a los demás —dijo ella, su voz cargada de ironía.

Aprovechó para recalcar la diferencia entre sus profesiones.

Como psicóloga, era evidente que era ella la que realmente escuchaba, mientras que él, como médico, parecía que solo sabía mandar.

Era un juego peligroso el que jugaban con sus palabras afiladas como cuchillas, pero ese día no estaba dispuesta a ceder ni un ápice en su batalla verbal. Cada palabra intercambiada se sentía como una chispa en un barril de pólvora, y aunque una parte de ella temía la explosión inevitable, otra parte estaba más que lista y dispuesta a enfrentarla.

—Prefiero ir directo al grano y no darle tantas vueltas a las cosas —eso iba directo a matar—. ¿Demasiado ocupada salvando al mundo para saludar a un viejo amigo?

Lo de “amigo” resonó con sarcasmo, por supuesto.

—¿Amigo? —Prue soltó una risa incrédula.

«Con amigos como tú, ¿quién necesita enemigos?»

Lo miró fijamente, de arriba abajo. Jackson enarcó las cejas, sin entender qué era lo que buscaba.

—¿No te ha dado urticaria al pronunciar esa palabra? —preguntó Prue, asombrada.

Para su asombro, Jackson soltó una carcajada profunda, y una sensación extraña e inexplicable la invadió al oírlo. Su risa era inesperada y genuina y, por un momento breve, pero intenso, no supo cómo reaccionar.

No era común verlo reír tan abiertamente; al menos no cuando estaba cerca de ella.

No desde hacía años.

En realidad, nunca.

Por lo general, él era serio y, cuando ella estaba cerca, sus risas no eran, precisamente, lo que le ofrecía. Conocía de sobra su lengua afilada y sus comentarios venenosos, que usualmente eran lanzados como flechas destinadas a herir.

En cierto modo, su habilidad para el sarcasmo le había enseñado a ella a mejorar el suyo y, de vez en cuando, a replicar con la misma moneda. Pero mientras lo observaba reír, no pudo evitar preguntarse qué estaría pasando por su mente en ese momento exacto.

¿Qué había detrás de esa risa tan abierta?

«¡Y a ti qué te importa, Prue!», resopló mentalmente.

Jackson se despegó de la pared con una gracia que parecía ensayada, su alta y musculosa figura dominando el espacio entre ellos. Su pelo moreno, siempre despeinado de manera casual, complementaba perfectamente su piel bronceada y daba un toque rebelde a su apariencia, haciendo que pareciera menos un profesional médico y más un actor en pleno rodaje de una película.

Le lanzó una de esas miradas que, sospechaba ella, consideraba encantadoras, esas miradas que probablemente desarmarían a la mayoría de las mujeres y hombres del planeta con su encanto casi magnético, su sonrisa torcida y ese brillo en sus ojos que prometía misterios y aventuras.

Por suerte, ella pertenecía a la minoría que no se dejaba cautivar tan fácilmente por esos trucos baratos de galán de telenovela. Había visto demasiado, conocido demasiados como él, para caer en esas trampas.

«Caes en trampas peores...», pensó con ironía.

Jackson se detuvo a escasos centímetros de ella.

—¿Quieres mirarme más de cerca y comprobarlo? —dijo él, su voz ronca más insinuante que nunca, resonando suavemente en el estrecho pasillo del hospital.

Ella dio, entonces, un paso atrás, poniendo una distancia deliberada entre ellos. Su expresión de asco lo decía todo, y no hizo falta añadir más.

—No, gracias. Prefiero mis ilusiones a tu realidad —respondió ella rápidamente, su tono cargado de un sarcasmo mordaz— ¿No te cansa ser tan predecible?

Él enarcó las cejas, claramente divertido por su desdén, su sonrisa torciéndose en una mueca de diversión maliciosa.

—Predecible es mejor que ser una hipócrita, Prue. Dime, ¿no es agotador vivir dando consejos que ni tú misma sigues? ¿O tal vez tu novio ya se cansó de escucharlos?

Ella apretó los dientes, furiosa por cómo él siempre encontraba la manera de tocar su fibra más sensible.

¿Acaso él lo sabía? Después de todo, los rumores ya circulaban por todos lados.

«No, si aún lo llama “novio”...», pensó con amargura.

Pero no sería ella quien lo pusiera al día, dándole todavía más munición para arremeter contra ella.

—Oh, estoy segura de que tú te sentirías perdido sin mi ejemplo para criticar. ¿Qué harías sin mí para aliviar esos interminables días de aburrimiento? —dijo Prue, subrayando el hecho de que él no trabajaba en ese hospital y si estaba ahí, seguramente era porque tenía el día libre o, simplemente, nada mejor que hacer.

La sonrisa de Jackson se ensanchó todavía más, sus ojos brillando con un atisbo de desafío.

—Sin tu ejemplo, probablemente, tendría algo de paz mental. Pero admito que tus charadas son entretenidas, aunque un poco patéticas.

Prue dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre ellos con una confianza forzada.

—Prefiero ser patética que un cínico con diploma colgado en la pared. Por cierto, ¿algún avance en tu estudio sobre la arrogancia profesional? Debes tener material de sobra.

Él rio, un sonido bajo y divertido.

—Prue, cada vez que hablas, me das más datos para mi investigación. Gracias por contribuir tan generosamente a la ciencia, tu ayuda es invaluable.

Ella levantó la barbilla, su postura rígida, pero desafiante.

—De nada, Jackson. Alguien tiene que hacerlo, y todos sabemos que tú estás demasiado ocupado escuchando el sonido de tu propia voz. ¿No te aburres de ti mismo?

—Nunca me aburro de aprender, incluso si el objeto de estudio eres tú, querida Prue. De hecho, debo admitir que tu persistencia es algo... Admirable.

—Vaya, ¿estás enfermo? —replicó ella con sorpresa teatralizada, alzando una ceja con escepticismo— Jamás pensé que te escucharía decir algo positivo sobre mí, no sin que hubiera un apocalipsis en camino.

Él se acercó todavía más, reduciendo el espacio entre ellos hasta que ella pudo percibir el inconfundible aroma de su colonia, esa mezcla embriagadora de cítricos y madera que siempre

llevaba. Su sonrisa torcida hacía más evidente la perturbación que le causaba su cercanía.

Prue sintió el impulso de dar un paso atrás, pero se mantuvo firme en su lugar, desafiando el espacio que los separaba, decidida a no mostrar ningún signo de debilidad ante él.

—No, no estoy enfermo. Pero si estás buscando cumplidos, tengo uno preparado —hizo una pausa dramática, aumentando la anticipación, su voz tomando un tono bajo y casi confidencial—. Tu lengua cada vez es más afilada.

Prue frunció el ceño, cuestionando si eso realmente podía considerarse un elogio. Las palabras sonaban más como una observación mordaz disfrazada de cumplido.

¡Si la estaba llamando víbora!

—Gracias —dijo ella, irónica—. Supongo que es lo que debo decir, ¿no? Me estás haciendo ver que la alumna —se señaló a sí misma con un gesto teatral— está superando al maestro —apuntó hacia él con un movimiento rápido de la mano—. Gracias por el cumplido. Ahora, dime, ¿cuál es el “pero”? No puedes simplemente ofrecer un elogio sin añadir algo más... ¿Algo negativo, quizás? ¿O es que la enferma soy yo? —preguntó con una ironía palpable, mientras una ceja se arqueaba en señal de incredulidad, marcando su desconfianza hacia sus intenciones.

La expresión divertida se desvaneció del rostro de él y, lentamente, sus ojos comenzaron a recorrer la cara de Prue, deteniéndose en cada detalle. La intensidad de su mirada era inquietante y su proximidad la dejaba muy consciente de cada respiración, sintiendo la energía que parecía vibrar en el aire entre ellos.

Jackson levantó lentamente la mano y la posó suavemente sobre su frente, luego deslizó su dedo por su mejilla.

Para su sorpresa, ese contacto inesperado la dejó turbada y nerviosa, haciendo que su corazón latiera con fuerza, el pulso acelerado resonando en sus oídos. Sentía como si sus pulmones se cerraran, le costaba respirar, como si estuviera a punto de sufrir un maldito infarto.

Si no estaba enferma antes, ahora estaba segura de que ya sí, porque el calor en su cuerpo se intensificaba bajo su toque.

«¿De qué va esto?»

Él la observó con preocupación, sus ojos buscando algún signo que ni ella misma podía descifrar, como si realmente le importara su bienestar en ese momento, aunque Prue sabía que probablemente solo era parte de su juego.

Jackson tardó en retirar su mano, y cuando finalmente lo hizo, simplemente la dejó caer a su lado como si aquel simple contacto le hubiese quemado la piel.

Como si el roce con ella fuera demasiado intenso incluso para él.

«No te alejes...», pensó Prue, sorprendiéndose a sí misma con ese deseo inesperado y casi desesperado, sintiendo una extraña mezcla de rechazo y atracción hacia él, un conflicto que la dejaba confundida y cautivada al mismo tiempo.

Inmediatamente, una oleada de sorpresa y reproche la invadió, como si un balde de agua fría hubiera caído sobre ella.

Era Ryan Jackson, por Dios, claro que tenía que alejarse.

¡Tenía que desaparecer del mapa si era posible!

Ese tipo nunca perdía la oportunidad de insultarla, de hacerla sentir inferior y diminuta, como si no mereciera ni el aire que respiraba.

Ryan era el hombre que, estaba segura, daría lo que fuera por hacerla desaparecer y no volver a verla más. ¿Cómo podía pensar, aunque fuera por un segundo, que lo quería cerca? ¿Cómo podía desear que siguiera pegado a ella?

No había explicación razonable para desear la cercanía de alguien que claramente la despreciaba tanto, que se deleitaba en cada oportunidad para humillarla.

«Debe ser que estoy perdiendo la cabeza. Tanto tiempo dando terapia, y al final, parece que quien más la necesita soy yo.»

—No, no estás enferma —dijo él, su voz baja y ligeramente burlona—. Dicen que bicho malo nunca muere, ¿no?

Prue puso los ojos en blanco y respondió, intentando ocultar su nerviosismo por el contacto detrás de una máscara de irritación y desdén.

—Ya me extrañaba a mí que fueras agradable. Estás hecho un buen actor, Jackson.

Él sonrió, un destello de algo astuto y provocador brillando en su mirada, como si disfrutara el intercambio de comentarios mordaces.

—¿Yo? Creía que lo de fingir se te daba bien a ti.

Prue sintió el impulso de resoplar, pero lo evitó, manteniendo la compostura con un esfuerzo casi sobrehumano.

—Sí. Y como buena actriz que soy, voy a fingir que no te he visto, algo que será extremadamente difícil teniendo en cuenta que tu sola aura negra me desalinea los chacras y me jode el día por completo. Y créeme, no es fácil ignorar una presencia tan... Perturbadora como la tuya.

Jackson se echó a reír, su risa resonando en el pasillo vacío, una carcajada que parecía demasiado alegre para el tenso intercambio que acababan de tener.

—Eres psicóloga, Prue, déjate de chacras. No creo que a tus pacientes les guste saber que su terapeuta cree más en el misticismo que en la ciencia y en ella misma.

—Bueno. Tus pacientes también creen en ti, es evidente que no te conocen. Al menos yo pude darme cuenta a tiempo de cómo eres; una decepción profunda y patética. Un verdadero desastre disfrazado de profesional.

Jackson apretó los dientes ante la estocada final de Prue. Sus ojos chispearon con un atisbo de

ira, o quizás dolor, algo que Prue notó, pero decidió ignorar.

—Supongo que somos dos —replicó él con firmeza, sin ceder en el juego verbal. Le hizo una gesto con la mano, señalándole el camino, y dando por terminado su encuentro de una manera casi teatral—. Después de ti, Prue. No me gustaría que me acusaras de no ser un caballero. Eso sí, intenta no tropezar con tu propia moralidad en el camino.

—Tranquilo, lo tendré en cuenta. Y tú intenta no ahogarte en tu sarcasmo —respondió ella con una sonrisa fría—. Te dejo en tu hábitat natural: merodeando y juzgando desde la distancia.

Prue hizo un pequeño asentimiento de cabeza y se giró para marcharse, su cuerpo tenso por la frustración y el resentimiento que se esforzaba por ocultar.

—Por cierto, Prue —dijo él, haciendo que ella se detuviera en seco—. ¿No vas a preguntarme qué hago aquí?

Prue resopló, sin volverse a mirarlo.

—Como si me importara... —respondió ella sin mirarlo, su voz llena de frialdad.

Y siguió su camino, dejando tras de sí el eco de su eterna rivalidad.

om

Capítulo 3

“Neurotransmisores en guerra: La química de un desencuentro.”

Jackson observó cómo Prue desaparecía por el pasillo, su figura alejándose hasta convertirse en una sombra fugaz en la distancia. Fue solo entonces cuando permitió que la tensión acumulada se disipara de su cuerpo, sintiendo cómo los músculos de sus hombros se relajaban ligeramente después de lo que parecían horas de rigidez.

Entró en el baño, se remangó las mangas, abrió el grifo y, tras llenar sus manos con agua fría, se mojó la cara en un intento vano por calmar la fiebre de confusión que ardía dentro de él. El agua helada resbaló por su piel, pero no consiguió enfriar el calor de sus pensamientos atormentados.

«¿Qué demonios me pasa?», se preguntó mientras el agua goteaba de su barbilla y caía en el lavabo con un tintineo sordo.

Era como si su cerebro hubiera decidido tomarse unas vacaciones sin avisarle, dejándolo desorientado y flotando en un mar de incertidumbre.

Quizás le había picado algo en su último viaje y le estaba afectando en ese momento, una especie de fiebre tropical extraña que alteraba su juicio.

«Tal vez es una especie de burnout psicológico que aún no he reconocido.»

Porque solo algo tan profundo y perturbador podría explicar por qué se había comportado como un personaje de telenovela barata.

Estaba claro que necesitaba revisar su propio estado mental; era psiquiatra, después de todo.

Eso o estaba experimentando una crisis personal, porque nada de lo que había hecho o dicho tenía sentido alguno.

Jackson apoyó las manos en el borde del lavabo y levantó la vista hacia el espejo.

—¿A ti se te va, no? Tú no estás bien... —gruñó a su reflejo, encontrando en sus propios ojos una mezcla de frustración y desconcierto. Sus ojos, normalmente tan seguros y desafiantes, ahora reflejaban la tormenta de emociones que luchaban por salir.

Que no estaba bien era quedarse corto; ¡nada tenía sentido!

«Es Prue, ¿entiendes?»

La misma Prue que podría ganar el premio a la mayor tortura emocional sin siquiera esforzarse. La mujer más irritante e insoportable que había conocido nunca. Una arpía de primera, una maestra en el arte de la provocación.

Cada encuentro con ella era un desafío, una batalla de voluntades en la que siempre parecía tener la última palabra.

Joder, es que no había ni un buen adjetivo que usar con ella. Todos eran malos, y por una buena razón.

Cada vez que la veía, era como si le clavaran agujas en los ojos, como si cada encuentro con ella fuera una nueva tortura diseñada especialmente para él. Y, sin embargo, no podía negar que también había un extraño tipo de magnetismo en su presencia, una fuerza que lo atraía a pesar de su mejor juicio.

Era una paradoja andante, una mezcla de atracción y repulsión que lo dejaba exhausto y confundido. Cada interacción con ella era un juego psicológico, una danza de dominio y sumisión donde él no estaba seguro de querer ganar o perder. Era como si estuvieran destinados a colisionar, dos cometas en el mismo curso destructivo, incapaces de detenerse y demasiado tercos para desviarse.

La reflexión en el espejo seguía mirándole fijamente, casi burlona en su desafío por entender sus propios motivos.

Si estaba tan claro que no quería nada con ella, ¿por qué demonios la tocó? Un impulso inexplicable, un momento de locura temporal, quizás.

¡Vete tú a saber!

Pero, espera, vayamos más atrás en el tiempo.

¿Por qué, por todos los cielos, la siguió? ¿Acaso estaba intentando ganar el premio al masoquista del año?

—No tengo ni puta idea.

Pero ahí estaba él, esperando a que saliera del baño. Plantado frente a la puerta, como un guardián de sus propios errores.

Sintiéndose ridículo, pero incapaz de moverse.

Quizás era eso, sí, que el masoquismo le iba y, después de tanto tiempo sin verla y sin provocarla, sentía la necesidad de hacerlo. Era como si una parte de él buscara ese dolor emocional, esa tensión que siempre venía con su presencia.

¿Por qué no complicarse la vida a propósito?

Y como si eso no fuera suficiente, cuando no lo vio, fue y la llamó. ¡La llamó! Porque, evidentemente, no iba a permitir que lo ignorase.

¡Eso sería el colmo! Uno tenía su orgullo, especialmente cuando se trataba de esa mujer.

Y en este juego del gato y el ratón, parecía que él siempre terminaba siendo el ratón.

Sí, todos pensamos lo mismo que tú.

Podría simplemente haberla saludado, haber hecho notar su presencia si tantas ganas tenía de hacerlo, incluso podía haberla provocado un poco (porque, seamos sinceros, este tipo disfrutaba enormemente haciéndolo), y luego podía haberse ido.

Pero no. No lo hizo.

No lo hizo porque...

No podía pensar. Esa era la cruda verdad. La sangre, de repente, no le llegaba al cerebro, como si todos los circuitos de su mente hubieran decidido tomar un desvío inesperado y dejarlo ahí, varado en medio de un caos emocional sin sentido.

Y la culpable de eso era ella, por supuesto. ¿Quién más podía ser?

Y es que ella se giró, lo miró directamente a los ojos, y él se quedó sin aire, como si de repente todo el oxígeno del mundo no fuera suficiente para él.

Eso lo dejó confundido, desorientado, como si hubiera perdido el norte completamente, como si un imán hubiera desviado todas las brújulas internas que guiaban su comportamiento.

«Y gilipollas.»

Sí, eso también. Hasta aquí estamos todos de acuerdo.

Tenía que tener un grave problema mental, porque no encontraba otra explicación lógica. Es que, de verdad, ¿qué otra cosa podía ser?

Nunca antes le había ocurrido algo así, nunca antes había sentido tal pérdida de control.

«Mentiroso.»

No con ella.

«Embustero.»

Y no pudo soportarlo. Así que le tiró un poco de la lengua, como siempre hacía. Un poco de picante nunca estaba de más, ¿verdad?

Aunque sabía, en el fondo, que estaba jugando con fuego.

«Graso error.»

Porque ella nunca actuaría con él pasivamente, ella jamás se mostraría desvalida, ella se convertía en lo que él provocaba: en fuego, una víbora de lengua envenenada.

Haciéndolo disfrutar, sí, para qué iba a mentir. Era difícil no disfrutar cuando uno era un provocador nato, cuando el intercambio de réplicas afiladas era el deporte en el que ambos destacaban.

Pero todo se descontroló, porque recordemos que él no estaba pensando con claridad.

No sabía por qué lo hizo, porque él nunca lo hacía. Esa era la regla número uno en su vida: “Nunca, pase lo que pase, toques a la víbora”, por si te lo estás preguntando.

Y, sin embargo, ahí estaba él, rompiendo su propia ley más sagrada.

Porque sí, él tenía reglas, reglas firmes, por las que su vida se regía.

Y había roto no solo una, sino las tres reglas principales.

Regla número tres: “Jamás mires a la víbora directamente a los ojos.”

Porque podía embrujarlo o algo peor. Estaba confirmado que, cuando lo miraba, le costaba pensar.

Lo hizo.

Regla número dos: “Jamás de los jamases, bajo ninguna circunstancia, te quedes a solas con ella.”

—Por Dios, ¿tenías que seguirla al baño?

¿Era realmente necesario colocarse voluntariamente en una situación de tal vulnerabilidad?

Regla número uno: sin comentarios a estas alturas.

Había tocado el fuego, literalmente, y ahora estaba sintiendo el calor.

Y por si esto no fuera suficiente, también había roto la regla principal: la Regla Suprema. ¡La fundamental!

“Nunca, jamás, rompas ninguna de las tres reglas principales.”

Había fallado estrepitosamente, un fracaso de proporciones épicas.

Rompió todas las reglas. Y la tocó.

Quizás para comprobar que no estaba enferma. Porque sí, mala cara tenía... Sus mejillas pálidas, su frente quizás un poco demasiado brillante. Podía tener fiebre, ¿no?

«¡Excusas!»

Era la voz en su cabeza, esa pequeña y molesta voz de la razón que sabía que estaba buscando justificaciones para su comportamiento imprudente.

Se había permitido un momento de debilidad, un instante en el que sus reglas personales se habían desvanecido ante la posibilidad, aunque remota, de que ella necesitara ayuda.

Y ahora, estaba pagando el precio de ese momento de locura, sintiendo cómo cada regla rota le pesaba, como cadenas que había forjado él mismo.

La cuestión fue que la tocó y sintió que el aire se le atascaba en los pulmones, su corazón dejó de latir por un momento y, para su horror, sintió una reacción inesperada en su cuerpo.

Toda la sangre, esa que debía estar irrigando su cerebro para ayudarlo a pensar claramente, a tomar decisiones sensatas, y que él no sabía exactamente dónde se había estado escondiendo, apareció de golpe.

Se concentró, para su sorpresa y horror, en el lugar equivocado, en el menos indicado. Donde, por todos los demonios, no debía hacerlo.

«Y, joder, me asusté.»

¡Cómo no iba a hacerlo! Si hasta hacía unos días pensaba que tenía problemas ahí abajo porque la cosa, bueno, no funcionaba.

Ni bien ni mal, simplemente no funcionaba.

No era fácil admitir que, a sus treinta y siete años, enfrentaba problemas de erección que lo dejaban bastante frustrado.

Pero así había sido las últimas veces que había intentado desahogarse con alguien, un intercambio de necesidades, por decirlo de alguna manera.

Su cuerpo parecía no querer cooperar.

La primera vez pensó que podría ser algo puntual. Quizás era el aburrimiento de lo mismo: conocer a alguien con los mismos intereses, quizás comer juntos, aunque eso no sucedía siempre, más bien tomarse unas copas y desfogarse en una cama para que, al día siguiente, volvieran a separarse como los dos desconocidos que eran.

Hasta entonces había estado bien con ello. Solo que el tema empezaba a cansarlo un poco.

¿Por qué? Ni idea, porque era el sueño de cualquiera, ¿no?

Pero algo estaba fallando.

Y claro, cuando ya le pasó más de una vez, comenzó a pensar que no era solo por el aburrimiento o la monotonía de su rutinaria vida, sino que tal vez había alguna causa física detrás, algo más serio y preocupante de lo que inicialmente había considerado.

Por supuesto, ¡el problema mental!

¿Cómo si no se podría entender que su entrepierna hubiera decidido despertar justo en ese momento, tocando a la arpía?

De algún modo, esto tenía que ser una señal, una alarma disparada desde su subconsciente o quizás desde algún recóndito rincón de su psique.

Debía estar enfermo y terminal.

Desahuciado.

Este pensamiento invadía su mente como una nube oscura que ensombrecía cualquier rastro de lógica o razón. Y la vida, con su típica ironía y su cruel sentido del humor, debía de estar riéndose de él, dándole semejante bofetada con un guante de boxeo pesado y lleno de ironías.

Miró hacia abajo, a su entrepierna, esa que todavía no se había calmado del todo y suspiró profundamente.

—¿Por qué diablos es todo tan complicado?

—¿A quién le hablas? —lo interrumpió una voz.

Jackson saltó del susto. Por un momento, hasta creyó que lo que le colgaba entre las piernas era lo que le hablaba. Claro, solo ha sido durante una milésima de segundo, el tiempo que tardó

en preguntarse por qué, por todos los dioses, esa voz parecía ser la de su mejor amigo.

Y entonces levantó la mirada.

Allí, entre la puerta entreabierta, asomaba una cabeza. La cabeza de Brad, su amigo de toda la vida, quien lo miraba con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—A la muerte —gruñó Jackson, con una voz tétrica.

Siguió mirando a su amigo, quien enarcó las cejas, no hasta la raíz del cabello porque, con esas entradas pronunciadas que tenía, sería un verdadero reto que sus cejas alcanzaran tal altura.

Era algo que le acomplejaba profundamente, por eso estaba pensando en un trasplante capilar.

Jackson lo entendía, la verdad. Cada uno con sus inseguridades y complejos, ¿no? Nadie más tenía por qué entenderlos; eran algo muy personal, íntimo, y cada quien los manejaba a su manera.

Él tenía complejo de gilipollas y cargaba con ello como si fuera una mochila llena de piedras. Era un lastre que le pesaba en cada paso, en cada decisión.

En cada momento de su vida.

—Te he buscado por medio hospital —suspiró Brad— ¿Estás bien? —preguntó entonces, abriendo un poco más la puerta y asomando su cuerpo al espacio ahora compartido, mostrando una expresión de genuina preocupación por su amigo.

De repente, la imagen de Brad se convirtió en alguien muy diferente. Una mujer de cabello castaño claro y largo, un pelo común y corriente, que caía en cascada sobre sus hombros. Una mujer común y corriente que vestía un pantalón negro normal y corriente y una camisa blanca, también normal y corriente. Una mujer con ojos marrones comunes y corrientes. Una mujer de piel clara, común y corriente. Una mujer de estatura media, ni alta ni baja, algo común y corriente. Una mujer con unos labios...

Jackson gimió al sentir su entrepierna responder de maneras que su mente luchaba por comprender.

«Si cuando digo que algo no anda bien en mí...», pensó para sí mismo, con una mezcla de resignación y autocompasión.

—Necesito hacerme un TAC —concluyó finalmente.

Brad enarcó las cejas, todavía más que antes. En su cara se dibujó una mueca de “ya lo entiendo.”

—Te has encontrado con Prue, ¿verdad?

om

Capítulo 4

“Terapia sorpresa: Tercero en discordia.”

—¿Es nueva? —preguntó Prue, con un tono de voz claramente interesado mientras observaba con detalle la prenda que llevaba la enfermera que estaba frente a ella, al otro lado del mostrador.

—Sí, ¿te gusta? —preguntó la enfermera, su voz sonando emocionada. Era la primera persona que se daba cuenta de que estrenaba ropa.

—Me encanta. Te queda de maravilla esa camisa, Lia —elogió Prue con una sonrisa genuina, sonriendo a la enfermera de mediana edad y de pelo corto.

—Gracias —respondió Lia, su rostro iluminándose con una enorme sonrisa que reflejaba tanto el orgullo de llevar algo nuevo como el placer de recibir un cumplido sincero.

—Pero divina, eh —insistió, reforzando su cumplido con un gesto de aprobación y una mirada de aprecio—. Por cierto, ¿me puedes hacer un favor?

La sonrisa de la enfermera se desvaneció rápidamente, casi como si anticipara la verdadera intención detrás de la conversación amistosa.

—Si ya sabía yo... —suspiró profundamente, su expresión cambiando a una de resignación.

Miró la cara de inocencia de Prue y suspiró todavía más, preparándose mentalmente para lo que venía.

—No te prometo nada, pero dime.

—Intenta que la próxima cita para la señora Harrison sea antes de dos semanas. No podemos demorar en verla —dijo Prue con un tono firme, pero amable—. Y si puede ser a primera hora, mejor, así no interferirá con su rehabilitación.

Lia tecleó el nombre de la paciente en el ordenador con movimientos ágiles, acostumbrada a la prisa diaria del departamento.

—Tiene cita en dos meses —informó, mirando la pantalla con una mezcla de aprensión y resignación.

—Tiene que ser antes de dos semanas —insistió Prue, su voz reflejando la urgencia de la situación.

La enfermera suspiró pesadamente.

—Va a ser imposible. La agenda está repleta, absolutamente llena, ¡hasta el borde! —enfaticó Lia, mostrando la pantalla del ordenador a Prue para que viera con sus propios ojos el mar de citas programadas—. A no ser que alguien llame para anular su cita, lo cual raramente pasa porque la gente, aunque sepa que no podrá acudir, jamás llama para anular o cambiar su cita cuando deberían hacerlo, porque así podría aprovechar esa hora otra persona que esté desesperadamente en lista de espera —respiró al soltar toda la retahíla de una—; no hay ni un

solo hueco antes.

—Haz un hueco entonces —sonrió, mostrando una confianza desbordante en la capacidad de Lia para resolver situaciones complicadas, aun cuando parecieran completamente inmanejables.

La enfermera puso los ojos en blanco.

—Sabes que me estás pidiendo un imposible.

—Sé que para ti no hay nada imposible —su sonrisa ampliándose aún más al ver el dilema reflejado en el rostro de la enfermera, sabiendo que estaba a punto de lograr su objetivo.

La enfermera resopló al ver cómo Prue la miraba, esa mirada que mezclaba el desafío con un encanto casi imposible de rechazar.

—No siempre te va a funcionar hacerme la pelota ni mirarme de esa manera —advirtió Lia, intentando mantener una postura firme a pesar de sentir cómo su resolución comenzaba a flaquear ante la habilidad de persuasión de Prue.

Prue la miró con los ojos abiertos de par en par, actuando sorprendida y algo ofendida por la acusación.

—¿Cuándo te he hecho yo la pelota? —dijo, su voz teñida de incredulidad— Mis piropos son ciertos, te ves estupenda con esa camisa amarilla —chasqueó la lengua, adoptando un tono juguetón y coqueto—. ¡Qué malpensada!

—Y tú, una zalamera —resopló, pero los ojitos que le ponía Prue, tan llenos de súplica y encanto, finalmente hicieron que su expresión severa se suavizara y no pudo más que sonreír ante el gesto encantador—. Está bien, la añadiré el jueves 12, en diez días.

—¡Gracias! —exclamó, su voz repleta de gratitud.

—Pero a primera hora, fuera de horario. ¡Tendrás que echar horas extra! —añadió Lia.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó efusivamente otra vez, enviando un beso volador a la enfermera antes de marcharse casi corriendo de allí.

La mujer de mediana edad, con pelo corto y canoso que le daba un aire de experiencia y sabiduría, rio suavemente y negó con la cabeza, su sonrisa perdurando incluso después de cerrar la agenda en la pantalla del ordenador.

—No sé por qué tiene tan mala suerte con los hombres, si es un encanto —comentó Lia, todavía con la mirada fija en la figura de Prue que se alejaba, su rostro reflejando una mezcla de preocupación y cariño hacia la psicóloga.

—¿Un encanto? —la pregunta surgió de repente, cargada de incredulidad.

Jackson, quien había llegado sin que Lia lo notara y se había detenido justo al lado del mostrador de las enfermeras, casi se atragantó con la palabra, claramente sorprendido por la descripción que escuchaba.

—Sí, un encanto —respondió Lia, suspirando, apartando la vista de Prue y centrándose, de

nuevo, en la pantalla del ordenador donde gestionaba las citas.

Ella asumió automáticamente que el comentario venía de alguno de sus colegas habituales del equipo, completamente ajena a la presencia de Jackson, un desconocido, en las inmediaciones.

Tan concentrada estaba en su trabajo y en la conversación sobre Prue que ni siquiera levantó la vista para verificar quién había hecho la pregunta.

—Por eso mismo —Selena, la otra enfermera de la unidad que tampoco había visto llegar a Jackson, asintió repetidamente con la cabeza.

Selena, más joven, con el cabello largo y oscuro recogido en una cola de caballo que oscilaba con cada movimiento, su rostro mostrando una mezcla de simpatía y un poco de tristeza por la situación personal de Prue.

—Las que somos así, tan amables y amorosas, terminamos siendo a menudo el blanco perfecto para los engaños. Es como si nuestra bondad hiciera que la gente quisiera aprovecharse de ella.

Lia miró a Selena de reojo, su expresión cambiando a una de escepticismo mezclado con una ligera irritación.

—¿Por qué te incluyes? —inquirió, su tono indicando una creciente frustración ante la comparación inesperada.

—Porque nos pasa lo mismo. Nos dejan porque somos demasiado buenas —dijo Selena, defendiendo su punto con un gesto de las manos, como si tratara de subrayar cada palabra.

—Eres tú quien engaña a tus parejas —dijo Lia, que no se podía creer lo que estaba escuchando. Su tono era de incredulidad, casi de reproche, pues sabía bien los líos en los que Selena se había metido anteriormente—. Es decir, técnicamente estás en el otro bando.

—Porque no me aprecian, si es que te lo estoy explicando —dijo la otra, sonando dramática y casi al borde de la exasperación. Su voz era firme, tratando de justificar sus acciones a pesar de la evidente contradicción.

—Ya... —es que no tenía ni idea de qué más decir la pobre Lia.

—Por cierto, ¿no está demasiado bien para no hacer ni veinticuatro horas que es miembro del club de las engañadas? —Selena cambió abruptamente el tema. Volvía a hablar de Prue.

—¿Miembro del club de qué...? —Jackson miró rápidamente a Brad, quien acababa de llegar a su lado, con una expresión de confusión y sorpresa pintada en su rostro —¿Eso significa que...? —preguntó entonces, buscando alguna explicación de su amigo mientras inconscientemente hacía el gesto de los cuernos sobre su cabeza.

Su tono era uno de genuina perplejidad, mientras trataba de seguir el hilo de la conversación que claramente había tomado un giro inesperado justo cuando él había llegado.

—Alerta Romeo —dijo entonces Selena, su voz baja, pero clara, mientras señalaba discretamente hacia la dirección en la que el responsable de los cuernos, el exnovio infiel de Prue, se acercaba a la zona donde ella se encontraba.

Su comentario era una mezcla de advertencia y desdén, un código compartido entre las enfermeras para alertarse sobre la presencia de individuos poco deseables.

Mirando en la dirección indicada, Jackson y Brad pudieron ver a un hombre que avanzaba con paso decidido hacia Prue, quien, ajena a la conversación que se desarrollaba a sus espaldas, hablaba con una de sus compañeras.

La tensión en el aire se hizo palpable, mientras los presentes observaban con cautela, esperando ver cómo se desenvolvería el próximo encuentro entre Prue y la fuente de sus recientes problemas amorosos.

—¿El Romeo este...? —Jackson apareció repentinamente delante de la enfermera, señalando con un gesto abrupto hacia el hombre que se acercaba a Prue. Su voz tenía un tono urgente y lleno de incredulidad— ¿Ese es su novio? ¿O era? —rectificó rápidamente al recordar los rumores que había escuchado.

A este no lo conocía, ni tiempo le había dado.

—¿Me estáis diciendo que ese gilipollas la ha engañado con otra?

Soltó todas las preguntas como si fuera una metralleta, cada una cargada con más incredulidad y frustración que la anterior.

Las dos enfermeras lo miraban con los ojos como platos. Lia, por la sorpresa. Selenia, por la sorpresa y porque le hacía falta un babero mientras observaba a ese hombre.

Lia, entonces, ajustó su postura, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y tú quién eres? —preguntó entonces, su voz teñida de sorpresa. Y de una cautela evidente.



—Tenemos que hablar.

Prue se quedó un momento paralizada mientras una mano se había posado sobre su muñeca y comenzaba a tirar de ella hacia la sala de descanso.

Solo fue un instante, un breve lapso, lo que Prue tardó en reaccionar. Pero cuando lo hizo, ya estaban en un rincón apartado del lugar, lejos de los compañeros que pululaban por el área, charlando y tomando un breve descanso antes de la reunión con el director del hospital y el nuevo jefe de la unidad.

Por cierto, vaya horitas, eh. Ni tiempo había tenido de comer la pobre.

Pero viendo quién la sujetaba, hasta el hambre se le quitó.

De un manotazo enérgico y decidido, Prue se zafó del agarre firme, pero indeseado. Colocó su otra mano sobre la muñeca, que le escocía ligeramente. La había agarrado bastante fuerte.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —exigió saber, molesta e incrédula.

—Tenemos que hablar —insistió el hombre rubio, de poco más de metro setenta, es decir, apenas tres o cuatro centímetros más alto que ella, que lucía bastante nervioso. Lo dijo bajito, mirando alrededor, consciente de que las miradas curiosas de los demás empezaban a posarse sobre ellos.

«¿Por qué demonios no está la sala vacía?», pensó él, frustrado.

Aunque quería mantener la discreción, sabía que no podía alargar más la conversación, que los murmullos crecientes de sus colegas estaban comenzando a llenar el espacio.

—Déjame dudarlo —replicó Prue con un marcado sarcasmo, intentando marcharse.

Pero la mano de él volvió a intentar coger la suya. La tensión entre ellos era palpable, como una cuerda estirada al límite.

—Prue... —le advirtió él suavemente cuando ella elevó la mano, evitando que la tocara de nuevo. Su voz llevaba un tono de súplica mezclado con advertencia, como si estuviera al borde de perder la paciencia.

—Te he dicho que me dejes —dijo ella con calma, al menos intentando aparentar tranquilidad porque realmente no le hacía nada de gracia la situación y estaba lejos de sentirse tranquila.

No solo porque era su lugar de trabajo y los temas personales no tenían cabida allí, sino porque lo veía demasiado nervioso y hablar con una persona así nunca era buena idea.

—Y no se te ocurra volver a tocarme. Jamás —su voz se endureció, marcando cada palabra con una firmeza que no admitía réplica, su mirada fija en él como un desafío claro y directo.

—Te he dicho que tenemos que hablar —repitió él, obstinadamente, con un tono que buscaba imponerse, pero que solo revelaba su creciente desesperación.

—Estoy trabajando —dijo Prue, con un tono de voz firme y autoritario—. Si quieres, después de la reunión...

—Terminaron las consultas hace un rato, Prue —interrumpió él, señalando lo evidente; los pacientes ya se habían marchado todos.

—Tenemos una reunión programada...

—Todavía quedan diez minutos hasta que empiece la reunión del equipo —donde se iba a presentar el nuevo jefe del servicio—. Así que podemos hablar perfectamente. Aquí y ahora —insistió él, intentando aprovechar cada minuto disponible antes de que la formalidad del ambiente laboral retomara su lugar.

—¿Sobre trabajo? —preguntó Prue, levantando una ceja con una mezcla de escepticismo y cautela en su voz— Porque si no es sobre trabajo, realmente no tenemos nada de lo que hablar —ella estableció claramente sus límites.

—Prue... —la advertencia en su voz era palpable, volviendo a intentar agarrarla, intentando quizás imponer su presencia física en la conversación, como si con eso pudiera forzar el diálogo.

—Joder —gruñó ella, su paciencia claramente agotada. Se acercó un poco más a él, manteniendo su voz controlada—. Como vuelvas a tocarme, te voy a clavar la rodilla donde más te duele —le advirtió en un susurro amenazante, sus ojos lanzando chispas de ira contenida.

Era psicóloga, sabía manejar sus emociones, al menos en teoría.

Menos con una persona en el mundo que la sacaba de quicio, pero ese ser no tenía nada que ver en ese momento.

En su mente, repasó rápidamente técnicas de contención emocional, recordándose la importancia de mantener la compostura incluso cuando las circunstancias parecían desafiar cada aspecto de su entrenamiento profesional y personal.

Pero todo tenía un límite. Y ese tipo de pelo rubio tan emperifollado ya se estaba pasando de la raya con su actitud.

—Eso es lo que buscas, ¿no? Dejarme en ridículo —el hombre se pasó las manos por el pelo, visiblemente frustrado.

—¿De qué hablas? —Prue frunció el ceño, su confusión aumentando con cada palabra que salía de la boca de él.

No podía entender la base de sus acusaciones ni por qué su comportamiento era tan agresivo. Era ella quien debía sentirse enfadada y despechada, y aunque por supuesto se sentía dolida, había decidido manejar la situación de otra manera.

Ella había sido engañada, sí, y no era fácil teniendo en cuenta que ambos trabajaban en el mismo hospital. Pero Prue sabía separar bien lo personal de lo profesional. No iba a armar un espectáculo allí, en su lugar de trabajo.

¡Ni siquiera tenía pensado mirarlo más a la cara!

Y si la gente pensaba que eso la hacía fría, desinteresada o que nunca lo había querido, entonces que lo pensarán. Ella lidiaría con sus propios miedos, demonios y culpas, pero en privado, donde correspondía.

—Lo sabe todo el hospital. ¿Tenías que irlo contando por ahí? —susurró él, con palabras que destilaban acusación y un dolor amargo de traición.

Prue enarcó las cejas, sorprendida y molesta por la insinuación.

No iba a defenderse; ella no había alimentado los rumores, pero realmente no le importaba lo que él pudiera pensar en ese momento.

—¿Vas a asumir la responsabilidad si el hospital toma medidas contra nosotros? —preguntó

él, su voz teñida de desesperación, como si realmente creyera que ella tenía algún tipo de control sobre las posibles repercusiones de sus actos.

—¿Contra quién exactamente? —Prue preguntó, tratando de seguir el hilo de la conversación, que cada vez se volvía más absurda.

—¡Contra Marlene y contra mí! —exclamó él, levantando la voz más de lo prudente, atrayendo algunas miradas curiosas de quienes todavía estaban por allí.

A la mierda con la discreción.

«Como si alguna vez hubiera sido discreto...»

Prue alzó las cejas, manifestando su sorpresa con un toque de ironía.

—Ah... —murmuró, porque realmente, ¿qué más se podía decir en una situación tan surrealista?

—¿Ah? —él la miró como si fuera ella la que no entendía la situación, como si fuera ella la desquiciada.

Y mientras lo miraba, Prue se preguntó a sí misma qué había visto en él. Ni guapo, ni simpático, ni nada remotamente cercano.

Además, vestía con el estilo de un hombre de cincuenta años, con el pelo engominado y ropa de marca.

Y psiquiatra, para más inri.

Las cicatrices emocionales de su infancia no solo la habían marcado, sino que también le habían dejado una incapacidad permanente para elegir bien.

Y este error no solo era monumental, era una lección de vida que no pensaba repetir.

Claro que eso decía siempre... Y siempre volvía a elegir mal.

—¿Me vienes a reclamar, en mi lugar de trabajo, que yo, a quien has engañado con otra, en el hospital, nada menos, voy a ser responsable si el hospital decide “sancionarte”? —ironizó Prue, haciendo gestos de comillas con las manos, su tono cargado de sarcasmo y desdén ante la absurda acusación— Que me hayas engañado no te supondrá ningún problema. Que no puedas mantenerla —señaló con un gesto despectivo hacia su entrepierna— dentro de los pantalones, sí. Si no eres capaz de enfrentarte a un escándalo que tú mismo provocaste, haberlo pensado antes.

—No tendría que enfrentarme a nada de esto si tan solo hubieses mantenido la boca cerrada. ¿Tan despechada y herida estás como para ir publicando nuestras intimidades a los cuatro vientos, sin medir las consecuencias?

Prue no se creía lo que estaba escuchando.

—Joder, Prue, lo sabe todo el maldito hospital. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán los jefes en enterarse? Maldita sea, ¿qué tipo de impresión crees que se llevará el nuevo de mí? —la voz de él estaba cargada de pánico y una ansiedad palpable se reflejaba en sus ojos.

—¿Y a mí qué más da? —rio Prue, su risa llenándose de ironía, resonando en la pequeña sala con una nota de desprecio—Consúltalo con él cuando lo conozcas. Lo que yo pudiese pensar poco te ha importado, ¿verdad? Si realmente te preocuparas por mi opinión, no estaríamos en esta situación.

—Tienes que entender que lo nuestro nunca tuvo sentido. Éramos simplemente... —gesticuló vagamente con las manos, como si intentara deshacer la importancia de lo que hubo entre ellos, su rostro mostrando una mezcla de frustración y resignación— Nada, Prue. Absolutamente nada.

Eso lo decía todo. Sus palabras, vacías y desprovistas de cualquier empatía, revelaban más de su carácter de lo que cualquier acción pudiera haber mostrado.

—Lo vi, claro que sí... —respondió Prue, con una voz serena, pero firme, su postura rígida, demostrando su determinación a no dejarse afectar por sus juegos emocionales.

Cuando Kevin endureció su voz, Prue sintió cómo el ambiente se cargaba aún más.

—No por eso tengo que ser crucificado ahora, ni ella tampoco. Así que deja de esparcir chismes por el hospital. No nos nombres, ni a mí, ni a ella. No me provoques, porque si no... —Kevin casi escupió las palabras, su mandíbula tensa, los puños apretados a los costados, como si luchara por mantener el control sobre sí mismo.

—¿Si no, qué?

La pregunta que pendía en los labios de Prue nunca llegó a ser formulada por ella.

En ese instante, una nueva voz cortó la tensión como un cuchillo. Era una voz profunda y resonante, y no provenía de ninguna de las dos figuras frente a frente.

Era alguien más, alguien que se había acercado sin que ninguno de los dos lo notara, captando la atención de todos los que estaban cerca.

La figura que se unió a la escena era imponente, su presencia sola era suficiente para cambiar el curso de cualquier conversación.

Los ojos de Prue se ensancharon al reconocer a Jackson, quien se encontraba ahora mirándola directamente. Un vistazo fugaz a sus ojos grises y fríos fue todo lo que necesitó para enviar un escalofrío a través de su espina dorsal.

Había algo en su mirada que no presagiaba nada bueno.

Prue giró ligeramente, intentando leer la expresión en el rostro de Jackson, quien se había colocado a su lado.

¿Estaba allí para disfrutar del momento? Eso sería lo último que necesitaría.

“Mierda, ¿lo ha escuchado todo?”

La mente de Prue se aceleró, preguntándose cuánto de la conversación había captado Jackson al llegar.

Cualquier fragmento de lo dicho podría ser utilizado en su contra en futuras disputas,

proporcionándole a Jackson munición para lastimarla durante lo que parecería una eternidad.

«Joder, la que me queda...»

Jackson, con una calma aparente, tenía las manos hundidas profundamente en los bolsillos de su pantalón. No lo hacía para parecer más interesante ni nada por el estilo, sino porque si sacaba las manos, temía no poder contenerse y terminar lanzando un puñetazo al despreciable sujeto emperifollado que tenía enfrente. Su postura no dejaba entrever la tormenta que se agitaba dentro de él.

—¿O si no qué? —repitió entonces Jackson, con una voz que cortaba el aire, dejando claro que había sido él quien había formulado la pregunta, y que no era un hombre al que le gustara repetirse.

Prue lo miró y notó de inmediato la tensión que lo envolvía como una segunda piel. Sus antebrazos, visiblemente tensos, y la mandíbula apretada eran claros indicadores de su estado.

Y entonces, ella hizo algo que en ningún otro momento habría considerado. Extendió su mano y tocó brevemente el antebrazo de él para decirle...

¿Para decirle qué?

«Ay, ¡yo qué sé!»

Solo fue un instante, apenas un breve contacto, pero la descarga de electricidad que sintió fue abrumadora, tanto que separó su mano rápidamente del brazo tenso de Jackson como si de un alambre caliente se tratase.

Él había girado la cabeza para mirarla. Su rostro, usualmente inescrutable, parecía esculpido en piedra.

Era evidente que no estaba contento.

«Nunca lo está estando cerca de ti», pensó ella.

Ella abrió la boca para decir algo, pero en ese momento, Kevin habló de nuevo, captando la atención de Jackson, que volvía a fijar su mirada en el otro hombre.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó el otro, claramente frustrado y enfadado por la interrupción de alguien que no solo le sacaba más de una cabeza en estatura, sino que también parecía tener una presencia que dominaba la tensa atmósfera del lugar.

Jackson sonrió, y en ese momento, Prue sintió un escalofrío.

Conocía esa sonrisa, era el presagio de que estaba a punto de lanzar una de sus estocadas verbales más letales.

Ella lo conocía bien; se habían criado juntos y, como experta conocedora de su lado más insoportable, sabía perfectamente cuándo estaba preparado para herir con sus palabras.

Aunque, en aquel preciso instante, Prue no podía imaginar qué era aquello que podía estarle dando tanta satisfacción. Más aún, ni siquiera entendía qué demonios estaba haciendo él allí, en

primer lugar.

—Tu jefe —dijo entonces Jackson, sorprendiendo no solo a Prue, cuya mandíbula casi chocó contra el suelo, sino también a todo el equipo que se encontraba allí, tanto dentro de la sala como en la puerta, atraídos por el espectáculo que se estaba desarrollando frente a sus ojos.

Prue, todavía con la boca abierta porque la situación lo ameritaba después de lo que acababa de escuchar, miró rápidamente a ese hombre de perfil perfecto que tenía al lado. La confusión y el asombro se mezclaban en su expresión mientras intentaba procesar la revelación.

«¿Pero qué demonios...?», pensó, sin poder creer completamente la situación en la que se encontraba.

—O mejor dicho, lo era —continuó Jackson con voz firme, pero sin borrar, en ningún momento, la sonrisa petulante de su rostro.

Al contrario, la ensanchó todavía más antes de añadir:

—Porque desde este momento, estás despedido.



Un momento antes...

—¿Y tú quién eres? —había preguntado Lia con una mezcla de curiosidad y confusión.

Pero Jackson ya no la escuchaba, porque con pasos decididos y con una expresión que no presagiaba nada bueno, se dirigía a la sala de espera donde ese despreciable sujeto había arrastrado a Prue.

—Vuestro nuevo jefe —dijo entonces Brad, emergiendo para ponerse a la vista de las enfermeras, quienes, al reconocerlo, soltaron un grito ahogado.

—¡Señor director! —exclamaron a la vez, con voces que resonaban entre las paredes del lugar.

Brad suspiró, una mueca de resignación y ligera preocupación adornando su rostro.

—Con Jackson aquí no sé si lo seré mucho tiempo, lo mismo me mata de un infarto antes —dijo con voz lastimera, observando cómo su amigo se quedaba parado en la puerta de la sala de espera, adoptando una postura claramente defensiva, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos.

—¿Señor? —carraspeó Lia, todavía tratando de digerir la noticia y entender el contexto completo de la situación.

Entonces Brad la miró, después miró a Selenia y les ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—El Doctor Ryan Jackson, el nuevo jefe del Servicio de Psicología y Psiquiatría. No era así como esperaba presentarlo. Y, seguramente, su presentación será aún más inolvidable de lo que cualquiera de nosotros podría haber anticipado —Brad les hizo un gesto con la mano, animándolas a acercarse donde estaba él—. Creedme, será épico.

Las enfermeras dudaron si moverse o no, observando cautelosamente la tensión que se respiraba en el aire.

Finalmente, viendo que los demás compañeros, atraídos por la imponente figura del desconocido, comenzaban a congregarse cerca de él, decidieron hacer lo propio. Con pasos titubeantes, pero curiosos, se unieron al creciente grupo que rodeaba la escena.

Brad suspiró profundamente y negó con la cabeza mientras contemplaba la escena desplegándose ante sus ojos azules.

—Si es que ya sabía yo... —murmuró para sí mismo, una mezcla de resignación y ligero humor marcando sus palabras.

La cuestión era, ¿cuándo iban a saberlo ellos?

No lo sabía. Lo único que tenía clara era una cosa: que el hospital nunca volvería a ser el mismo después de ese día.

om

Capítulo 5

“Afloja un poco la interpretación, ¿no?”

—Oh, ¡joder! —exclamó Heily, pegando un bote que casi la hace llegar hasta la otra punta del pasillo de su casa, con el corazón latiendo a mil por hora cuando abrió la puerta y se encontró con esa figura.

Miró alrededor, con la esperanza de encontrar un bate de béisbol o cualquier otro improvisado instrumento de defensa.

Aunque, siendo realistas, ¿quién guardaba un bate de béisbol en la entrada de su casa?

«Tomar nota mental: ¡tener algo a mano para situaciones como esta!»

¿Una sartén pesada, quizás? ¿O tal vez un flamenco de plástico de esos de decoración de jardín? Algo para recordar para la próxima vez que se enfrentara a un dilema de vida o muerte en un entorno tan absurdamente desarmado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no abras la puerta sin mirar primero por la mirilla? —la voz, aunque de reproche, era innegablemente familiar y sonaba preocupada.

—¿Prue? —preguntó Heily, con el corazón latiéndole a mil por hora por el susto; su voz tintineando con una mezcla de sorpresa y alivio.

Alivio porque, en su mente, ya se había imaginado en una situación mucho más macabra, con las tripas abiertas y un final digno de un thriller policiaco.

«Definitivamente, tengo que dejar de ver tanto true crime», pensó, con una mezcla de ironía y autorreproche.

Los programas que llenaban sus noches de intriga y suspenso también estaban llenando sus días de temores infundados y paranoias poco saludables.

Suspirando profundamente, dejó caer los hombros, relajando la tensión que poco a poco se disipaba de su cuerpo. Miró a su amiga, o al menos hacia lo que se suponía que era su amiga, pues la escena que tenía delante parecía sacada de una película de terror, no de un reencuentro casual. Nunca esperó encontrarla en tal estado. La persona que estaba en el descansillo, chorreando agua por doquier, parecía una versión empapada y desamparada de sí misma.

Prue levantó un poco la cabeza que mantenía agachada para evitar que el agua le golpeará directamente en el rostro. Con una mano, se separó el pelo de la cara, intentando, en vano, apartar los mechones que se adherían a su piel mojada con la persistencia de una segunda piel.

—¿Me dejas ropa? —preguntó entonces, con una voz que a duras penas ocultaba el frío que la calaba hasta los huesos.

Heily, recuperando su compostura después del susto inicial, asintió rápidamente y se apresuró a invitar a Prue a entrar, cerrando la puerta tras de sí. Sin decir una palabra, guio a su amiga hacia

el baño, donde le entregó una toalla grande y cálida.

Mientras Prue, tras darse una ducha caliente, se secaba, Heily recorrió su casa en busca de ropa seca que pudiera ofrecer. Escogió una sudadera suave y unos pantalones cómodos. Al regresar al baño con las prendas en mano, encontró a Prue temblando por el frío.

—Juro que si no fuera porque casi te congelas de hipotermia, me estaría riendo al verte tan empapada —comentó Heily, intentando inyectar un poco de humor a la situación, aunque era evidente su preocupación por el bienestar de Prue.

Prue esbozó una sonrisa, su rostro iluminándose por un instante ante el comentario de su amiga.

—Puedes hacerlo —respondió entonces, dejándose llevar por la hilaridad del momento, riéndose ella misma por lo absurdo y dramático de su llegada, haciendo que Heily también riera a carcajadas.

Después de cambiarse en el baño, Prue fue hasta la cocina, donde Heily preparaba dos tazas de té, insistiendo en que necesitaban algo caliente para reponerse del susto y el frío.

—¿Has comido? —preguntó Heily mientras observaba a su amiga temblar ligeramente del frío.

—No, pero ni ganas —respondió Prue con un gesto de desdén.

Cogió la taza de té caliente que le ofrecía Heily y caminó hacia el sofá, no sin antes estornudar exageradamente tres veces, apretando las piernas fuertemente en el proceso porque, aunque no había parido, una tenía sus complicaciones con la vejiga.

—Mierda de día —gruñó entonces y se acomodó en una esquina del sofá, cruzando las piernas en posición de loto.

Heily, siempre atenta, no tardó en ponerle una manta por encima. Prue se lo agradeció con una sonrisa forzada por el malestar.

—Gracias, mamá... —dijo, su voz cargada de un sarcasmo cariñoso.

Su amiga resopló, fingiendo estar molesta.

—Si fuera tu madre... —le dio un golpecito suave en la cabeza con un cojín que había cogido del respaldo del sofá— ¿Pero cómo se te ocurre salir así? ¿No podías esperar a que escampara? ¿Quieres enfermarte o qué?

—No, mamá... —la segunda palabra fue pronunciada con una pizca de ironía y una leve sonrisa curvándose en sus labios.

—¡Y no me digas que has conducido con la que está cayendo! —exclamó, elevando las cejas con una mezcla de preocupación y exasperación.

Menos mal que no era realmente su madre, que si no, el sermón sería interminable...

—Fui con cuidado, te lo aseguro —su tono era calmado, intentando transmitir tranquilidad.

—La madre que te parió...

—Prefería matarme que volver a encontrarme con tu hermano, con eso te lo digo todo. Demasiado Ryan Jackson por hoy—Prue se encogió de hombros, su gesto transmitiendo toda la fatiga de un día demasiado largo y demasiado lleno de emociones no deseadas.

Su mente retrocediendo al momento en que casi había corrido para salir de esa sala de reuniones tan pronto como el nuevo jefe había terminado su presentación.

Recordaba la urgencia palpable que sentía, una necesidad casi física de poner distancia entre ella, él y todo el espectáculo que habían presenciado todos con Kevin.

Prue había avanzado rápidamente por los pasillos, su corazón latiendo con fuerza mientras los ecos de sus pasos resonaban a su alrededor, mezclándose con los murmullos dispersos de sus colegas que también buscaban escapar.

Al llegar al estacionamiento, se encontró con un aguacero implacable que había comenzado a caer sin previo aviso. Ella había corrido hacia su coche, las gotas frías golpeándola implacablemente, empapando su ropa y desordenando su cabello. Una vez dentro de su vehículo, había tomado un momento para respirar hondo, escuchando el tamborileo constante de la lluvia en el techo.

Conducir bajo ese diluvio había sido un desafío; las calles se transformaban rápidamente en ríos estrechos, y la visibilidad se reducía a unos pocos metros delante de ella. Las luces del tráfico se reflejaban en los charcos que se formaban rápidamente, creando un efecto casi hipnótico.

Era imposible conducir así, ni de coña llegaría a su casa con la que estaba cayendo.

Así que, en medio de ese diluvio, Prue decidió que haría una parada en el camino y aprovecharía para hacer una visita sorpresa, ya que estaba cerca. Rezando por ser la única inconsciente a la que se le ocurriría hacer algo así (esperando que a Jackson no le diera por hacer visitas fraternales en ese momento).

Aunque no pudo aparcar lo suficientemente cerca como para no acabar empapada.

—Inconsciente... —Heily se acomodó en la otra esquina del sofá y tomó su propia taza, que había dejado sobre la pequeña mesita de madera blanca frente a ellas.

—¿Lo sabías? —Prue levantó una ceja, su tono cargado de incredulidad y una pizca de acusación suave, típica de las conversaciones entre viejas amigas que compartían más que secretos.

Se refería, por supuesto, al hecho sorprendente y totalmente inesperado de que Jackson había aceptado el puesto en el hospital donde trabajaba Prue, convirtiéndose así en su jefe directo.

Prue pensaba que si Heily hubiese sabido algo, sin duda le habría contado, ¿no era así?

Al fin y al cabo, Heily era su mejor amiga. Su otra mitad. Su persona favorita en el mundo mundial.

Cuando no se parecía a su hermano, claro.

«Y él es su hermano.»

Eso era verdad...

Heily, que acababa de dar un sorbo a su té caliente, aromático y reconfortante, lo dejó de nuevo sobre la mesa y se giró para enfrentar a su amiga.

Negó con la cabeza con un gesto exagerado y lleno de incredulidad, como si las palabras que había escuchado fueran algo completamente absurdo y fuera de lugar.

Sin decir una palabra más, cogió su móvil, lo desbloqueó con un movimiento ágil de sus dedos y entró en WhatsApp. Entonces, le pasó el móvil a Prue, enseñándole la conversación con su hermano.

“Tú, pedazo de subnormal, ¿qué demonios es eso de que eres el jefe de Prue? ¡¿Pero tú te crees que yo me puedo enterar así, de golpe y porrazo?! ¡Y la última, además! No te la perdono, en serio que no”, se leía en la pantalla, mostrando el claro disgusto de Heily por la forma en que se había enterado de la noticia.

Prue soltó una carcajada. La situación era tan absurda que no podía más que reírse.

—Gracias, con mensajes así, seguro que me termina cogiendo más manía a mí, o incluso algo peor —respondió Prue, medio en broma, medio en serio.

—¿Más? —preguntó Heily en un tono de voz que denotaba incredulidad y sarcasmo, como si la idea de que Jackson pudiera tener aún más manía a Prue fuera completamente ridícula.

Cogió el móvil de vuelta, lo miró un momento y luego lo volvió a dejar sobre la mesa con un gesto de resignación.

—Como ves, el muy cobarde me ha dejado en visto. Ni me ha respondido —masculló algo en voz baja que Prue no logró entender completamente, aunque estaba claro que estaba insultando a su hermano, solo que a saber en qué idioma—. No, el muy mal hermano no me había contado nada. De haberlo sabido, te lo habría dicho —soltó con ese tono de reproche.

Era evidente que no le hacía gracia que Prue dudara de ella.

Prue se sintió un poco mal por haberlo hecho.

—Ya sabes que, cuando quiere, Jackson es hermético como él solo —continuó Heily—. A veces es como intentar leer un libro cerrado con candado; y tú, sin la llave —dijo, su voz teñida de frustración, pero también de un afecto resignado y un cierto cariño que solo se tiene por los familiares cercanos, a pesar de sus fallos.

Prue resopló suavemente, liberando la tensión acumulada de sus hombros con un movimiento leve.

—Te llevaste todos los genes buenos, ¿verdad? —preguntó Prue, mirando fijamente a la versión femenina de Jackson que tenía frente a ella.

Era increíble la similitud entre ellos, tan idénticos que casi rozaban lo increíble.

Era igual, absolutamente en todo, desde la expresión de sus ojos grises hasta la manera en que ambos soltaban una carcajada. Ni dos gemelos se parecerían tanto; y siendo mellizos, esto era aún más insólito.

Sí, como lo lees, eran mellizos, habían compartido el mismo embarazo y, supuestamente, deberían haber heredado rasgos que los diferenciaron. Pero no, en ellos, los genes físicos de su madre eran claramente dominantes, imponiéndose con una fuerza que desafiaba la genética común.

Aunque Jackson era más alto y musculoso, con un rostro más cuadrado y marcado, rasgos que claramente había heredado de su padre, en lo demás, eran como dos gotas de agua.

Impresionante era poco decir.

—Los más de veinte centímetros que me saca me hacen dudar. Y mis ex no estarían de acuerdo contigo —dijo Heily, muy seria.

Prue gimió al escucharla.

—Está el día como para hablar de ex. Joder, no sabes la vergüenza que pasé —continuó Prue, su voz cargada de un humor negro teñido de mortificación.

—¿Entonces es cierto? ¿Lo ha echado a la calle? —inquirió Heily, su interés claramente picado por la noticia. Sus ojos brillaban con la excitación del chisme, y su cuerpo se inclinaba hacia adelante, anticipando la respuesta.

En ese momento fue Prue quien dejó la taza de té sobre la mesa con un gesto teatral y se acomodó mejor en el sofá, buscando una posición que reflejara la gravedad del chisme que estaba a punto de compartir.

Se miraron frente a frente, como dos conspiradoras compartiendo secretos en la penumbra de la tarde.

—Delante de toda la plantilla —confirmó Prue, sus palabras, un susurro conspirativo, cargadas de incredulidad y un ligero matiz de horror—. ¿Y tú quién demonios eres?, preguntó el innombrable cuando tu hermano apareció —dijo Prue, intentando imitar la voz aguda y estridente de su ex, dramatizando el momento con un tono de desdén evidente—. Claro que yo sabía quién era, y muchos compañeros también —al fin y al cabo, era una eminencia—. Sabía que estaba en el hospital, tuve un pequeño encontronazo con él un poco antes, pero...

—¿Un encontronazo? —la interrumpió su amiga, curiosa.

Prue hizo un gesto con la mano, desechando el momento con un movimiento amplio, como si tratara de quitarle importancia a algo que, aunque molesto, era ya demasiado habitual en sus encuentros.

—Lo de siempre que nos vemos, nada nuevo bajo el sol —su tono era resignado, más que acostumbrada a ese tipo de interacciones poco agradables y prefería no prestarles más atención de la necesaria.

—Ah... —Heily asintió con comprensión.

No hacía falta entrar en detalles; también estaba acostumbrada a las historias de desencuentros entre Prue y su hermano.

—Pero pensé que estaba allí como siempre, de visita para ver a Brad o algo.

—Lógico...

—Total, que imagina mi sorpresa cuando de repente él dice “Tu jefe. O lo era” —también imitaba a Jackson, por supuesto, y no le salía nada mal—. “Porque desde este momento, estás despedido.”

Prue gimió, recordando el impacto de esas palabras, y cómo la situación la había dejado completamente mortificada, sin saber exactamente cómo reaccionar delante de todos sus compañeros.

Heily soltó una sonora carcajada, su risa retumbando en las paredes del pequeño salón. Aunque la situación había sido tensa para Prue, la manera de contarla hacía imposible no encontrarle el humor.

—Jackson y su manera directa de hacer las cosas, sin rodeos ni preámbulos —comentó Heily entre risas.

—Allí, tía, delante de todo Dios y sus apóstoles —dijo Prue, recordando lo mortificada que se había sentido.

Heily soltó otra sonora carcajada.

—Capullo. La sutileza, definitivamente, no ha sido nunca lo suyo —comentó, todavía riendo. Su semblante mostraba una mezcla de diversión y sorpresa ante el audaz acto de su hermano.

Era evidente que la falta de sutileza era un rasgo que Jackson no había conseguido ocultar ni matizar a lo largo de los años, formando parte ineludible de su carácter.

—De eso no creo que vuestros padres tengan genes algunos —dijo Prue, riéndose también, porque muy sutil no es que fuera la mujer tampoco.

—Está sobrevalorado —dijo Heily, arrojando la cabeza hacia atrás con una risa sonora, haciendo reír a Prue aún más fuerte.

En su mundo, todo lo que no tenía, todo de lo que carecía, estaba sobrevalorado por ella, una manera de desdramatizar sus carencias con humor.

—Bueno, supongo que no podré echarle la bronca a mi hermano entonces. Al fin y al cabo, de alguna forma, te defendió de ese gilipollas —agregó Heily, intentando ver el lado positivo de la situación.

Prue puso los ojos en blanco, un gesto teatral que subrayaba su escepticismo.

—Tu hermano no haría nunca nada que realmente fuera en mi interés —le recordó a Heily, por si acaso se le había olvidado. Sus palabras llevaban un tono de resignación mezclado con una

pizca de sarcasmo—. Fue una jugada maestra para ganarse el favor de la plantilla y dejar en claro quién manda ahora allí, cuáles son sus reglas y lo que no está dispuesto a aguantar. No olvidemos que hasta el mismísimo jefe del hospital estaba allí con él y secundó su decisión.

—Mira, eso no me extraña en absoluto —comentó Heily, asintiendo con la cabeza al pensar en Jackson y Brad.

Todo el mundo que los conocía sabía de la estrecha amistad entre ellos. Jackson había tardado mucho en trabajar con uno de sus mejores amigos, y no era porque Brad no hubiese insistido.

Porque era un cabezota, por eso.

—Pero estoy casi segura de que tuvo mucho que ver en su actuación el hecho de que tú estuvieras involucrada directamente en la situación —continuó Heily.

—Oh, no lo dudes. Me dejó en completo ridículo delante de todos —respondió Prue, su voz cargada de una mezcla de indignación y resignación, recordando lo vulnerable y expuesta que se había sentido en ese momento.

—Pero...

—Si con solo los cuernos que cargo por culpa del innombrable ya me estaba convirtiendo en el chisme de todo el hospital, imagina ahora cuando el nuevo jefe entra en acción. Maldito neandertal, seguro que está disfrutando de la vergüenza que me hizo pasar —Prue cortó cualquier intento de defensa con una declaración categórica, su tono firme y un tanto amargo al pensar en ese hombre.

om

Capítulo 6

“Jugando sucio con la psicología inversa.”

Jackson no estaba disfrutando una mierda. De hecho, Jackson lo que estaba era completamente desesperado de la vida.

Estaba tumbado en su cama, mirando fijamente al techo blanco y sin adornos de su habitación, mientras se mordía el labio inferior una y otra vez, una manifestación física de su ansiedad y su frustración interna.

Un día, no llevaba ni un solo día siendo el jefe del Servicio de Psicología y Psiquiatría del hospital y ya le habían pasado más cosas que en toda su carrera profesional. Incidentes, desafíos y confrontaciones se habían sucedido uno tras otro en un torbellino de eventos que parecía no tener fin.

Claro, la culpa, por supuesto, era de esa mujer. Si ella no estuviera allí, en medio, en el epicentro de todo, nada de esto habría pasado. Él estaba seguro de ello.

«Pero tú sabías que ella estaba allí, que trabajaba allí antes de aceptar la oferta», se recordó a sí mismo.

Sí, eso era cierto. Por eso mismo se había negado tantísimas veces a firmar el contrato. Había resistido, había luchado contra la idea de trabajar tan cerca de ella, sabiendo los problemas que podría acarrear.

Pero la política del otro hospital, donde antes trabajaba, no iba con él desde que tomó el mando la nueva dirección. Las nuevas políticas, las nuevas normas, y una atmósfera que se había vuelto irrespirable para alguien como él, que valoraba la libertad y la autonomía en su práctica profesional. Y bueno, finalmente, después de unas últimas vacaciones, había decidido aceptar el empleo en el otro hospital.

Un cambio de aires, se había dicho a sí mismo, una nueva oportunidad.

Y un aire era lo que le había tenido que dar para como se había comportado ese día. Sus acciones, su comportamiento explosivo, todo parecía irracional.

Resopló, una exhalación pesada llena de cansancio y frustración. Luego, cogió el móvil y escribió un mensaje.

“Si en el TAC no sale nada, ¿qué podría ser?”

El mensaje no tardó en ser leído.

“¿Has visto la hora que es?”, fue la respuesta inmediata que recibió.

“No.”

Jackson respondió con sinceridad, pues realmente no había prestado atención al reloj antes de enviar el mensaje. Lo hizo en ese momento, mirando en la esquina superior derecha del móvil.

La hora le sorprendió un poco, pero ya estaba hecho.

“Pues deberías hacerlo antes de mandar un mensaje.”

“¿Y tú qué haces despierto a las tres de la mañana?”

“¿Me lo está preguntando el que me ha despertado con su mensaje?”, replicó con un toque de ironía, destacando lo absurdo de la situación.

“Bueno, ¿para qué respondes?”

“En fin...”

Brad soltó un suspiro desde su cama, una especie de resignación ante la habitual intensidad de Jackson.

“¿Una resonancia?”, escribió entonces Jackson.

Jackson esperó, porque el mensaje no salía como leído y su amigo tampoco aparecía en línea. Resopló, se desesperó en una milésima de segundo y le dio a llamar, seguidamente se levantó de la cama.

—Si es que lo sabía —dijo el hombre que se había levantado de la cama para no molestar a su mujer antes de que el teléfono sonase, porque conocía bien a ese capullo, sabía que lo iba a llamar.

Si a neurótico no había quien le ganase.

—¿Una resonancia? ¿Crees que mostrará algo? —indagó Jackson al teléfono, su voz cargada de una mezcla de esperanza y duda.

—¿Pero qué estás esperando encontrar? —preguntó Brad, mientras el hombre de escaso pelo castaño avanzaba hacia el frigorífico.

Abrió la puerta y su mano se deslizó entre las frías bebidas, eligiendo finalmente una lata de refresco. Necesitaba algo refrescante para mantenerse despierto, consciente de que la conversación que tenía por delante iba a extenderse durante un buen rato.

Porque sabía que aquello iba para largo.

—Algo —dijo Jackson, simple y llanamente.

Su voz transmitía un tono de resignación, casi como si se sintiera perdido en su propio laberinto de pensamientos y síntomas inexplicables.

—Algo... —suspiró Brad, pidiendo paciencia a los poderes que fueran. La noche se iba a hacer larga— ¿Algo como qué exactamente?

—Algo me debe de estar pasando —respondió Jackson, pero él no decía nada más, él no profundizaba ni explicaba los motivos concretos por los que sentía la necesidad de someterse a más pruebas médicas.

Era como si él mismo luchara por entender lo que su cuerpo y mente le estaban indicando, un

misterio que ni él mismo podía descifrar.

Brad se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina, abrió la lata, y después de tomar un sorbo enorme, soltó un “Ahhh...” exagerado tras beber la bebida gaseosa.

—Que estás fatal de la cabeza, ¿no es suficiente explicación?

Jackson, quien estaba dando vueltas ya por la casa mientras hablaba por teléfono, se detuvo en seco.

—Crees que mi problema es mental, ¿verdad? —preguntó, y aunque su voz intentaba mantenerse neutral, era evidente que también él había considerado esa posibilidad, aunque la idea no le agradase del todo.

Brad puso los ojos en blanco.

—Jamás lo dudé —dijo Brad con un tono de ironía en la voz—. Pero el psiquiatra eres tú, no yo. Yo solo soy un médico generalista más. Y si no me cuentas qué demonios te está pasando, realmente no podré ayudarte. Por cierto, que sepas que como te pase algo, hay una cláusula en el contrato que si se demuestra que firmaste el contrato sabiendo que estabas enfermo y sin decirlo, no tendrás indemnización por fallecimiento.

—¿Porque si me muero me va a servir el dinero en el más allá? —preguntó Jackson con ironía, el humor negro era lo suyo.

—Siempre digo que es una cláusula inútil, pero nadie me hace caso —suspiró Brad—. ¿Y bien? ¿Vas a decirme de una vez qué te ocurre?

Jackson resopló, un sonido que transmitía frustración y una cierta resignación ante la situación en la que se encontraba.

—Hace un mes que no tengo relaciones —su declaración fue sencilla, pero cargada de significado y peso emocional.

Jackson no sabía qué respuesta esperaba escuchar, pero definitivamente no esperaba el prolongado silencio que siguió.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —la voz de Jackson irrumpió en el silencio.

Brad carraspeó, intentando recomponerse y encontrar las palabras adecuadas para responder.

—Supongo que tendré que hacerme un TAC yo también —suspiró, dando a entender que también hacía tiempo que vivía una situación similar—. A ver, Jackson, el sexo es necesario, sí, pero no esencial. Y no pasa nada por un periodo de sequía, es normal en todas las parejas...

Si lo sabría él...

—Yo no tengo pareja —interrumpió Jackson, aclarando su situación y subrayando que su problema no se derivaba de las dinámicas de una relación.

—Yo sí, y sé de lo que estoy hablando. Es normal. Con pareja fija o con parejas esporádicas. No te estoy diciendo nada que no sepas —Brad intentaba restar importancia al asunto, porque ese

hombre estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—No, no me entiendes, no es porque no quiera —comenzó Jackson, frustrado por la dificultad de explicar su situación cuando ni él mismo lo entendía.

—¿Tienes problemas de erección? —interrumpió Brad, intentando llegar al corazón del asunto con una pregunta directa y un tanto abrupta, dada la seriedad del tema que estaban discutiendo.

—¡¿Qué?! ¡No! —respondió Jackson rápidamente, su tono defensivo y un tanto alarmado, claramente sorprendido por lo directo de la pregunta.

—No entiendo que te pongas a la defensiva, es algo normal. Eres médico, no me jodas y me digas que te va a escandalizar una pregunta así.

—No es eso. Tengo treinta y siete años... —comenzó Jackson, intentando explicar su punto de vista, pero Brad no lo dejó continuar, creyendo que su amigo sentía vergüenza o estaba en modo negación.

Lo cual, dedicándose a lo que se dedicaba, era más bien incomprensible para Brad.

—Y tienes algo colgando entre las piernas a lo que a veces no le llega la sangre. Tampoco te suele llegar siempre al cerebro y no te preocupas por eso, ¿no? Pues ya está, ¿dónde está el problema? —continuó Brad.

—Joder, que ya no tengo ningún maldito problema —aclaró Jackson, su tono indicaba alivio, pero también una ligera irritación por tener que discutir algo tan íntimo.

—¿Ya? —preguntó Brad, una ceja levantada en expresión de curiosidad, pero su tono no pudo ocultar un deje de ironía.

Jackson suspiró, consciente de que a veces Brad capturaba solo fragmentos de la conversación según su conveniencia.

—Pero lo tuviste, ¿no? Y te sigue preocupando, ¿es eso? —Brad continuó, pero su voz llevaba un toque jocoso, como si estuviera disfrutando un poco de la exasperación de Jackson.

—Estoy hablando de un tema serio —gruñó Jackson—. Y ni me dejas explicarme ni me estás tomando en serio.

—Me he levantado de la cama y he dejado sola a mi mujer. ¿No es eso tomarte bien en serio? —respondió Brad, su tono todavía llevaba ese matiz irónico, como si estuviera retando a Jackson a reconocer el esfuerzo que estaba haciendo.

—¿Entonces quieres hacer el favor de escucharme?

—Claro... —Brad asintió con una exagerada seriedad, aunque sus ojos brillaban con un humor latente.

—¿Me dejas explicarme?

—Por supuesto... —Brad finalmente accedió, adoptando una postura de escucha más auténtica, aunque su semblante aún mostraba una sonrisa divertida, preparado para seguir con su

habitual juego de picar a Jackson, pero siempre prestando verdadera atención a lo que su amigo tenía que decir.

—No... No estoy preocupado porque no se me levante, eso ya está solucionado —admitió Jackson, revelando una parte del misterio, pero dejando otra en el aire.

—Aja... Es decir, que eso sí fue un problema...

—¿Te quieres callar?

—Sí. Dime. ¿Entonces el problema es...? —lo siguió presionando Brad, buscando entender completamente qué ocurría.

—¡Que no tengo ningún problema!

—¡¿Entonces para qué te estás haciendo pruebas?!

—Porque no sé qué me pasa, ¡se me levanta con quien no debe! —finalmente lo soltó, revelando la verdadera naturaleza de su dilema. Su voz llevaba un tono de resignación mezclado con una especie de confusión interna.

—Entiendo...

—¿Lo entiendes? —la esperanza en su voz.

—Sí, pero déjame decirte algo, Jackson.

—Dime...

—Ser gay no es un problema —respondió Brad rápidamente.

—Ay, señor... —gimió.

—Es algo completamente natural...

—Ser gilipollas también es natural, pero sí es un problema, por si no lo sabías —resopló Jackson, su respuesta estaba cargada de frustración—. Que no va por ahí el tema. Es solo que...

—Joder, jamás pensé que serías un homófobo... —lo interrumpió, claramente lo estaba picando.

—Que yo no... —Jackson comenzó a defenderse, su tono indicaba que estaba a punto de revelar más.

—¡Me estás decepcionando! —continuó presionando, su voz mostraba una mezcla de desafío y broma.

Jackson, al borde de la exasperación y con la voz cargada de frustración, lanzó un exabrupto antes de intentar poner fin a la conversación.

—¡La leche que tragaste! Paso. ¡Me voy a dormir!

—Mira, al menos te he ayudado con el insomnio —respondió Brad, con un tono jocoso que buscaba aligerar el ambiente cargado.

—Serás... —murmuró Jackson.

—Aunque ahora soy yo el que no puede dormir.

—Pues que te den, ¡por subnormal! —exclamó Jackson, preparándose para colgar.

La risa de Brad resonó a través del teléfono.

—Jackson... —dijo Brad entonces, en un tono más serio, justo antes de que este cortase la llamada.

Jackson volvió a poner el teléfono en su oreja.

—¿Qué? —gruñó, todavía con el ceño fruncido por la irritación y el cansancio.

—Sea lo que sea que te pase, debes enfrentarlo —dijo Brad con una firmeza que captó inmediatamente la atención de Jackson.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Jackson, su irritación dando paso a la inquisición.

—Que darle vueltas en la cabeza está muy bien para empezar, pero ahí no vas a encontrar las respuestas. Y deberías saberlo, al fin y al cabo, es tu especialidad —le recordó.

—¿Y dónde están? —la pregunta de Jackson ahora era más de un buscador que de un combatiente.

—En los hechos, Jackson. La respuesta la encontrarás cuando dejes de pensar y enfrentes la realidad de lo que te preocupa. Y a ver qué pasa...

Enfrentar la realidad.

Brad, con su característico tono pragmático, había dado en el clavo.

¿Cómo podría Jackson saber si todo esto era real o simplemente fruto de su mente excesivamente cargada?

La única forma de descubrirlo era enfrentarla a ella directamente.

Jackson sabía que debía demostrarse a sí mismo, de una vez por todas, que no había nada por lo que preocuparse. Debía verla de nuevo, mirarla a los ojos, hablarle, y tal vez incluso tocarla, despojándose de las tonterías del drama interno para confirmar que no ocurría nada más allá de su antipatía usual hacia ella, para comprobar que su aversión seguía intacta, que lo único que quería era salir corriendo porque realmente no la soportaba.

Y que todo estaba bien.

Que todo era como siempre.

Porque dar vueltas a estas ideas en la cabeza, aunque útil inicialmente para ordenar sus pensamientos, claramente no era suficiente para hallar respuestas definitivas.

Como psiquiatra, Jackson entendía bien que la introspección tenía sus límites y que las

respuestas a menudo yacían en la interacción con el mundo exterior, no encerradas en los laberintos de su mente.

Por eso, las reglas autoimpuestas que hasta ahora lo había “protegido”, necesitaban ser desafiadas.

Quizás así podría, finalmente, descansar.

O, al menos, dejar de hacer el ridículo en los rincones más recónditos de su propia mente.

Claro que las cosas no iban a ser sencillas. La vida, y especialmente Prue, se encargarían de asegurarse de eso.

om

Capítulo 7

“¿Es necesario tanto análisis hasta el final?”

Prue tenía una idea muy diferente: mantenerse alejada de Jackson.

De él y de todos los demás, en realidad, porque tenía un trancazo de aquellos que marcaban época. Malditas fueran la lluvia y el resfriado que había cogido. Tenía el cuerpo dolorido, como si un camión le hubiese pasado por encima y luego regresado para asegurarse del trabajo hecho.

Y por si eso fuera poco, los cuchicheos sobre lo que había pasado con Kevin, los cuernos, el encontronazo con él y la interacción con Jackson eran la comidilla de todo el hospital.

La gente seguro que pensaba que llevaba mascarilla por vergüenza de mostrar su cara y no porque intentara no convertirse en la paciente cero de una epidemia hospitalaria.

—¿La lluvia de ayer? —preguntó Lia al escucharla toser justo cuando tropezó con ella en la puerta de la sala de descanso del personal.

Prue fue a decir que sí, pero un ataque de tos la interrumpió, transformando su afirmación en una cacofonía de estornudos y tos.

—¡Qué mal suena eso! ¿Seguro que estás bien? —Lia parecía genuinamente preocupada.

Prue había entrado en la sala de descanso para coger más papel. Ya había gastado las reservas que tenía en su consulta, y su nariz no daba señales de tregua.

—Sí... —musitó con voz ronca.

—¿No sería mejor que te fueras a casa? —insistió Lia, mirándola con ese tono maternal que las enfermeras desarrollaban después de años de práctica.

—Estoy bien...

—Sí, tu voz de camionero resfriado me lo acaba de confirmar —la ironía en la voz de Lia era tan palpable como el desinfectante en el aire del hospital.

—Ya queda poco para acabar el turno. Además, estoy en un hospital, ¿qué peor lugar para estar enferma, no? —bromeó Prue con un intento de sonrisa.

—No es que te pase nada, es que empeores. ¿Estás tomando algo para eso? —preguntó Lia, inclinando la cabeza con preocupación.

—Me tomé un vaso de leche caliente con miel y un paracetamol esta mañana.

—Esa tos te dice que necesitas algo más fuerte, como antibióticos o un exorcismo —comentó Lia, aumentando la apuesta humorística.

Prue sonrió, aunque la expresión quedó oculta bajo la mascarilla. Cerró el armario de donde había cogido munición suficiente de papel y se giró para mirar a Lia, quien seguía en la puerta,

con una carpeta de papeles en la mano y una ceja levantada en señal de escepticismo.

—Si no mejoro, iré a que me miren —prometió Prue, con un tono que intentaba sonar convincente.

—Eso es como decir “nos llamamos”, que sabemos que significa que nunca vamos a quedar —Lia no se dejaba engañar fácilmente.

—Lo haré, lo prometo —aseguró Prue con más firmeza esta vez, aunque en su interior, sabía lo reticente que era a visitar al médico.

Justo en ese momento, se oyó un crujido familiar fuera de la sala y una voz. Prue, reconociéndolo, reaccionó instintivamente.

En un movimiento que mezclaba pánico y comedia, Prue se agachó de golpe, casi como si intentara desaparecer en el acto. Se escondió detrás de unos de los sofás que había allí.

Lia, desconcertada, miró hacia donde Prue ya no estaba, se acercó corriendo y miró tras el sofá para encontrarse a una Prue en una posición poco digna, casi encogida en una bola.

—¿Pero qué...? —Lia estaba perpleja, intentando entender la lógica detrás de esa maniobra digna de un espía en una película que había hecho Prue mientras se escondía de una forma tan dramática y repentina.

—La estaba buscando... —dijo entonces una voz desde el umbral de la puerta, interrumpiendo sus cavilaciones.

Lia dio un salto, visiblemente sorprendida por la interrupción inesperada. La carpeta con los papeles en sus manos casi salió volando.

—Doctor... —dijo entonces, y en ese momento todo cobró sentido.

El doctor Jackson, con esa capacidad suya de aparecer siempre en el momento menos oportuno, miró alrededor con una curiosidad que rozaba lo cómico, metiendo un poco la cabeza por la puerta como quien espía en un gallinero sospechoso.

—¿Está bien? —preguntó entonces, cuando sus ojos finalmente se posaron de nuevo en ella.

—¿Yo? ¡Por supuesto! —respondió Lia con una sonrisa exageradamente agradable, como si estuviera participando en un concurso de caras felices, su tono era alegre, casi teatral.

Al parecer, Jackson no pensaba lo mismo, puesto que dio un paso atrás y puso una cara que era una mezcla entre ver un fantasma y pensar que había dejado el gas abierto en casa.

De miedo, para ser clara. Por un momento parecía que estaba a punto de salir corriendo en la dirección opuesta.

Pero Lia continuó sonriendo.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la enfermera, sonriendo todavía más, si eso era humanamente posible.

—¿Eh? —pestañeó Jackson, claramente desorientado por la desbordante alegría de Lia.

Y porque había algo raro en el ambiente...

—Me estaba buscando... —le recordó Lia, con una pizca de sarcasmo en su tono, haciendo que el doctor Jackson se sintiera un poco ridículo.

—Ah, sí —carraspeó el doctor. Se aclaró la garganta, intentando recuperar su compostura profesional—. Necesito que organice una reunión con cada uno de los psiquiatras y psicólogos de la unidad, de manera individual.

—Ah, perfecto —respondió Lia con entusiasmo, como si la idea de coordinar múltiples reuniones fuese la clase de desafío que disfrutaba.

—Y una con todo el equipo de enfermería junto —añadió Jackson, como si acabara de recordar otro punto importante en su agenda del día.

—Claro que sí, doctor —confirmó ella.

—Organízela desde hoy mismo, un par de ellas o tres por día, cuando las consultas terminen —instruyó Jackson, señalando las fechas en su agenda digital como si marcara los días en un calendario invisible.

—Sí, doctor —asintió Lia.

—Estupendo... —la miró de nuevo, todavía algo inseguro sobre su estado general— ¿Seguro que está bien?

—¡Perfectamente! —rio ella, su risa sonando casi como si hubiera ensayado para una audición de una comedia.

—Ya veo... —dijo Jackson, todavía no muy convencido por la actuación de Lia, pero listo para marcharse.

Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—Por cierto, doctor, puede tutearme —dijo Lia antes de que él se girase del todo, con un tono amistoso y desenfadado. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se marchó.

Rápidamente, Lia miró hacia abajo, pero casi se cae del susto con el salto que metió Prue.

—¡Aquí está! —dijo entonces Prue, mostrándole algo que sostenía entre sus dedos, un objeto minúsculo, pero evidentemente de gran valor para ella.

Lia miró los dedos, el supuesto e invisible objeto, y después a Prue con una mezcla de confusión y curiosidad.

—¿El qué? —preguntó, sin poder ocultar su perplejidad.

—Pensé que lo había perdido... —dijo Prue, ignorando la pregunta y, negando con la cabeza, salió de detrás del sofá y se acercó a la puerta— Si es que tengo la cabeza a las tres de la tarde, siempre despistada.

Hablando de cabezas, Prue asomó la suya por la puerta, escaneando el pasillo a un lado y al otro con los ojos de un detective amateur. Solo entonces, con un suspiro de alivio, salió

corriendo como si de pronto recordara una cita urgente.

Lia, con las cejas enarcadas, observó cómo Prue desaparecía de su campo de visión y negó con la cabeza, divertida y algo exasperada.

—No se puede ser peor actriz —resopló entonces, pero una sonrisa cariñosa apareció en sus labios al confirmar lo que había pensado el día anterior, que entre Prue y el nuevo jefe de la unidad había algo.

Algo más que una amistad normal.

Que era evidente que se conocían estaba claro, pero que había algo más, también.

Un secreto tal vez no tan bien guardado después de todo.



Mientras Prue hacía todo lo posible por evitar encontrarse con el susodicho, Jackson no dejaba de mirar para todos lados a ver si la veía.

Pero parecía que la vida no estaba de su parte en ese momento particular, y que su agonía iba a alargarse más de lo que le gustaría. Con lo fácil que sería deshacerse de ella una vez que la tuviera cerca, ¿verdad?

Miró a la puerta de su despacho justo cuando se abrió sin previo aviso.

—Que seas el director del hospital no te exime de llamar a las puertas antes de entrar —dijo, con un tono ligeramente irónico, volviendo a mirar la pantalla del ordenador después de lanzar esa indirecta.

Jackson volvió a mirar hacia la puerta cuando oyó que alguien llamaba, justo después de haber escuchado cómo se cerraba con un suave clic. Puso los ojos en blanco.

«Qué porculero es cuando quiere.»

Entonces la puerta se abrió y Brad asomó la cabeza.

—Se dice pase o adelante cuando alguien llama a tu puerta —comentó Brad con una sonrisa burlona.

—¿Y si no quiero ver a quién sea porque ya sé quién es y no me apetece aguantarlo? —preguntó Jackson, de nuevo inmerso en lo suyo, sin dejar de teclear en el ordenador.

—El insomnio te sienta muy mal —dijo Brad, cerrando la puerta tras de sí y tomando asiento frente a su amigo, estableciendo una atmósfera de camaradería que parecía ser habitual entre ellos.

—En tu caso es lo contrario, las ojeras son una parte de ti —replicó, mofándose de él con un tono ligero y juguetón.

Brad rio, sin tomarse nada mal.

—¿Cómo lo llevas?

Jackson lo miró de reojo, sin saber a qué se refería Brad exactamente.

—Me refiero a tu primer día como jefe de la unidad —aclaró Brad, observando a Jackson con preocupación.

—Esto es un desastre —dijo con un suspiro de frustración—. Voy a tardar semanas en que todo funcione como debería.

—¿Por qué te crees que llevaba meses insistiéndote en que te vinieras? —suspiró Brad, recordando las numerosas conversaciones que habían tenido sobre el tema.

Hacía poco más de un año que llevaba el título de director del hospital, le había costado muchísimo conseguirlo, muchas horas extra, mucho papeleo, pero lo había conseguido.

Desde el principio, quiso a Jackson a su lado, pero al muy capullo parecía no interesarle el tema en aquel entonces.

—Debería estar pasando consulta —se quejó Jackson, pensando en todo el papeleo y todo lo que tenía que revisar.

Él había estudiado para ser psiquiatra, y, de hecho, era el mejor. Pero, al parecer, también lo era para manejar a todo un equipo. Llevaba años como jefe de departamento. Casi toda su carrera en realidad.

—¡A quién se le ocurre ser bueno en lo suyo! —rio Brad, levantando las manos en un gesto de exasperación fingida— Sí, es una verdadera tragedia ser competente. ¿Quién necesita eso? —continuó con sarcasmo— Totalmente sobrevalorado, si me preguntas —se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio, simulando una gravedad exagerada—. Ahora, en lugar de solo consultas, tienes el placer de lidiar con reuniones interminables, quejas sin sentido y la política hospitalaria. La vida no podría ser más emocionante.

—Oh, sí, mi nivel de entusiasmo es incontenible —Jackson lanzó una mirada hacia el montón de documentos que se acumulaba en su escritorio, cada uno representando una nueva tarea administrativa que preferiría evitar—. Solo espera a que empiece a programar esos emocionantes comités de ética y las revisiones de presupuesto. Será el pináculo de mi existencia social.

Brad soltó una carcajada, disfrutando del humor seco de su amigo.

—¿Y qué hay de las festivas fiestas del hospital? Esas son el verdadero evento del año. Nada dice “fiesta” como un bufé de hospital y charlas sobre la administración de antibióticos.

—Claro, es el único evento social donde es aceptable, y esperado, hablar sobre cultivos de bacterias mientras comes. Muy gourmet —Jackson fingió una mueca de disgusto mientras imaginaba la escena.

—No te olvides de la alegría de manejar las relaciones entre el personal. Es como ser el árbitro en un partido interminable de drama adolescente con estetoscopios —continuó Brad, balanceando su silla hacia atrás un poco.

—Ah, la diplomacia médica. Nada me ha preparado mejor para eso que ver maratones de programas de reality televisivo. Es prácticamente el mismo nivel de drama y traición —Jackson asintió solemnemente, como si estuviera discutiendo estrategias de paz mundial.

—Pero mira el lado bueno, al menos tienes una ventana en este despacho —señaló Brad hacia la pequeña ventana que daba a un patio interior del hospital.

—Sí, la vista del contenedor de basura es realmente inspiradora. Nada como el olor de desinfectante mezclado con el aroma de los desechos para motivarte por la mañana —Jackson se giró para mirar por la ventana, suspirando teatralmente.

—Deberías considerarte afortunado, algunos solo tienen vistas a las paredes de ladrillo —se encogió de hombros, como si estuviera consolando a un niño desilusionado.

—Bueno, cuando lo pones de esa manera, me siento casi como si estuviera en un resort de lujo —sonrió Jackson, recobrando un poco de humor ante la perspectiva exageradamente deprimente pintada por su amigo, aunque sabía perfectamente que cualquier comparación con un resort era puramente sarcástica.

—Hasta que te das cuenta —rio Brad, divertido por la conversación irónica que estaban manteniendo—. Ese tipo está en la calle oficialmente, el equipo legal ha encontrado razones rápidamente para saltarnos todo el proceso de despido normal —dijo entonces, volviendo a convertirse en el profesional que era, su tono cambiando ligeramente para reflejar la seriedad de la situación.

—Un capullo menos por aquí —comentó, aliviado.

—Y un héroe más. Te has convertido en la comidilla del hospital, aunque nada que no esperase —Brad lo miró con una expresión burlona.

Jackson enarcó las cejas al mirarlo.

—El pasar desapercibido no es precisamente tu fuerte —comentó, medio en serio, medio en broma.

Jackson se encogió de hombros.

—Está sobrevalorado —respondió, con un gesto desenfadado, como si realmente creyera que ser el centro de atención podría tener sus ventajas.

—Ya... —rio su amigo— Ella también ha sido despedida —añadió, refiriéndose a la enfermera involucrada con el psiquiatra.

—Diría que lo siento por ella, pero no es así —admitió Jackson sin rodeos, su franqueza a menudo tan cruda como su sentido del humor.

—Ellos se lo buscaron. El problema es que ahora tienes a un psiquiatra y una enfermera menos —Brad se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño ligeramente—. Le he metido prisa al Departamento de Recursos Humanos, pero no creo que tengamos sustituto antes de dos o tres días. Nos plantamos ya en la semana que viene.

—Lo sacaremos adelante, yo me encargo —aseguró con determinación, su tono firme—. Tú encárgate de atosigar a esa gente y que elijan a alguien antes de que pasen cuarenta y ocho horas.

Brad suspiró.

—Te quería aquí para que me quitases trabajo, no para que me diceses más —suspiró, divertido.

—Siempre puedo marcharme —Jackson levantó una ceja.

—De aquí no sales mientras yo esté —le advirtió—. Adelante —dijo entonces cuando llamaron a la puerta y rio al mirar a Jackson— Complejo de jefe —dijo—. El otro día le dije lo mismo a mi mujer cuando estaba en el baño y llamó para entrar —estalló en carcajadas—. Voy a perder la cabeza.

—No estabas muy bueno de antes —le recordó su amigo.

—Eso es verdad... —Brad aceptó la broma con gracia y un asentimiento de cabeza.

—Buenas tardes, Señor director. Doctor... —interrumpió Lia al entrar en el despacho.

—Lia... Dime —dijo Jackson, serio.

—Hay cuatro pacientes que no podrán ser atendidos por su psicóloga hoy —comenzó Lia, mostrando un leve rastro de preocupación en su expresión—. Les he comentado que no podría atenderlos; dos de ellos prefieren esperar a que ella regrese, pero los otros dos, que tienen hoy su primera cita, insisten en ser vistos. No quieren reprogramar su cita y parecen bastante firmes en su decisión.

—¿Y por qué no puede atenderlos? ¿Qué ha pasado exactamente? —Jackson se inclinó hacia adelante, interesado en obtener más detalles antes de tomar una decisión.

—Ah... Está enferma —Lia parecía reticente a dar malas noticias—Ha venido a trabajar y lo ha estado haciendo hasta hace unos minutos. Pero no deja de toser y apenas puede mantenerse en pie —chasqueó la lengua—. La cogió todo el aguacero de anoche a la pobre. Medio la he obligado a marcharse a casa.

Jackson frunció el ceño, reflexionando sobre la situación.

—Entiendo. Y, ¿cómo está el resto del equipo hoy?

—Todos los demás están hasta arriba y llevan retraso. No veo fácil encajar a estos pacientes sin afectar el resto de la agenda —Lia hizo una pausa, mirando a ambos hombres, esperando alguna directriz.

Brad soltó un suspiro pesado.

—Bienvenido al equipo —dijo, lanzándole una mirada a Jackson, que mezclaba simpatía con un toque de ironía, consciente de los desafíos que su amigo enfrentaba al asumir su nuevo rol.

—¿Cómo lo organizarías tú? —preguntó Jackson a la enfermera.

Todavía era nuevo allí y no conocía completamente la dinámica del equipo, sabía que necesitaba orientación y estaba dispuesto a aprender.

Lia pareció apreciar que le pidieran su opinión; su expresión se suavizó, y un destello de aprobación iluminó sus ojos.

Se acercó a Jackson y desplegó un papel sobre la mesa con los horarios de los psicólogos y los pacientes que tenían en la lista. Comenzó a señalar los huecos en las agendas y sugerencias sobre cómo podrían redistribuir las citas para acomodar a los pacientes.

Mientras Lia explicaba, Jackson asintió, siguiendo sus dedos mientras se desplazaban a lo largo del papel. Entonces fue cuando se dio cuenta.

—Está bien —dijo finalmente—. Organízalo como dices.

—Sí, doctor —respondió Lia con un tono de voz que reflejaba tanto su respeto profesional como su satisfacción por el reconocimiento de su experiencia.

Cuando la puerta se cerró tras Lia, Jackson se volvió hacia Brad, su rostro luciendo preocupado.

—Es Prue —dijo entonces, su voz casi un murmullo—. Es Prue quien está enferma.

om

Capítulo 8

“¿Por qué? Porque, a veces, analizar duele.”

Sentado en el coche, con el móvil en la mano, Jackson fruncía el ceño mientras redactaba un mensaje.

Su primer intento fue un simple “¿Cómo estás?”, pero rápidamente se reprendió a sí mismo por la familiaridad que eso implicaba. En su relación con Prue no había lugar para esas cordialidades; más bien, se trataba de intercambios afilados como cuchillos y comentarios tan cortantes como flechas envenenadas.

Borró el mensaje inicial y comenzó a redactar otro, más adecuado a su estilo habitual y a la naturaleza de su relación.

“Me han dicho que estás enferma. Espero que no sea grave”, escribió, evaluando cada palabra mientras su pulgar se detenía sobre el teclado.

Luego añadió: “Lo digo porque no faltes mucho al trabajo, no damos abasto.”

Asintiendo para sí mismo, reconoció que esa redacción era más representativa de su enfoque directo y sin rodeos.

Sí, definitivamente eso sonaba más como él.

Estaba a punto de enviar el mensaje, cuando el teléfono sonó en su mano y, sorprendido, lo soltó. El dispositivo voló por el aire y aterrizó con un golpe sordo en el suelo del copiloto. Maldiciendo en voz baja a todos los Dioses que pudiera recordar en ese momento de frustración, se agachó para recuperarlo, maniobrando torpemente entre el asiento y el volante.

Jackson resopló al ver el nombre iluminado en la pantalla de su móvil. Era Heily.

Había contemplado la idea de llamarla antes de decidirse a escribir directamente a Prue, pensando que sería una forma menos obvia de informarse sobre su estado.

Al fin y al cabo, ¿no era menos evidente mostrar preocupación a través de su hermana en lugar de un mensaje directo?

—No me preocupo por su salud, es por el trabajo.

Pero luego, reflexionando un poco más sobre su plan, consideró la agudeza de Heily. Ella era demasiado astuta; si él intentaba de alguna manera indagar sobre Prue a través de ella, no pasaría mucho tiempo antes de que Heily desconfiara de sus intenciones.

Y no, definitivamente era mejor actuar dentro de los límites de su rol profesional. Después de todo, era el jefe, y debía comportarse como tal.

—Me preocupo por una de mis subalternas, nada más.

Al intentar enderezarse, un dolor agudo se disparó por su cabeza cuando su cráneo golpeó

contra el duro salpicadero. Con un gruñido dolorido, Jackson finalmente logró agarrar el teléfono y aceptó la llamada, no sin antes entrar en WhatsApp, borrar el mensaje y salir de la aplicación, por si acaso.

—Joder... —gimió, tocándose la cabeza— ¡Qué dolor!

—Y eso que todavía no te he tenido delante, entonces sí que te va a doler —replicó una voz enfadada y cargada de sarcasmo al otro lado de la línea.

—Heily... —saludó Jackson, suspirando.

—¡Hombre! Hasta que me coges las llamadas. ¡Diez veces te he llamado! —exclamó ella, su frustración claramente audible a través del altavoz.

«En realidad fueron once», pensó Jackson, observando la pantalla del móvil que mostraba con precisión el contador de llamadas perdidas.

Era un detalle menor, pero él era alguien que prestaba atención a esas pequeñas cosas, aunque optó por no corregir a Heily.

Tampoco le mencionaría que, técnicamente, podrían haber sido doce llamadas, porque no estaba del todo seguro de si había tenido la intención de responder esa última o no.

Durante un breve momento, mientras el teléfono vibraba por duodécima vez, había dudado, vacilando con la idea de deslizar el dedo sobre la pantalla y poner fin a la insistente melodía que sonaba cada vez que Heily intentaba alcanzarlo. Pero luego, un pensamiento fugaz cruzó su mente, recordándole que había algo que le interesaba saber...

—Estaba trabajando —se defendió.

—¿Desde ayer? ¿Acabas de empezar y ya haces turnos intensivos? —la ironía en su pregunta era evidente— ¿Ni para contestar un WhatsApp tienes tiempo? ¡Que me has dejado en visto!

Era palpable cuánto le molestaba haber sido ignorada.

—Lo siento —dijo él finalmente, con un suspiro de resignación.

Arrancó el coche, dejando que el sonido del motor llenara brevemente el silencio incómodo que había comenzado a formarse. Colocó el teléfono móvil cuidadosamente sobre el asiento del copiloto, asegurándose de que no se deslizara con el movimiento del vehículo. Cuando el dispositivo se conectó al sistema Bluetooth del coche, volvió a hablar.

—¿Cómo estás? —preguntó entonces.

Jackson ajustó el espejo retrovisor y echó un vistazo rápido a su alrededor antes de poner el vehículo en movimiento.

—Bastante cabreada contigo, pero no creo que te interese cuando me tratas como a una desconocida —respondió ella, con un tono cargado de reproche.

Jackson puso los ojos en blanco al saber a lo que se refería, un gesto perdido en la conversación telefónica.

—No seas exagerada, había razones para mantenerlo en secreto, cuestiones de discreción profesional —mintió él, aunque sabía que en realidad no había ninguna cláusula de confidencialidad que lo obligara a mantener su cambio de trabajo en secreto.

En realidad, había sido él quien había pedido a Brad que no trascendiera su fichaje por el nuevo hospital hasta que asumiera formalmente su cargo.

No era por nada, simplemente no quería que el hospital entero se enterara antes de tiempo y tener que lidiar con los chismes, especialmente los de su hermana.

No quería escuchar sus quejas o sus intentos de persuadirlo de no tomar el puesto, especialmente porque sabía que Prue trabajaba allí.

Aunque no había aceptado el trabajo por ella, su presencia complicaba las cosas.

Y, sinceramente, había tomado su decisión; que le gustara a su hermana, a Prue, o incluso al Papa, le importaba poco.

—No, si a hermetismo no hay quien te gane —resopló Heily, su voz teñida de una mezcla de exasperación y resignación ante la naturaleza reservada de su hermano, que a veces parecía más un enigma, incluso para ella, su hermana—. Hemos compartido líquido amniótico, no lo olvides.

—En realidad no —respondió Jackson, con un tono pedante que apenas disimulaba su intención de corregirla.

—¿Eh? —su sorpresa fue evidente, desorientada por la corrección inesperada.

—Somos mellizos, no hemos compartido líquido amniótico. Tú tenías tu propio líquido en tu saco amniótico y yo el mío —explicó Jackson, aprovechando la oportunidad para aclarar un malentendido común.

Y por molestarla, vaya.

Heily resopló.

—¿Te crees que no lo sé y que soy idiota? Ni se te ocurra contestar —le advirtió, cortante, cuando él abrió la boca para responder.

Aunque no podía verlo, lo conocía demasiado bien y sabía exactamente cómo reaccionaría.

—¿Y esa decisión? —Heily cambió de tema.

Jackson sabía de más a qué se estaba refiriendo.

—Algún día tenía que aceptar el puesto, solo lo he estado atrasando —admitió Jackson.

Su hermana asintió con la cabeza. Ella sabía, y creía entender por qué había demorado su decisión, aunque optó por no poner voz a sus sospechas.

—Me hubiera gustado saberlo, solo eso. Puedes confiar en mí, si me lo pides, no se lo diría a Prue —dijo Heily.

El silencio que siguió a esa frase fue largo y tenso.

—No cuela, ¿no? —gimió Heily.

—No —respondió Jackson simplemente, conociendo muy bien la relación cercana entre Heily y Prue.

Prue era muy importante para su hermana, a veces él creía que incluso más que él mismo, con quien, líquido amniótico aparte, compartía genes.

Equivocado o no, esperaba que su hermana no tuviera que mostrar hacia quién se inclinaba más su lealtad en ningún momento.

—Hablando de Prue... —dijo entonces Heily.

Esa, exactamente esa, era la razón por la que había contestado la llamada.

—¿Sabes algo sobre ella? —preguntó Heily.

Jackson hizo una pausa antes de responder.

—Prue Sanders, tiene la misma edad que nosotros, es tu mejor amiga y mi peor enemiga, y tiene una lengua afilada de primera —comenzó Jackson, sarcástico.

Heily resopló con frustración, claramente molesta.

—Normal que no te soporte. Ni yo lo haría de no ser porque no tengo más remedio —su tono era mitad en serio, mitad en broma.

—¿Por haber compartido líquido amniótico? —bromeó Jackson.

—Que te den —gruñó ella, no del todo en broma esta vez—. Ya en serio, ¿no la has visto? He llamado a Prue varias veces y no responde. Ni siquiera ha leído mis mensajes. Pensé que seguiría trabajando, pero a estas horas, lo dudo. Y si no eres tú el que la está molestando en el trabajo para que eche horas extra solo por joder...

—¿Tan cabrón te crees que soy? —resopló Jackson, fingiendo estar ofendido por la insinuación.

—¿Con ella? ¡Eso y más! —replicó Heily, conociéndolo demasiado bien.

Jackson puso los ojos en blanco.

—No, no la he hecho trabajar más de la cuenta, no soy ningún negrero. Como trabajador que soy también, conozco nuestros derechos —dijo, su voz mezclando seriedad con un leve sarcasmo, intentando enfatizar su inocencia en el asunto.

—Pues menos mal, oye, se lo diré a ella para que lo tenga en cuenta —respondió Heily, su tono indicando que tomaba nota mentalmente de su comentario.

—Es Prue, ¿no deberías saber lo que le pasa? Se marchó a casa a media mañana porque parecía que estaba enferma —informó Jackson, intentando pasar la responsabilidad de la preocupación a Heily.

—¿Enferma? —preguntó Heily, sonando asustada y preocupada a la vez— ¿Enferma de qué?

—¿Qué voy a saber yo? ¡Su mejor amiga eres tú! —exclamó Jackson, lanzando la pelota de nuevo a su cancha con un toque de frustración.

—¡Haberme avisado! —protestó Heily, claramente molesta por estar fuera del bucle.

—¿Qué soy, ¡su niñera?! —Jackson casi rio al decirlo, encontrando absurda la idea de que él debiera mantener a Heily actualizada sobre cada detalle de la vida de Prue.

—¿Por qué te desquicias?! —casi gritó Heily, llevando la conversación a un pico de intensidad.

—¡No me he desquiciado! ¡Eres tú quien me está gritando!

—Yo no estoy gritando —dijo entonces ella, más bajo—. Y ni que te importase lo que le ocurriese —gruñó.

Jackson no dijo nada, manteniendo un semblante de indiferencia que ya había perfeccionado con el paso de los años, pero en el fondo, un atisbo de preocupación real lo inquietaba.

Desde que se enteró de que Prue estaba enferma, algo dentro de él se había activado, un radar de preocupación que, a pesar de sus intentos por ignorarlo, seguía pitando insistentemente.

Estaba preocupado, sí, pero que nadie se confunda.

Era por el lío administrativo que suponía su ausencia en el trabajo, que complicaba las cosas. Y porque, no lo olvidemos, la ausencia de Prue ampliaba su agonía personal.

Ya sabes, estaba a la espera de comprobar que no tenía nada grave por lo que comerse la cabeza con nada relacionado con ella, que todo había sido un malentendido de su cuerpo y de su mente.

No se preocupaba porque realmente le preocupara qué le ocurriese a esa mujer, ¡ni mucho menos!

—Y no me importa. Para nada —dijo Jackson, su voz firme tratando de convencer no solo a Heily sino quizás, también, a sí mismo.

«Por eso le ibas a escribir un mensaje», resonó una voz irónica en su mente, un recordatorio incómodo de su intento previo de contactar a Prue.

«Era por trabajo», se apresuró a justificar.

—Joder... —exclamó Heily, su frustración evidente— Y yo fuera de la ciudad.

—¿Qué haces fuera de la ciudad? —preguntó Jackson, curioso.

—Un parto de una vaca. La pobre no lo está pasando bien —explicó Heily, su voz reflejando una mezcla de preocupación y cansancio.

—No quiero saberlo —replicó Jackson rápidamente.

—Muy escrupuloso eres tú para ser médico —comentó Heily, con un tono burlón.

—Soy psiquiatra. No elegí cirugía por algo —se defendió Jackson, haciendo una clara distinción entre su especialidad y las prácticas médicas más gráficas.

—Pues no vendría mal que mirasen tu cerebro —gruñó Heily, insinuando que él también podría necesitar algún tipo de examen mental—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué hacemos de qué? —respondió Jackson, confuso.

—De Prue, por supuesto —precisó Heily, claramente preocupada por su amiga.

—Pues tú no sé, pero yo me iré a mi casa, me tomaré una cerveza y me relajaré —declaró Jackson con un tono de despreocupación forzada, intentando evadir cualquier implicación emocional en el asunto.

¿Se podía ser más embustero?

A pesar de sus palabras, una parte de él no podía dejar de sentir una pizca de preocupación. La indiferencia que proyectaba era más una fachada que una realidad.

—¿Y si está muy mal? —insistió Heily, su voz cargada de preocupación genuina.

—Su problema... —respondió Jackson secamente, con un aire de finalidad que pretendía poner fin a la conversación.

—¿Y si le ha pasado algo? —el horror en su voz era palpable, llena de miedo y preocupación.

—Un problema menos en el mundo —dijo él, tratando de sonar indiferente, aunque el corazón se le encogió al pensar en que eso podía ser una opción.

Una posibilidad real.

La idea de que ella no estuviera bien, que algo terrible pudiera haberle ocurrido...

No, ella estaba bien, seguro.

—Ryan... —la voz de Heily llevaba una clara advertencia, marcada por el uso de su nombre de pila, algo que raramente hacía a menos que fuera algo serio.

—Se habrá tomado una pastilla y se habrá quedado dormida, tendrá el móvil en silencio y ya —lo decía más para convencerse a sí mismo que para convencer a su hermana.

Necesitaba creer que todo estaba bien, que no había razón para preocuparse.

Porque, además, era lo más lógico, ¿no? Era lo más razonable pensar que solo se quedó dormida. No había que montar un drama a la mínima.

—¿Y si le pasó algo? ¡Yo qué sé! Si está mal y se mareó y se cayó, y ¡oh, Dios mío! —exclamó Heily, completamente aterrorizada al pensar en ello. La angustia en su voz era inconfundible.

Hasta la vaca que Heily estaba atendiendo gritó, para darle más dramatismo a su hermana. Como si supiera lo que estaba pasando y quisiera unirse al caos.

Como si Heily no fuera suficiente reina del drama por sí sola y necesitara una banda sonora adicional.

—Jackson... —La voz de Heily era un susurro ahora, cargada de miedo y desesperación.

—No —interrumpió Jackson, anticipándose a lo que sabía que venía a continuación. Su tono era firme, denotando su clara intención de poner límites—. Ni se te ocurra pedirme que vaya a tu casa a coger las llaves de la casa de ella que tienes en el primer cajón del mueble de la entrada con un llavero de Pikachu y vaya a asegurarme de que está bien porque definitivamente no lo haré.

Pero, inconsciente e irónicamente, Jackson ya estaba conduciendo, no rumbo a su casa, sino a la de su hermana.

Heily se quedó un instante en silencio.

—El llavero de Pikachu se rompió, ahora tiene uno de la Sailor Moon verde —comentó casualmente, como si la actualización del accesorio de Prue fuera un dato crucial en ese momento.

Jackson resopló, la información le parecía tan irrelevante como curiosa.

—Nunca entendí que fuese su favorita —murmuró, más para sí mismo que para su hermana.

—Bueno, Júpiter es fuerte y sentimental a la vez. Como Prue —explicó Heily, trazando un paralelo entre el personaje y su amiga que, pensaba ella, encapsulaba perfectamente la esencia de Prue.

—Los cojones como Prue —refunfuñó Jackson.

Prue tenía algo de esa mezcla de fuerza y sensibilidad, pero era más como la Sailor Moon principal. Un tanto torpe en su manera de ser, extremadamente amable y profundamente empática.

«Esa definición no cuadra mucho con la bruja a la que te sueles referir», continuó la voz en su cabeza, recordándole sus frecuentes quejas y los apodos menos halagadores que usaba cuando describía a Prue.

Dejando a la voz de su cabeza y a su mente porculera a un lado...

—Por cierto, Jackson, ¿dónde estás? —la voz de Heily resonó a través del altavoz del coche, interrumpiendo sus pensamientos y sacándolo de su breve trance.

—En el coche, ¿por qué? Estoy llegando a tu casa —respondió él.

—Bastante lejos de la tuya, ¿no? ¿Qué hacías por ahí? —insistió Heily, su tono lleno de curiosidad y una pizca de sospecha que hizo que Jackson se tensara ligeramente al volante.

Jackson cerró los ojos por un instante y respiró profundamente.

—No te preocupes tanto. Bicho malo nunca muere.

om

Capítulo 9

“Hoy en la consulta: ¿Cómo arruinarle el día al otro?”

Volvió a llamarla al móvil, pero no respondía. Claro que tampoco esperaba él que fuera a responder sus llamadas, precisamente.

Vamos, si lo raro era que no lo tuviera bloqueado, después de todo.

Llamó a la puerta por tercera vez, pero nadie abría. Ya era como un ritual, llamaba y llamaba, y nada. Pero un pequeño ruido dentro de la casa llamó su atención.

Ese ruido inesperado hizo que se detuviera, con el corazón latiendo a mil por hora.

Jackson puso la oreja en la puerta, esperando así escuchar algo. Parecía una escena de película de espías, pero sin el glamour. Cuando escuchó cómo algo se rompía, no se lo pensó más, metió la llave en la cerradura, le dio una vuelta y abrió la puerta.

Entró en plan superhéroe, listo para enfrentar lo que fuera.

Entró en la casa rápidamente, dejando que la puerta se cerrase tras de sí tras darle un manotazo y entró en el apartamento donde Prue vivía. La adrenalina corría por sus venas mientras avanzaba. Era la primera vez que estaba ahí, sabía dónde vivía porque había tenido que llevar a su hermana o recogerla un par de veces, pero jamás había subido.

Siempre había sido un misterio ese lugar.

Así que le impresionó un poco que fuera, justamente, como se había imaginado. Una mezcla de caos organizado y creatividad desbordante.

Prue era bastante predecible, al parecer. Siempre con su estilo único y particular.

—¿Prue? —preguntó entonces en voz alta— Prue, soy Jackson. ¿Estás en casa? —preguntó mientras caminaba por el salón, dispuesto a buscar en cada rincón de esa casa. Sus pasos resonaban en el suelo, y cada sombra parecía cobrar vida.

Miró en la pequeña cocina, pero allí tampoco había nadie.

De hecho, solo encontró los restos de lo que parecía haber sido un intento fallido de cocina gourmet. Los platos apilados en el fregadero, una olla todavía en la hornilla y migas esparcidas por toda la encimera.

Parecía más un campo de batalla culinario que una cocina funcional.

Jackson suspiró, pensando que hasta las migas tenían más vida que esa casa en ese momento. Decidió seguir explorando, convencido de que Prue no podía haberse evaporado en el aire como un truco de magia barata. Revisó detrás de las cortinas, debajo de la mesa, y hasta en el microondas, como si esperara que ella pudiera estar escondida en los lugares más absurdos.

Cada rincón parecía gritarle que estaba solo en esa misión de rescate.

—¡Oh, joder! —exclamó del susto cuando, al volver al salón, una figura tenebrosa y encorvada apareció.

Casi se le sale el corazón por la boca.

—Yo... —dijo ella. Su voz era apenas un susurro, llena de debilidad— Se ha roto un vaso.

El pelo le caía en cascada sin dejarle ver la cabeza. Estaba doblada sobre sí misma, hecha un desastre. Parecía salida de una película de terror, y no precisamente de las buenas.

La sorpresa y el susto de Jackson fueron reemplazados por miedo de otra clase cuando Prue casi cae al suelo. Afortunadamente, él llegó a tiempo y pudo cogerla entre sus brazos.

Era como atrapar una muñeca de trapo que se desplomaba.

Joder, estaba hirviendo. Podía sentir el calor a través de su ropa.

—Maldita sea —gruñó—. ¿Pero qué demonios te pasa? —le preguntó, en su tono, la acusación, como si ella tuviera la culpa de encontrarse en ese estado.

Su preocupación se mezclaba con la frustración, lo que le daba un tono casi cómico a la situación.

—¿Jackson? —preguntó ella, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que él estaba allí—. Es una pesadilla, ¿no?

Jackson no supo si soltar una carcajada o no, pero sonrió al escucharla. Incluso en ese estado, Prue seguía siendo Prue.

—No esperaba menos —dijo, un poco divertido en medio de tanta preocupación. La ironía de la situación no se le escapaba.

Fue a cogerla en brazos, pero ella se quejó.

—Peso mucho —dijo ella, su voz apenas un susurro de queja—. Yo puedo.

—No. Quieta—dijo él, sin darle opción a discutir, cortando toda queja y levantándose con ella en brazos, preocupado por la alta temperatura de su cuerpo.

Sabía que no era el momento para discutir ni para que ella demostrara su independencia.

Era como cargar una bolsa de agua caliente ambulante.

—En serio, puedo caminar sola —insistió Prue, aunque su voz sonaba más como un murmullo febril que una protesta real.

—Claro, y los cerdos volarán mañana —replicó él.

Miró alrededor del pequeño pasillo donde se encontraban. Solo había dos puertas, una debía ser el baño y otra el dormitorio. Se dirigió hacia allí, esperando haber elegido la correcta.

El aire dentro de la habitación era denso, cargado de preocupaciones y fiebre.

Vio el vaso hecho añicos en el suelo; debía haberse caído de la mesita de noche cuando lo

intentó coger.

Cruzó la habitación, dejó a Prue sobre la cama deshecha y, con cuidado, le apartó el cabello de la cara. Su cabello estaba enredado y húmedo, pegajoso por la humedad y el sudor.

La observó por un momento, preocupado y aliviado al mismo tiempo. Prue lucía un desastre absoluto: su piel pálida contrastaba con sus mejillas encendidas por la fiebre, y sus ojos, normalmente brillantes y llenos de vida, ahora estaban opacos y vidriosos. Su ropa, ese horroroso pijama de flores se pegaba a su cuerpo, haciendo que se estremeciera a pesar de la fiebre alta.

Era evidente que había cogido frío al mojarse bajo la tormenta, como le dijeron, y ahora sufría las consecuencias.

Su tos, seca y persistente, resonaba en la habitación. Cada vez que tosía, su pequeño cuerpo se sacudía con fuerza.

Jackson frunció el ceño, pensando en un diagnóstico. Estaba claro que tenía fiebre alta, probablemente debida a una infección respiratoria, aunque esperaba que no fuera tanto.

—Necesitamos bajarte la fiebre y curar esa tos de inmediato —murmuró, más para sí mismo que para ella.

Pensó rápidamente en lo que necesitaba: primero, agua fría para hidratarla y paños templados para ayudar a bajar la fiebre. Después, algo para aliviar la tos, pero paso por paso.

Se levantó rápidamente, decidido a encontrar lo necesario en esa pequeña casa que ahora parecía un laberinto. Dirigiéndose a la cocina, primero y antes que nada, cogió el cepillo y el recogedor y recogió los cristales del suelo del dormitorio. Después, abrió cada armario y cajón en busca de medicinas, termómetros y cualquier cosa que pudiera ser útil.

También buscó algunas toallas limpias en el baño y un pequeño cubo para llenarlo con agua fría.

Volvió al dormitorio con su botín improvisado, se sentó al lado de Prue.

Lo primero que hizo fue ponerle el termómetro, un artefacto que parecía sacado de una película de ciencia ficción barata, y casi se cae de espaldas al ver la elevada temperatura que tenía.

¡Aquello no era fiebre, era una auténtica barbacoa interna!

Tras meter la toalla en el agua y escurrirla, la colocó sobre la frente de ella. La toalla hizo que ella tiritara y pegara un salto de la cama ante el contacto repentino del agua en su piel hirviendo.

—Quieta —ordenó él, que de sutileza parecía tener poca.

—Sí que es una pesadilla —bufó ella, con los ojos cerrados.

Jackson intentó sonreír, pero estaba demasiado preocupado como para hacerlo. Esa mujer no lucía nada bien.

—¿Soy una pesadilla recurrente? —preguntó entonces, tratando de aligerar el ambiente con un

poco de humor.

Ella asintió con la cabeza, su gesto fue apenas perceptible, pero suficiente para que él lo notara.

—Sueño... —tosió, una tos demasiado fea y preocupante que resonó en la habitación— Sueño contigo más de lo que me gustaría.

—Por cómo lo has dicho, es evidente que no son sueños agradables —bromeó él mientras mojaba de nuevo la toalla en el cubo.

Era un intento desesperado de mantener la conversación ligera, aunque la situación no lo fuera.

—Hmmm... —ella gimió cuando él volvió a colocar la toalla en su frente— No me siento bien —reconoció entonces, su voz apenas un susurro.

—No me digas... ¿Quién lo habría adivinado? —la ironía en su voz era evidente.

Dejó la toalla sobre su frente, cogió otra, la mojó y comenzó a darle toquecitos por toda la cara.

—¿Desde cuándo estás así?

Entonces ella abrió un poco los ojos, lo suficiente para que Jackson viera cuán brillantes y cansados lucían. Luego volvió a cerrarlos. No dijo nada, no respondió a su pregunta. Solo se quedó ahí, medio dormida, medio despierta, protestando al sentir el frío del agua sobre su piel.

—Vamos, Prue, necesito que me hables —dijo Jackson, tratando de mantenerla consciente y alerta—. No puedes dejarme aquí solo con mis pensamientos, son un lugar oscuro y solitario.

Ella emitió un sonido que podría haber sido una risa o un quejido.

—Lo que menos te gusta es escucharme hablar —rio ella como pudo, entre tos y tos.

—Tendré que hacer una excepción —bufó él—. Sabes, si te quedas callada, tendré que seguir hablando yo, y créeme, no quieres eso —continuó, intentando mantener su voz ligera y bromista.

La última cosa que necesitaba era que ella cayera inconsciente, y mantener la charla era su mejor estrategia.

Mojó otra toalla y la colocó sobre su cuello, esperando que eso también ayudara a bajar la fiebre. Cada movimiento era cuidadoso, intentando ser lo más suave posible.

Prue gimió de nuevo.

Jackson, viendo su estado y que después de un buen rato la fiebre no bajaba lo suficiente, decidió que necesitaba hacer algo más.

Y gracias a Dios, Prue tenía una bañera.

Mientras esta se llenaba con agua templada, fue hasta el dormitorio. El sonido del agua corriendo le daba una sensación de urgencia.

—Tienes que bañarte —dijo mirándola, las manos en sus caderas—. Bueno, literalmente tengo que hacerlo yo, porque tú no puedes ni levantarte —dijo con un suspiro, mordiéndose el labio inferior, pensando en cómo lo iba a hacer.

Ella no era capaz de mantenerse en pie, mucho menos de razonar. Así que...

Con las manos todavía en las caderas, miró al techo, como si mirase al cielo.

—¿Es una especie de castigo o algo? —preguntó a quién fuera que estuviera ahí arriba.

Era como si esperara que algún poder superior le diera una respuesta o al menos una señal de que no estaba solo en esto.

Volvió a mirar a Prue y bufó. No era momento para pensar demasiado en las implicaciones. Él era médico y ella su paciente. Tenía que hacer lo que tenía que hacer y punto, sin titubeos ni dudas.

Comenzó a quitarle la ropa.

Primero levantó la camiseta del pijama y se la quitó por la cabeza, tratando de ser lo más delicado posible. Sin detenerse a mirar nada, se deshizo de los pantalones de pijama.

Olvidando su desnudez, sin pensárselo, cogió a Prue en brazos. La fiebre hacía que su piel estuviera abrasadoramente caliente, como si estuviera en llamas.

Ella, tiritando como si acabara de salir de una piscina en el Polo Norte, se agarró con fuerza a su cuello, buscando desesperadamente su calor.

Jackson se quedó un instante quieto, congelado como una estatua, mientras, sin saber por qué, el corazón se le encogía y un nudo se formaba en la garganta, un nudo que parecía no dejarle respirar.

El aire era demasiado caliente, sofocante, y el aliento que ella soltó de su boca, aunque cálido, le provocó un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Jackson al sentirlo.

Instintivamente, casi sin pensarlo, la abrazó con más fuerza, apretándola más contra él.

—Señor... —gimió él, sin querer pensar en nada de lo que estaba sintiendo— Soy su médico, nada más.

Caminó con Prue hasta el baño. La bañera ya estaba lista, con el agua templada esperando.

—Prue...

—Hmmm... —ronroneó ella, moviendo su cara como un gato buscando caricias, rozando todo el cuello de él, provocándole otro escalofrío que le recorrió la columna vertebral como una descarga eléctrica— Hueles muy bien.

«¡Señor!»

—Tienes que cooperar, ¿de acuerdo? —dijo él, carraspeando, tratando de mantener la compostura.

Ella tenía fiebre, no sabía lo que decía.

—¿Contigo? —casi rio ella, con una risa que era más un suspiro exasperado que una verdadera risa.

—Sí, conmigo —él, de lo que menos ganas tenía era de reír. Bastante tenía con todas esas sensaciones que lo estaban volviendo loco.

El contacto con su piel.

La preocupación de verla enferma.

Joder, todo aquello era demasiado para él. Se sentía como si estuviera en medio de una tormenta emocional sin paraguas.

Cuando se paró con ella en el baño, comenzó a bajarla con cuidado, como si fuera una muñeca frágil.

—Prue... Tienes que ayudarme —dijo él con una voz que trataba de sonar firme, aunque se quebraba ligeramente al sentirla tan cerca.

—Sí...

—Bien —dijo él cuando ella, aparentemente, parecía cooperar, aunque no estaba del todo seguro si era por su propia voluntad o simplemente debido al agotamiento que la tenía prácticamente vencida.

Una vez que ella logró ponerse sobre sus pies, él comenzó a recoger su pelo como pudo, tratando de evitar que se lo mojase.

La miró de hito en hito, observando cómo ella intentaba abrir los ojos y mantenerlos abiertos, dirigiendo su mirada hacia él con esfuerzo.

Cada vez que lograba mantener los ojos abiertos por un breve momento, lo miraba fijamente y esbozaba una sonrisa, como si aquel simple gesto pudiera expresar todo lo que no podía poner en palabras.

De repente, y sin previo aviso, frunció el ceño, como si una idea incómoda hubiera cruzado por su mente en ese instante.

—¿Por qué me odias? —preguntó ella, con una mezcla de tristeza y curiosidad en su voz.

—No te odio —respondió él rápidamente, casi como si la idea misma fuera absurda.

—Lo parece... —dijo ella, arrastrando las palabras, como si cada sílaba le pesara.

—Hmmm... —murmuró él, sin saber muy bien cómo continuar o qué más decir para convencerla de lo contrario.

—Yo odio cuando pienso en ti.

A Jackson se le atascó el aire en la garganta.

«Está enferma, no le hagas caso, solo delira.»

Además, lo mismo se refería a que pensaba en él porque quería ahorcarlo, ¡vete tú a saber!

Tras recogerle el pelo, la ayudó a meterse en la bañera. Lo habría hecho él directamente, la habría dejado dentro del agua, pero el diminuto tamaño del baño no daba opción a maniobrar.

—Una pierna —dijo él y ella la levantó, entrando en la bañera con la gracia de un flamenco torpe.

Un escalofrío la recorrió y fue a salir.

—No —dijo él con seriedad—. La otra y adentro.

Pero ella se quedó quieta, como una estatua testaruda.

—Vamos, nena —dijo entonces él, sin darse cuenta del apelativo cariñoso que había usado con ella—. Tenemos que bajar esa fiebre —su voz era casi un ruego, desesperado.

Consiguió que Prue entrase en la bañera y la ayudó a sentarse con cuidado.

—Tengo mucho frío —casi sollozó ella.

Tiritando, encogió sus piernas y apoyó su cara en ellas.

Jackson se puso de rodillas al lado de ella, como un caballero medieval atendiendo a su dama. Metió la mano en la bañera, ahuecó agua y comenzó a mojar los hombros y la espalda de Prue, como si estuviera realizando un ritual sagrado.

Lo hizo en silencio, sin decir nada. Simplemente mirando cómo el agua mojaba su piel, siguiendo cada gota como si fuera un mapa hacia su recuperación.

No supo el tiempo que estuvo así.

—Tengo frío —repitió ella entonces, con una voz que parecía salir de las profundidades del Polo Norte.

Fue entonces cuando Jackson se dio cuenta de que llevaban demasiado tiempo allí y de que el agua ya estaba fría, como si la bañera se hubiera transformado en un témpano de hielo.

La ayudó a levantarse y a salir de la bañera, le colocó, como pudo, una toalla alrededor del cuerpo, en un intento desesperado por calentarla. Sus movimientos eran torpes, casi cómicos.

—Nunca has hecho nada así, ¿verdad? —preguntó ella en un susurro mientras él intentaba poner la toalla para que no se le cayera.

Entonces él la miró y se encontró con los ojos de ella, que lucían algo mejor y parecían más centrados, como si hubiera regresado de un viaje a la luna.

—No —dijo él entonces, sintiéndose un novato en una misión espacial.

Una sonrisa torcida se formó en los labios de ella, una sonrisa que parecía decir “¡qué sorpresa!”

—Suenan increíbles. Después de todas las mujeres con las que has estado... —dijo ella, y Jackson no supo si era ironía lo que escuchaba en su voz o una especie de burla cariñosa.

Él dejó de mirarla y terminó de colocar la toalla.

—No creas todo lo que oyes por ahí —fue lo único que pudo decir.

No era un monje, pero tampoco era lo que se decía de él.

Menos últimamente, que ya todos conocemos su “problema.”

—Tu reputación te precede —dijo ella.

—La reputación está sobrevalorada —respondió él, tratando de sonar filosófico, pero sintiéndose un poco ridículo.

Pruebo, una risa que pronto se transformó en una tos que parecía venir desde sus entrañas.

Ayudándola, Jackson la dejó sentada en la cama, con la delicadeza de quien maneja una muñeca de porcelana que pudiera romperse en cualquier momento con un suspiro demasiado fuerte.

—Necesitas ponerte ropa seca —dijo él, preocupado de que volviera a convertirse en un cubito de hielo humano, algo más propio de un cóctel que de una persona.

Ella asintió con la cabeza, exhausta, apenas capaz de mantenerse despierta.

—Y dormir... —añadió, somnolienta.

Un rato después, Jackson la miraba sobre la cama, completamente dormida, su respiración se había calmado, y su rostro mostraba una paz que contrastaba con la inquietud de los momentos anteriores.

La fiebre parecía haber cedido un poco. Le puso el termómetro para comprobarlo y resopló de alivio al ver que sí.

—No tenías que haber intervenido —dijo ella entonces, con una voz que apenas era un susurro, cargada de un cansancio profundo y con los ojos cerrados como si estuviera atrapada en algún lugar entre el sueño y la vigilia.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó él, tratando de entenderla.

—La gente hablará —bufó ella, como si fuera obvio y él simplemente no pudiera comprender algo tan sencillo—. Tengo cuernos y el nuevo jefe me defiende. ¡Menuda combinación!

Jackson suspiró, un suspiro largo y pesado, como si estuviera tratando de exhalar todas sus preocupaciones y dudas en un solo aliento.

—Lo habría hecho por cualquiera —dijo él, aunque ni él mismo sabía si eso era verdad o no, dudando de sus propias palabras mientras las decía.

—Sí... —concordó ella— No fue por mí. Jamás lo harías por mí. Me odias demasiado —suspiró profundamente, como si ese suspiro pudiera llevarse todas sus angustias—. Necesito

dormir.

Jackson tragó saliva.

—Sí. Duerme...

om

Capítulo 10

“Seguimos aquí, sobreviviendo a las terapias.”

Los pasos de Prue resonaban por los pasillos del hospital mientras casi corría, como si estuviera participando en una maratón improvisada.

—¡Buenos días! Dame dos minutos y me pasas al primero —le dijo a Lia al verla en recepción, apenas sin aliento, pero con una sonrisa.

—Tranquila, llegas a tiempo —dijo la mujer, sonriendo con complicidad—. ¿Estás mejor?

Prue sonrió con cierta ironía.

—Perfectamente —respondió, aunque se sentía como si hubiera sobrevivido a un huracán.

—Por cierto, Prue.

—¿Sí? —se giró a mirarla antes de entrar en su consulta.

—Ya que viniste, haz la entrevista con el jefe —le dijo la enfermera, con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

Prue frunció el ceño, como si tratara de recordar algo que había enterrado en lo más profundo de su mente.

—Lo está haciendo con todos individualmente —añadió la otra, como si eso fuera un consuelo—. Ayer te fuiste a casa antes de que lo comunicara.

Prue tardó un momento en procesar la información, pero finalmente terminó asintiendo con la cabeza, lo había escuchado mientras se escondía detrás del sofá.

A veces parecía que el universo tenía un sentido del humor retorcido.

Cuando entró en la consulta, dejó el bolso en el perchero, se quitó el abrigo con un movimiento rápido y lo colgó también. Se sentó en su silla y encendió el ordenador, dejando escapar un suspiro de alivio.

No había llegado tarde al final, no sabía ni cómo. Bueno, sí lo sabía, seguramente le llegaría alguna multa por exceso de velocidad, pero qué se le iba a hacer.

Esa mañana le había costado levantarse como nunca antes. Cuando abrió los ojos, algo desorientada y miró el móvil, casi se cae de culo al ver que eran las siete y media. No iba a llegar a tiempo ni de coña. Ni aunque fuese Superwoman y volase a la velocidad de la luz.

«¿Cómo es que he dormido tanto?», se preguntó, incrédula, mientras intentaba recordar la noche anterior.

¿Por qué se sentía tan pegajosa?

¿Y por qué, por el amor de Dios, tenía tantas llamadas perdidas?

¿Y por qué demonios la llamaba ese neandertal, ya que estamos?

Se paró delante del espejo del baño y frunció la nariz, examinando su reflejo con escepticismo. Entonces bajó la mirada y se dio cuenta.

¿Qué hacía con ese horroroso pijama? Ella no recordaba habérselo puesto. Parecía una escena sacada de una comedia de enredos, con ella como protagonista involuntaria.

Estaba claro que esa mañana iba a necesitar más de un café para poder funcionar como una persona normal.

Entonces, fue cuando un flashback se produjo en su mente, como un trueno en una tormenta inesperada.

Alguien dándole el pijama. ¿Quién había sido?

Negó con la cabeza, tratando de despejar esa imagen borrosa. Había tenido fiebre, eso lo recordaba claramente, pero... Se puso la mano en la frente, ya estaba bien.

Las lagunas mentales eran normales en una situación así, no había que darle más vueltas. A veces, el cerebro simplemente decidía irse de vacaciones sin avisar.

Se bajó los pantalones, se sentó en el váter y llamó a su amiga.

—¡Prue! —exclamó su amiga al otro lado de la línea, casi gritándole en el oído.

—¿Estás bien? —preguntó Prue, preocupada.

—¿Yo? —la otra sonó sorpresiva, como si le hubiera preguntado si estaba en la luna— ¡Esto debería preguntártelo yo! ¿Y esa fiebre? ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió Prue, tratando de sonar más convincente de lo que se sentía.

—¡Menos mal! Bendito Ja... —empezó su amiga, pero Prue la interrumpió antes de que pudiera seguir.

—¿De verdad estás bien? —preguntó de nuevo, insistiendo, con una mezcla de ironía y preocupación.

—¡Que sí! —rio la amiga— La enferma eras tú.

—Estoy bien —dijo Prue rápidamente, como si al repetirlo pudiera convertirlo en verdad absoluta—. Te llamo luego, ¿vale? Llego tarde al trabajo.

Y sin esperar a que la otra dijera nada, colgó.

Y, por fortuna, había llegado a tiempo al trabajo. Casi milagrosamente, podría decirse.



—Gracias, doctora —dijo su paciente, al que no había ni que corregirlo para recordarle que ella no tenía ese título, porque a él le gustaba llamarla así. Era una especie de ritual entre ellos.

—Nos vemos en la próxima sesión —dijo Prue, levantándose también, cogiendo su móvil y metiéndolo en el bolsillo del pantalón con un movimiento automático. Salió de detrás del escritorio y añadió con una sonrisa profesional—. Recuerda anotar todo lo que te pedí.

—Sí, cómo me siento en los momentos clave —repitió el hombre, asintiendo con la cabeza como un alumno aplicado.

—Exactamente. Nos ayudará a saber reconocer cuándo una crisis de ansiedad está cerca. Y verla con tiempo es de mucha ayuda —dijo Prue, abriendo la puerta al paciente para que saliera de la consulta.

—Lo haré —respondió el paciente mientras salía—. Gracias, doctora. Adiós.

—Nos vemos pronto —sonrió ampliamente Prue mientras lo veía marcharse, sintiéndose satisfecha con el progreso del paciente.

La lucha contra la ansiedad no es fácil ni se puede controlar de manera absoluta. La ansiedad tiende a aparecer de forma inesperada, tomando por sorpresa a quienes la padecen. Sin embargo, entender sus desencadenantes y síntomas puede ser de gran ayuda.

Los ojos de Prue se encontraron entonces con los de Lia, que ya sin la bata típica de las enfermeras y con ropa de calle, se disponía a marcharse, ya que el último paciente también lo hacía.

—Te está esperando. Todos los demás se han marchado —dijo Lia, señalando con un gesto de la cabeza el despacho del jefe.

Prue asintió con la cabeza, sintiendo que el día se le había complicado, como siempre. Normalmente, tenía un tiempo estipulado para las consultas, pero siempre se alargaba más de lo previsto. Ella no era capaz, simplemente, de cortar a sus pacientes. Otros compañeros sí lo hacían, eran muy estrictos con el tiempo.

Ella creía que en esa profesión, eso, simplemente, no podía ser. La que perdía era ella, por supuesto, porque nadie le pagaba las horas extras.

Pero eran personas, no números. No iban a consulta por gusto, y lo mínimo que podía hacer era darles el tiempo que necesitaban.

—Gracias, Lia. Y lo siento... —dijo Prue sinceramente.

Porque ella era una perjudicada, no podía marcharse hasta que lo hiciera el último paciente, y Prue se sentía mal por ella. Sabía que Lia tenía una vida fuera del hospital, como todos los demás. Tal vez incluso más interesante que la suya propia, y se sentía culpable por hacerla permanecer allí más tiempo del necesario.

No sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que aprender a gestionar el tiempo sin que eso perjudicase a sus pacientes.

Suspiró, sintiendo el peso de la jornada sobre sus hombros.

«A ver si el nuevo jefe», pensó mientras se acercaba a su despacho, «consigue más personal, que es lo que realmente necesitamos.»

Llamó a la puerta del despacho de Jackson y entró cuando este le dijo “adelante”, no sin antes suspirar profundamente y exhalar todo el aire con calma.

Al cruzar el umbral, lo vio detrás de su escritorio, sentado en su cómoda silla, pendiente a algo en el ordenador.

Su presencia era imponente, eso no podía negarlo nadie. Ese hombre irradiaba una autoridad tan palpable que podía hacer sentir diminutos o intimidados a los demás alrededor si no lo conocieran bien.

Ella, sin embargo, no se sentía pequeña ni intimidada. Y lo conocía.

O eso creía.

Aun así, una extraña sensación se instaló en su pecho.

—Entra, Prue —dijo él, sin ni siquiera mirarla, sus ojos pegados a la pantalla como si estuviera descifrando el código de una bomba nuclear.

Prue enarcó las cejas, pero hizo lo que le pedía, cerrando la puerta tras de sí con un suspiro inaudible. Suspirar en silencio se estaba convirtiendo en una de sus habilidades más practicadas últimamente.

—Buenos días, Doctor Jackson —dijo, tratando de sonar profesional y esconder la ironía que sentía burbujeando en su interior.

Era una reunión de trabajo, ¿no?

—Buenos días, Prue —respondió él, finalmente alzando la vista y mostrándole un par de ojos grises y fríos como el acero que la tomaron por sorpresa.

«¿Qué esperabas?», se preguntó a sí misma.

—Siéntate —dijo él, haciendo un gesto con la mano para indicarle el asiento frente a él.

«Nada», se respondió mentalmente. No esperaba nada. ¿Por qué habría de esperar algo de ese hombre?

¡Por favor! Ni que fuera una ingenua.

Ella se sentó, cruzando las piernas, tratando de parecer relajada.

—Veo que el puesto de jefe te sienta bien —comentó Prue con una sonrisa irónica—. ¿Pero no crees que te sobra la bata? —dijo señalando la bata que vestía encima de su camisa azul.

Todos sabían que los jefes pasaban pocas consultas. Mejor dicho, ninguna.

Jackson dejó escapar una risa breve, casi sin humor, y se recostó en su silla, evaluándola con la mirada, como si ella fuera un enigma que necesitaba resolver.

A veces ella se sentía exactamente así...

—Supongo que me sobran muchas cosas —dijo él, enigmático y Prue tragó saliva al escuchar su tono de voz—. Como ya sabes, estoy entrevistando a todos los psicólogos y psiquiatras de la unidad para entender mejor cómo podemos mejorar nuestra eficiencia —sí, era una reunión de trabajo, por supuesto—. Y tú, siendo la reina del caos, eres una prioridad en mi lista.

—¿Reina del caos? Vaya, gracias por el título —respondió Prue, levantando una ceja—. Y aquí yo pensando que simplemente me importaban mis pacientes.

Jackson la miró fijamente.

—No estamos hablando de tu capacidad. Todo el hospital sabe lo buena que eres en lo que haces.

¿Era cosa de Prue o le había costado decir aquello?

—Pero el tiempo de consulta tienes que controlarlo. Esto afecta al calendario de todos. Necesitamos establecer algunos límites —continuó él.

Prue se rio, una risa breve y afilada que resonó en la sala como el eco de un sarcasmo bien dirigido.

—¿Límites? ¿En una profesión donde la gente viene a nosotros con sus vidas hechas pedazos y esperan que las arreglemos en una hora? Claro, Jackson, eso tiene todo el sentido del mundo. Quizás deberíamos instalar un reloj de arena gigante en cada consulta. Así podríamos ver cómo se desliza el tiempo mientras intentamos salvar a alguien de su propio desastre emocional.

Jackson respiró hondo.

—Deja la ironía, Prue. Lo que intento decir es que necesitamos un sistema que funcione para todos. No se trata solo de ti. Si cada uno de nosotros dedica más tiempo del estipulado, nos veremos en un caos operativo. Hoy mismo la enfermera ha tenido que marcharse una hora más tarde. Una hora más que nadie le va a pagar. Una hora de su vida que no va a poder recuperar. ¿Es que no lo ves? Es viernes, Prue, ¿crees que esa mujer no tiene vida fuera del hospital?

Prue lo miró fijamente.

—Entiendo la necesidad de organización. Pero también entiendo que cada paciente es un mundo. Y si tengo que tomarme diez minutos extra para ayudar a alguien a no tirarse por un puente, lo voy a hacer. Si eso te causa un dolor de cabeza, pues bienvenido a mi mundo. Tú estás aquí para solucionar eso, contrata más personal y arreglado.

Jackson enarcó las cejas levemente.

—¿Me vas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo? —sonó a “Hasta ahí podíamos llegar”—. Estamos en un punto en el que necesitamos encontrar un equilibrio, Prue. Y parte de mi trabajo aquí es asegurarme de que lo encontremos. Solo te pido que intentes ceñirte a los horarios lo más posible. Y si necesitas más tiempo, me lo haces saber antes de que se convierta en un problema. ¿Te costaría mucho hacer eso?

Prue suspiró y negó con la cabeza, sintiendo el peso de la conversación.

—Lo entiendo, Doctor. Pero la que está al otro lado pasando consulta soy yo —intentó explicarse, buscando las palabras adecuadas—. Yo no medico como puedes hacer tú. No receto pastillas para calmar los síntomas. Yo estoy ahí para escucharlos, para que se sientan vistos y comprendidos. Ese es mi trabajo, dejar que suelten todo e intentar guiarlos a través de sus tormentas personales. No siempre puedo estar pendiente de un reloj.

Jackson la miró con una mezcla de comprensión y frustración.

—Nadie te está pidiendo que dejes de hacer tu trabajo. Solo que encontremos la manera, con los medios que contamos ahora mismo, de buscar el equilibrio sin perjudicar a nadie. Necesitamos que el sistema funcione para todos, no solo para algunos.

Prue asintió lentamente, sabiendo que él tenía razón. Ella misma había estado pensando en ello minutos antes.

—Está bien —accedió ella, entendiendo la lógica detrás de sus palabras—. Sé que tienes razón. Solo quiero lo mejor para mis pacientes.

—Yo el de ellos y el de todo el equipo —matizó—. Soy el jefe de la unidad. Lucharé por ella y porque tengamos todos los medios que necesitamos. Pero mientras tanto, tendremos que poner todos de nuestra parte. No es fácil, pero es necesario.

—Lo entiendo —repitió ella, más convencida esta vez—. Lo intentaré, de verdad.

—Bien... Es más de lo que podría esperar de ti —suspiró él, aliviado por su cooperación.

Ella enarcó las cejas ante ese comentario, sintiendo un toque de sarcasmo en su voz.

—Eso es todo —dijo él entonces, poniendo fin a la reunión—. Puedes marcharte.

Sonó como si la estuviera echando.

«¿No es eso, precisamente, lo que está haciendo?»

—Sí, jefe —dijo Prue, con un tono de voz que dejaba claro que la palabra "jefe" no era exactamente un cumplido, más bien un recordatorio irónico de su nueva posición.

Con un asentimiento de cabeza, ella se levantó de la silla, sus movimientos precisos y medidos. Abrió la puerta del despacho, salió, pero entonces se giró para mirarlo una última vez.

—¿Algo más? —preguntó, entonces, su voz cargada de una mezcla de desafío y algo más sutil, quizás una expectativa no reconocida— No sé... Por causalidad, ¿no tienes nada más que

preguntarme?

Quizás esperando...

«¿Esperando qué?», se reprochó a sí misma inmediatamente.

No había nada más que esperar de él.

Jackson, que seguía mirándola con esos ojos grises y fríos que a veces parecían contener una profundidad insondable, negó con la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. Gracias por venir, Prue.

Prue tragó saliva y, tras asentir, giró sobre sus talones con la elegancia de una bailarina obligada a abandonar el escenario antes de tiempo.

—Prue... —la llamó entonces él.

Solo un susurro, quizás solo fue eso. Pero no lo suficientemente flojo como para que ella no lo escuchara.

—¿Sí? —preguntó ella, aunque sin girarse, sin mirarlo, como si el simple hecho de voltearse pudiera romper algo frágil en el aire.

El tiempo pareció eterno mientras esperaba a que él volviera a hablar. Podía sentir su mirada fija en su espalda, cada segundo se hacía interminable.

—Nada... —negó con la cabeza, aunque sabía que ella no podía verlo— Nada.

om

Capítulo 11

“Así me gusta, ignórame a mí y analiza a los demás.”

«¡Será gilipollas!»

«¡Seré gilipollas!»

Acababa de salir de la ducha, sintiendo cómo el vapor caliente se disipaba lentamente en el aire. Tenía el pelo mojado envuelto en una toalla, la cual equilibraba sobre su cabeza como un turbante improvisado, mientras se cubría con un albornoz esponjoso y cómodo. El suelo del baño estaba lleno de pequeñas gotas de agua que había dejado a su paso.

Se dirigió al espejo, todavía cubierto de vaho y, con la mano libre, lo limpió con un gesto rápido, revelando su rostro ligeramente enrojecido por el calor de la ducha. Sus ojos, sin embargo, brillaban con determinación.

—En el Luxe, en media hora —dijo Prue cuando su amiga aceptó su llamada, pero luego lo reconsideró— Mejor en una hora —corrigió rápidamente, porque sabía que su pelo era un auténtico coñazo para arreglar.

Suspiró al pensar en lo mucho que odiaba peinarse cuando su cabello estaba tan mojado y enredado. No llegaría antes ni de coña, eso lo tenía claro.

Y necesitaba una cerveza, o tal vez dos. Mejor aún, ¿qué tal una botella de vino?

¡Lo que fuera!

Heily gimió, y Prue pudo casi ver cómo ponía los ojos en blanco del otro lado del teléfono.

—Ni en media hora ni en toda la noche, al parecer. Estoy de guardia y viene una urgencia.

—¿Muy grave? —preguntó Prue, ya anticipando la respuesta y sintiendo un nudo formarse en su estómago mientras se dirigía a la cocina.

—Un Husky, es mayor, está muy enfermo. Lo he estado tratando los últimos días, pero en cualquier momento... —suspiró Heily, su voz cargada de preocupación y agotamiento— Los dueños están hechos polvo, sabes que por más que sepas que el final está cerca, nunca es fácil.

Prue lo sabía muy bien. Cuando era casi una adolescente, había perdido a su perrita, su compañera inseparable. Eso la había destrozado, la había marcado tanto que no había querido tener más perros nunca.

Después, les decía a sus pacientes que adoptar otro animal les haría bien, que sería terapéutico, pero ella misma era incapaz de hacerlo. La pérdida había sido demasiado dolorosa.

—Pobres —dijo Prue, pensando en los dueños y en el animal, por supuesto.

Podía imaginar el dolor y la impotencia que sentían, el vacío que dejaba una mascota en su vida.

—Sí... ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Has vuelto a tener fiebre? —preguntó Heily con una mezcla de preocupación y sospecha en su voz, que parecía haber sido diseñada específicamente para tal ocasión.

Prue llenó una copa con el vino que había cogido del mueble y se dirigió al sofá.

—No me has escrito en todo el día, me tenías preocupada. Sobre todo después del susto de ayer —bufó con exasperación, casi dramatizando para que Prue captara el mensaje.

Finalmente, se dejó caer en el mullido sofá con un gemido sordo, sintiendo cómo la tela suave la acogía como un viejo amigo.

—Por cierto, ¿cómo que en el Luxe? Estás enferma, ¡ni se te ocurra beber!

Prue dejó escapar un largo suspiro, uno que parecía venir desde lo más profundo de su ser. Dejó la copa sobre la pequeña mesita que tenía cerca y se acomodó mejor en el sofá, hundiéndose en los cojines mientras el aroma del vino flotaba suavemente en el aire.

—Sí, mamá —contestó Prue con tono sarcástico, pero sin perder su característica calma, como si estuviera acostumbrada a lidiar con las constantes advertencias de Heily.

—De sí mamá nada, que llamo a tu madre —le advirtió Heily, subiendo el tono un poco más, en un intento de imponer autoridad, aunque ambas sabían que esto rara vez funcionaba.

—Estoy bien —le aseguró Prue, sin darle importancia a las advertencias que Heily le lanzaba—. La medicación ayuda.

—Medicación con la que no debes beber, claro... —respondió Heily adoptando su mejor tono de “madre preocupada” aunque era evidente que estaba en modo amiga protectora.

—Y no he vuelto a tener fiebre —Prue volvía a ignorarla, con una habilidad que solo años de práctica podían otorgar.

—Menos mal. Si llega a pasarte algo, lo cuelgo de las pelotas —dijo Heily, refiriéndose a su hermano con una mezcla de seriedad y exageración dramática que era tan propia de ella.

—No tengo —le recordó su amiga, riendo y meneando la cabeza.

Era evidente que no la había escuchado bien o, peor aún, que lo había hecho a propósito solo para irritarla.

—A ti no —resopló Heily con un suspiro de frustración—. Para ti prepararía otro tipo de torturas. Me refiero a mi hermano, claro está.

—¿A Jackson? —preguntó Prue con fingida inocencia, como si hubiera alguna otra opción.

Una pregunta tonta, sin duda.

—Hmmm... ¿Quién más? —respondió Heily con un tono que decía “obviamente” de una manera que solo ella podía hacer—. Exactamente.

—No tenías que haberlo mandado...

—Oh, no lo hice. Se lo iba a pedir, claro que sí, porque me tenías muy preocupada, pero se me adelantó —dijo para sorpresa de Prue—. Fue él el que dijo de ir a por las llaves de tu casa y comprobar que estuvieras bien. Supongo que no te odia tanto como quiere hacer ver —rió su amiga.

Prue levantó una ceja con incredulidad, mientras un pensamiento sarcástico cruzaba por su mente.

«No, me odia más todavía.»

—¿Jackson? ¿El mismo Jackson que siempre me lanza miradas asesinas y dagas envenenadas cada vez que me ve? —bufó con una mezcla de frustración y sarcasmo— ¿Mi mayor enemigo, ese Jackson?

Heily soltó una carcajada, divertida por la exageración dramática de su amiga.

—Oh, vamos, no te hagas la tonta. Tenías fiebre, pero no perdiste la memoria ni un poquito. Sabes muy bien de quién hablo.

—Lo habría hecho por cualquiera —dijo Prue, intentando quitarle importancia a la situación.

Era evidente que a él le importaba un pepino cómo estaba ella.

«Ah, ¿sí?»

—Eso sí que déjame dudarlo... —bufó Heily, claramente no convencida— Lo hizo por ti, y no le quites méritos cuando hace algo bien, aunque sea raro. Por cierto, ¿lo has visto hoy? Porque no ha leído mis mensajes tampoco. Anda que vaya par de personajes —dijo, incluyendo a Prue en el comentario.

—No —mintió Prue con una rapidez sospechosa—. A ver, solo por una reunión que tuvimos, pero nada más, no pudimos hablar.

—Espero que te haya dado tiempo, al menos, a agradecerle que no te murieses —gruñó Heily, con tono sarcástico—. Joder, vaya susto nos diste.

—Exagerada —resopló Prue, como si no fuera para tanto.

—¿Exagerada? A mí casi me da algo por estar lejos y no saber qué pasaba, porque el muy idiota no me cogía el móvil ni me decía nada. Pero con lo nervioso que estaba, como para hacerlo. Tendré que perdonárselo, supongo.

—¿Nervioso? —repitió Prue, obviamente sonando escéptica y sorprendida.

—Atacado. Tenías que verte muy mal, porque jamás lo había visto así de preocupado —suspiró Heily.

«Preocupadísimo», pensó Prue con ironía.

Por eso había corrido esa mañana a buscarla para saber si estaba bien, ¡si ni siquiera se lo había preguntado al verla en la reunión!

—No nos des otro susto así, ¿eh? —continuó Heily, con un tono más suave pero aún firme.

—Lo prometo... —dijo Prue, sonando casi como si hiciera un juramento solemne.

—Bueno, tengo que dejarte. Ve a casa, métete en la cama y mejórate, ¿vale? ¡Te quiero! —dijo Heily cariñosamente.

—Y yo a ti —respondió Prue, con una sonrisa.

Heily colgó y la sonrisa de Prue desapareció mientras las palabras que había dicho se repetían en su mente.

—¿Qué?! —exclamó Prue al coger la nueva llamada, pensando que a Heily se le había olvidado decirle algo importante o tal vez algo trivial, pero igual de urgente para ella.

—¿Prue? —la voz al otro lado era claramente la de su madre, llena de preocupación y un toque de reproche.

Eso le pasaba por no mirar la pantalla antes de contestar.

—¡Mamá! ¿Cómo estás? ¿Ha pasado algo? ¿Las niñas están bien? —de repente, el terror en su voz.

—¿Qué es eso de que estás enferma ¡y no me llamas!? —la voz de su madre tenía ese tono inconfundible que mezclaba preocupación maternal con una buena dosis de regaño.

Prue puso una mueca en sus labios mientras se hundía todavía más en el sofá.

—¿Cómo te has enterado? —suspiró, resignada.

No es que quisiera ocultárselo a su madre, es solo que no había sido nada serio y su madre tendía a exagerar cualquier pequeño detalle hasta convertirlo en una emergencia nacional.

—Karen ha venido a preguntarme cómo estabas, se lo dijo su hija ayer —la voz de su madre se endureció ligeramente, dejando claro que no estaba nada contenta con la situación—. Que me tenga que enterar por la gente de que mi hija está enferma...

«Voy a ser yo quien la torture», pensó Prue, visualizando un sinfín de formas de vengarse de Heily por contarle a su madre que se lo contó a la suya lo de la tontería de la fiebre.

—Heily es una exagerada, no le hagas caso —dijo Prue, tratando de minimizar el asunto y calmar a su madre al mismo tiempo.

—¿Pero estás bien? ¿Necesitas que vaya? —insistió su madre, obviamente no convencida por la explicación de Prue.

—Sí. Y no. Solo me mojé un poco y me destemplé, lo normal —mintió Prue con la mayor naturalidad que pudo.

—Hombre, muy normal no sería si hasta el pobre Jackson tuvo que ocuparse de ti —la voz de su madre tenía un tono casi burlón.

Prue gimió interiormente, casi podía sentir un dolor físico por la mención de Jackson y la forma en que su madre lo había llamado "pobre."

No solo iba a torturar a su amiga, ¡la iba a destripar!

¿Pero qué necesidad había de contar esas cosas?!

—Mamá, de verdad, no fue para tanto.

—¿No fue para tanto? Cuando Karen me dijo que Jackson, de todos los chicos, Jackson, había tenido que ayudarte, supe que algo grave había pasado —su madre no iba a soltar el tema fácilmente.

Prue cerró los ojos, intentando encontrar la paciencia que necesitaba para lidiar con esa conversación.

—Mamá, en serio, estoy bien. Jackson solo me ayudó porque estaba ahí, no es un héroe ni nada por el estilo —intentó sonar convincente, aunque sabía que no iba a funcionar del todo.

—Oh, no me hagas reír. Todos sabemos que Jackson no hace nada por nadie si no le importa, así que deberías estar agradecida —su madre tenía ese tono que decía claramente que no iba a aceptar ninguna otra versión de la historia.

No, si quien fuera que estaba allá arriba tenía que estar pasándoselo pipa a costa de ella.

Era como si el universo entero hubiera decidido que su vida era la nueva comedia del año y que todos los pequeños desastres que le ocurrían eran simplemente episodios de un espectáculo para divertir a los dioses. Prue podía casi imaginarse a una audiencia celestial riendo a carcajadas mientras ella trataba de navegar por el caos de su vida diaria.

Desde la fiebre repentina hasta la intervención inesperada de Jackson, todo parecía orquestado por una mano invisible y traviesa.

Prue gimió de nuevo, más fuerte esta vez, sintiendo que la conversación no iba a ninguna parte productiva.

—Bueno, ya pasó. Estoy bien, ¿de acuerdo? —intentó zanjar el tema de una vez por todas.

—Espero que sí, porque no quiero enterarme por Karen la próxima vez. Llámame tú primero, ¿entendido? —la voz de su madre era firme.

—Sí, mamá. Te prometo que te llamaré —dijo Prue, sabiendo que esa era la única manera de calmar a su madre.

—Bueno, cuídate mucho. Te quiero, hija. —dijo su madre, con cariño.

—Y yo a ti, mamá.

Colgó la llamada y suspiró pesadamente, dejando que el aire escapara de sus pulmones como si fuera una especie de exorcismo de todas las frustraciones del día.

Dejó caer la mano en la que tenía el móvil, permitiendo que su brazo colgara flojamente a un lado, como si el peso del dispositivo fuera demasiado para soportar en ese momento.

«Si no fuera mi vida, probablemente me reiría de todo esto», pensó con una sonrisa irónica dibujándose en sus labios.

Miró al techo, como si esperara encontrar alguna respuesta escrita en las grietas y manchas de humedad.

«¿Alguna conspiración más?», le preguntó a la vida, su voz cargada de sarcasmo. Como si esta fuera a responder con una lista detallada de las próximas calamidades.

Entonces, justo en ese instante de reflexión cínica, el timbre de la puerta sonó.

om

Capítulo 12

“¿Quién necesita terapia? Nosotros, claramente.”

Jackson se había preguntado más de un millón de veces qué demonios estaba haciendo allí. Tenía miles de razones válidas para no estar presente, y ninguna que justificara su presencia. Pero, contra toda lógica y razón, allí estaba, plantado frente a la puerta de Prue.

Pensó en marcharse en más de una ocasión, de hecho, se había girado unas cuantas veces antes de finalmente reunir el valor para tocar el timbre, cual cobarde en una película de comedia romántica.

Pero en una de esas vueltas, mientras se llamaba de gallina para arriba, su dedo, casi por impulso, presionó el botón del timbre.

Frustrado y agobiado por la situación, colocó las manos a ambos lados del marco de la puerta, apoyando la frente contra la fría madera por un breve momento, deseando fervientemente que ella no estuviera en casa.

Sin embargo, escuchó los pasos descalzos un instante antes de que la puerta se abriera, el tiempo justo que tuvo para separar la frente de la puerta y adoptar una postura más digna. Los sonidos suaves y rítmicos de sus pies contra el suelo le indicaron que no había escapatoria.

Tenía que enfrentar lo que venía.

Cuando la puerta se abrió, se encontró de repente cara a cara con la dueña de unas mejillas sonrosadas seguramente por el baño que se había dado, con un par de ojos marrones abiertos de par en par y una boca que dibujaba una "o" perfecta de sorpresa.

Prue estaba evidentemente sorprendida, y no era para menos. La sorpresa era tan palpable que ni siquiera intentó ocultarla; su expresión lo decía todo. Era como si estuviera viendo un fantasma, o al menos, a alguien que no esperaba en absoluto encontrar en su puerta.

Si Jackson no estuviera tan nervioso, habría soltado una carcajada al verla. Pero en ese momento, su mente estaba demasiado ocupada tratando de no perder el control.

El corazón de Jackson latía con una fuerza descomunal, como si estuviera decidido a escaparse de su pecho y correr muy lejos de allí. Sentía que su nerviosismo se extendía por todo su cuerpo, tensando cada músculo y dejándolo casi paralizado.

«¿Por qué no usa la mirilla?», pensó irritado.

Claro que quién era él por irritarse por algo así, si ella no le importaba, ¿no?

Prue, por su parte, seguía procesando la situación. Parpadeó varias veces, como si intentara asegurarse de que lo que estaba viendo era real y no una ilusión producto de su cansancio.

—Jackson... —susurró Prue, rompiendo finalmente el silencio con una voz que era una

mezcla de incredulidad y curiosidad.

Él asintió, sintiéndose como un pez fuera del agua.

Y el atuendo de ella no ayudaba en absoluto.

La miró de arriba abajo, desde la toalla que tenía alrededor del pelo que le daba un aire de reina egipcia, pasando por el albornoz que se ceñía a su figura de una manera...

Carraspeó.

Quiso sonreír al ver sus uñas de los pies pintadas de varios colores, un toque de excentricidad que le recordaba lo única que era Prue en todos los sentidos.

—Sí, soy yo —respondió Jackson al volver a posar sus ojos sobre los de ella, tratando de sonar casual.

«Muy bien, Jackson. ¿Y si dices algo que no sea evidente?»

Prue se quedó un momento en silencio, sus ojos, esos que brillaban bastante, recorriendo el rostro de Jackson como si intentara leer en él las respuestas a todas las preguntas que de repente surgían en su mente.

Él estaba allí, con la ropa que llevaba en el trabajo, solo que sin la corbata y con la camisa desabrochada por arriba, como si se hubiese agobiado y necesitase desesperadamente respirar. Su aspecto, una combinación de formalidad y desorden.

«¿Por qué tiene el pelo tan revuelto?», se preguntó Prue, notando que su cabello estaba más desordenado de lo habitual.

La respuesta era evidente: Jackson tenía la costumbre de pasarse las manos por el pelo una y otra vez cuando estaba nervioso, un tic que lo delataba sin remedio.

«¿Qué le habrá ocurrido?», se preguntó de nuevo, la curiosidad picándole insistentemente.

«¿Y a ti qué te importa?», se respondió a sí misma con un toque de autosuficiencia, tratando de mantener una fachada de indiferencia.

«Coño, porque está en mi casa, ¿tendré que saber qué pasa?!»

—Ya veo —respondió Prue mientras cogía las solapas de su albornoz y se tapaba un poco más con él, una reacción instintiva y nerviosa ante su mirada.

Jackson dejó escapar un suspiro profundo, uno que ni siquiera sabía que estaba conteniendo hasta ese momento. El aire escapó de sus pulmones como si hubiera estado atrapado allí por una eternidad.

—¿Puedo pasar? —preguntó, dando un paso hacia adelante, con la esperanza de que Prue no le cerrara la puerta en la cara, lo que seguramente sería el remate perfecto para un día ya de por sí caótico.

Prue nunca supo si realmente tuvo la opción de decirle que no. No podía recordar si había sido ella quien lo invitó a entrar o si fue Jackson quien cruzó el umbral sin esperar su consentimiento.

La cuestión es que, cuando se dio cuenta, ya estaba cerrando la puerta detrás de él y él ya estaba dentro de su casa.

Y parecía invadirlo todo.

Su presencia era demasiado para ese pequeño lugar, como si cada centímetro del salón se viera obligado a ceder su espacio a él.

Jackson se giró del todo y se encontró con Prue, que estaba de pie detrás de él, en la puerta de la entrada que separaba el salón del resto de la casa. Ella lo observaba con una expresión que era una mezcla de expectación y cautela.

—No deberías abrir así, menos todavía sin mirar antes quién hay al otro lado.

Prue enarcó las cejas.

—¿Vienes a darme clases de algo?

Jackson suspiró y negó con la cabeza.

—Siempre me pregunté cómo sería tu casa —dijo él, mirando alrededor.

—No creo que hayas venido porque te haya gustado la decoración del salón —dijo ella, con su característica franqueza. Su tono era irónico, pero había un trasfondo de sinceridad en sus palabras—. Seguramente le sacaste miles de faltas a todo mientras estuviste ayer aquí.

Esa era ella, la mujer que no tenía miedo de decir lo que pensaba, que siempre soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza sin filtros ni rodeos.

Jackson siempre había admirado eso de ella, aunque nunca se lo hubiera dicho directamente.

—No, no vine por eso —la voz de Jackson sonó muy segura.

—¿Entonces...? —preguntó Prue, levantando una ceja— ¿Te ha mandado tu hermana para comprobar que no estoy mintiendo y estoy bien? —resopló Prue con un toque de sarcasmo, la sospecha en su voz tan clara como el agua.

—No —respondió Jackson.

—¿O vienes a pedirme que te agradezca lo que hiciste por mí? —continuó Prue, su tono afilado como una navaja, desafiándolo a darle una razón válida para su visita.

—No —dijo Jackson, y sus ojos se posaron en la copa de vino que descansaba sobre la mesa.

Prue notó su mirada y se acercó a recogerla.

—Gracias —dijo de todas maneras, aunque su tono dejaba claro que era más por cortesía que por convicción genuina.

—No deberías hacer algo que te cuesta tanto —continuó él, bromeando ligeramente porque había sonado como si le hubiera costado un mundo decir esa simple palabra.

Cogió la copa con delicadeza, girándola entre sus dedos por un momento antes de levantarla

ligeramente y mirarla a los ojos, ya que se había parado frente a él.

—No lo hice para que me lo agradecieras —añadió, levantando la copa de vino un poco y su ceja también—. ¿Cómo estás?

Prue no tardó en reaccionar. Con un movimiento rápido y decidido, le quitó la copa de la mano, sus dedos rozando brevemente los de él en el proceso. La acción fue tan rápida que Jackson apenas tuvo tiempo de procesar lo que había sucedido.

—Como si te interesara —bufó Prue, su tono cargado de ironía y desdén, mientras lo miraba con una ceja levantada—. Has tenido oportunidades hoy de preguntármelo, y te ha importado una mierda. Dudo que hayas venido precisamente a verme ahora para eso. Pero si es así, mejor, gracias. Ya te puedes ir.

Entonces, sin darle tiempo a replicar, bebió de su vino y se giró para ir a la cocina, su albornoz ondeando ligeramente con el movimiento. Jackson la siguió con la mirada.

—No deberías beber alcohol mientras te medicas —le recordó él, refiriéndose al resfriado que sabía que ella estaba tratando.

Menos mal no había pasado a mayores.

—Tú no deberías estar en mi casa —se giró a mirarlo, ella ya dentro de la cocina, él llenando el espacio de la puerta de esta. Se encogió de hombros—. Y aquí estás —dijo con un tono de desafío.

Y de un solo trago, se bebió lo que quedaba en la copa.

Jackson la miró un instante, lo suficiente para notar cómo las mejillas, que ya estaban sonrosadas, se habían sonrosado un poco más al tomarse el vino. Había algo en su expresión que delataba una mezcla de nerviosismo y resolución.

Sin decir nada, caminó hasta ella con paso decidido, se paró justo a su lado y, sin romper el contacto visual, cogió la botella de vino que estaba cerca. Con movimientos seguros, rellenó la copa que ella había dejado sobre la encimera. Entonces, dejó la botella de vino, cogió la copa y se la ofreció.

Prue dudó por un momento, pero finalmente la aceptó y bebió un poco, intentando calmar los nervios que la atenazaban.

Porque estaba nerviosa, ¿cómo no iba a estarlo con ese hombre allí?

La presencia de Jackson, tan cerca y tan inesperada, hacía que su corazón latiera a un ritmo frenético y descontrolado.

¿Qué hacía allí, por el amor de Dios? Aquel no era su lugar. Ni estar cerca de ella, tampoco. Su lugar era lejos, rehuyéndola como si tuviera la peste, lanzándole puyas verbales desde una distancia segura.

Pero ahí estaba él, en silencio, mirándola fijamente y cerca. Muy cerca. Tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y notar cada matiz en sus ojos grises que reflejaban una

intensidad nueva y desconcertante.

Jackson no solo rompía con su usual comportamiento distante, sino que estaba invadiendo su espacio personal de una manera que nunca antes había hecho.

Había roto todas las reglas no escritas entre ellos, y Prue no sabía cómo reaccionar.

Prue fue a soltar la copa, pero Jackson la cogió antes y, sin apartar la mirada de sus ojos, se bebió el contenido de un solo trago. Cuando terminó, dejó la copa sobre la encimera y se lamió los labios de manera deliberada, algo que no pasó desapercibido para ella y que hizo que su corazón diera un vuelco.

Prue casi tuvo que abofetearse mentalmente cuando se dio cuenta de que se había quedado mirando los labios de él. Levantó rápidamente la vista y se encontró con un par de ojos grises que la miraban con una intensidad que casi la desarmó.

—Vine porque necesitaba comprobar algo —dijo entonces él con la voz ronca, cargada de una emoción que apenas podía contener—. Me estaba volviendo loco mientras le daba vueltas a la cabeza.

Prue frunció el ceño, confundida y un poco aturdida. No entendía nada de lo que estaba pasando.

Jackson se movió un poco, solo un poco, pero en aquel pequeño espacio, ese movimiento parecía reducir aún más la distancia entre ellos.

No se tocaban, pero estaban demasiado cerca, sintiendo el calor del otro.

—Creo que ya tengo la respuesta —dijo Jackson, sus palabras enigmáticas resonando en el aire.

Y sin darle tiempo a preguntar nada, sin darle tiempo siquiera a entender sus palabras enigmáticas y misteriosas, Jackson se pegó a ella. Levantó una mano y la colocó sobre su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo sus dedos, mientras que la otra se posó firmemente sobre su cadera, sintiendo la curva de su cuerpo bajo la tela del albornoz.

Agachó la cabeza lentamente, con un movimiento casi reverente, sus ojos llenos de deseo fijos en los de ella, como buscando permiso en su mirada.

Esperando, tal vez, que se negara, que le diera una razón para detenerse, para mantener el control que amenazaba con perder.

Pero ella no lo hizo.

Y él la besó.

La besó con una intensidad contenida, un fervor que prometía desbordarse.

El primer contacto de sus labios fue suave, exploratorio, una simple caricia de reconocimiento, una promesa silenciosa de lo que estaba por venir.

Prue sintió un estremecimiento recorrerle la espalda, una oleada de excitación que la hizo

temblar de pies a cabeza.

El dedo pulgar de Jackson recorría su mandíbula, delineando la suavidad y la textura de su piel como si quisiera memorizarla. Apretó un poco, pidiéndole silenciosamente que abriera la boca, que se abriera a él.

Que lo dejara entrar.

A la vez, rozaba su labio inferior con la lengua, buscando con ella una entrada que ella no le negó, aceptándolo con una rendición que hizo eco de su propio deseo.

Lo aceptó en su boca y sus lenguas se tocaron. La de ella, tímida, cautelosa. La de él, hambrienta, demandante.

Buscando más.

Jackson se acercó más, presionando su cuerpo contra el de ella. Un gemido escapó de los labios de ambos cuando su dura erección, esa que quería ser liberada de la restricción opresiva de la ropa, presionó el vientre de Prue.

El calor que emanaba de sus cuerpos era casi insoportable.

La fricción de sus cuerpos, un placer doloroso.

Finalmente, Jackson interrumpió el beso, y apoyó su frente sobre la de ella, jadeando, su boca abierta sobre la de Prue, como si el aire fuera insuficiente para saciar el fuego que ardía dentro de él.

La miró a los ojos cuando se separó un poco.

Y sin dejar de mirarla intensamente, cogió con delicadeza, pero con firmeza la punta del lazo que mantenía cerrado el albornoz y, con un movimiento decidido, tiró de él, deshaciéndolo lentamente, haciendo que el albornoz se abriera un poco, revelando su desnudez.

Cogió la tela suave de cada lado, separándola un poco más, permitiendo que su mirada recorriera cada centímetro de su piel expuesta.

—Quiero tocarte —dijo él, su voz ronca y cargada de deseo, su mirada, de nuevo, fija en la de ella.

Prue cogió aire profundamente, quizás preparándose mental y físicamente para ese contacto inevitable.

Jackson, con un movimiento suave, pero decidido, metió la mano en el albornoz, tocando la piel desnuda de Prue al posarla en su cadera, provocándole un escalofrío.

La piel de Prue se erizó bajo el toque de Jackson, como si cada terminación nerviosa respondiera con intensidad a su contacto. Su aliento se volvió irregular, tembloroso.

Él sintió un escalofrío parecido que hizo saltar su polla con una urgencia dolorosa. Sufría por liberarla.

Sufría por sentirla a ella completamente.

La respiración de Prue se volvió errática cuando él la sujetó con firmeza por la cintura, sus dedos trazando líneas de fuego a lo largo de su piel, dejando un rastro ardiente en cada caricia.

Un leve gemido escapó de sus labios entreabiertos cuando él la atrajo aún más cerca, haciendo que sus cuerpos se alinearan perfectamente, como si estuvieran hechos para encajar el uno en el otro.

Jackson cogió el labio inferior de Prue entre sus dientes y tiró suavemente de él, una provocación calculada que la hizo temblar de anticipación. Después, la besó de nuevo, un beso rápido, pero intenso que los dejó con ganas de más.

Una necesidad insaciable que no podía ser satisfecha tan fácilmente.

Sus caderas se movían por sí solas, buscando más contacto, más fricción, más de todo lo que estaban sintiendo en ese momento.

Jackson deslizó la mano lentamente, hasta detenerla en la parte baja de la espalda de Prue, sus dedos acariciando cada centímetro de piel suave en el camino, antes de bajar todavía más y ponerla sobre su nalga firme, apretándola con fuerza y pegándola más a él, clavándole su erección de acero con una intensidad que los dejó sin aliento.

—Joder, Prue —murmuró con la voz ronca, bajando la mano hasta su muslo suave, animándola a levantar la pierna.

Ella lo hizo, y él acomodó mejor su erección palpitante entre sus piernas.

—Oh, Dios... —gimió ella, temblando de excitación, su cuerpo respondiendo al de él de una manera que nunca antes había experimentado.

Sus manos, que hasta ese momento habían permanecido agarrando la encimera que había tras ella, rodearon el cuello de Jackson, atrayéndolo hacia ella, pidiéndole sin palabras que la besara de nuevo.

Él no iba a negarse a hacerlo, no podría.

Lo haría siempre si ella se lo permitiera, una y otra vez, hasta el fin de los tiempos.

Prue sintió que sus piernas flaqueaban y se aferró a Jackson con más fuerza, sus dedos clavándose en su espalda ancha, buscando apoyo y estabilidad.

Él respondió a su necesidad apretándola contra sí, como si temiera que se desvaneciera si la soltaba, como si dejarla ir fuera una opción imposible de considerar.

La intensidad del beso aumentó, sus bocas moviéndose en una danza frenética y desesperada, los gemidos llenando el aire y mezclándose con la pesada respiración de ambos.

Jackson interrumpió el beso de repente, respirando profundamente, sus ojos cerrados, su pecho subiéndolo y bajándolo con cada respiración pesada y trabajosa.

Parecía estar luchando por controlarse, por no dejarse llevar completamente por la pasión del momento que amenazaba con consumirlo por completo.

—Prue... —murmuró Jackson con voz ronca y cargada de emociones, llena de deseo y algo más profundo. Solo eso, solo su nombre.

No necesitaba decir nada más mientras rozaba sus labios con los de ella, sus alientos cálidos y con sabor a vino mezclándose en la boca del otro, una tentación constante.

Jackson dejó un rastro de besos por su mejilla, cada uno lento y deliberado, descendiendo hacia su cuello, donde se detuvo para aspirar su aroma.

A la vez, su mano subió por la espalda de ella, acariciando su costado con una ternura que contrastaba con la pasión de sus besos, hasta posarse sobre uno de los pechos, cubriéndolo con su palma.

Prue se estremeció cuando sintió la mano de Jackson sobre su pecho. Lo apretó con una mezcla de ternura y firmeza. El pulgar de Jackson encontró su pezón y comenzó a jugar con él, frotándolo y girándolo suavemente hasta que se endureció bajo su toque, enviando oleadas de placer a través de su cuerpo.

Prue dejó escapar un gemido profundo, su cuerpo arqueándose hacia él, buscando más de esa deliciosa fricción que él proporcionaba. Jackson no se detuvo, su mano moviéndose con más confianza, apretando y soltando, provocándola y haciéndola desear más con cada movimiento. La otra mano de Jackson tiró suavemente del albornoz para dejar más piel al descubierto.

Jackson se inclinó hacia adelante y tomó su pezón entre sus labios, chupándolo con avidez.

Prue se mordió el labio inferior, echando la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso a su cuerpo tembloroso.

El placer era tan intenso y envolvente que apenas podía mantenerse en pie, sus piernas temblaban bajo la oleada de sensaciones que la recorrían sin tregua.

Jackson se tomó su tiempo, explorando cada centímetro de su piel con una devoción casi reverente antes de pasar al otro pecho, repitiendo el proceso con la misma dedicación minuciosa.

Sus labios y lengua trazaban caminos de fuego sobre su piel, haciéndola retorcerse y gemir su nombre con una mezcla de necesidad y desesperación.

Prue sentía que iba a explotar en cualquier momento. Cada caricia, cada beso, cada contacto con su piel la llevaba más cerca del borde, a un punto de no retorno que amenazaba con consumirla completamente.

Y entonces, sin previo aviso, Jackson bajó una mano, deslizando sus dedos con destreza entre sus piernas, encontrando su centro húmedo y caliente, su piel ardiente y ansiosa por más contacto.

Con sus dedos hábiles, separó sus labios vaginales y tocó su clítoris con una precisión que la hizo estremecerse.

Ella se mordió el labio con fuerza y él, con sus propios dientes, liberó el labio de ella de su mordida y la besó profundamente a la vez que metió dos dedos dentro de ella, hasta el fondo. Ella gritó, sus caderas moviéndose instintivamente contra su mano, buscando más de esa fricción

deliciosa que prometía liberar la tensión acumulada.

Una provocación que la hacía gemir y temblar de anticipación y deseo desbordante.

Jackson no se detenía, sus dedos explorando, acariciando, follándola con fuerza y determinación. Llevando a Prue al borde del placer más sublime, mientras ella se aferraba a él, perdida en el torbellino de sensaciones que él había desatado en su cuerpo.

Jackson soltó su boca para dejarla gritar, lamió su cuello con lentitud y lo mordió suavemente a la vez que metió otro dedo dentro de ella y apretó su clítoris con una precisión que la hizo ver las estrellas.

Prue gritó, claro que lo hizo, sintiendo que había estallado en mil pedazos de placer. Su cuerpo convulsionó con la intensidad del orgasmo, y todo su ser pareció derretirse en una ola de éxtasis que la dejó sin aliento.

Jackson sacó lentamente los dedos del cuerpo de ella, disfrutando del último contacto con su piel cálida y temblorosa. Puso ambas manos firmemente sobre sus caderas, atrayéndola hacia él para darle un beso en la frente, un gesto tierno y protector que contrastaba con la pasión de momentos antes.

Jackson notó su cambio rápidamente, percibiendo la tensión en sus músculos. Apretó las manos que mantenía en las caderas de ella, tratando de anclarla a la realidad de su presencia, y negó con la cabeza al encontrarse con su mirada.

—No lo hagas —susurró, su voz cargada de una mezcla de súplica y determinación.

Pero Prue, como si de repente fuera consciente de lo que había pasado entre ellos, pareció despertar de un trance. Era como si todas las implicaciones de su encuentro se presentaran de golpe en su mente, llenándola de dudas y temores.

Se apartó ligeramente, evitando su mirada intensa.

—No te arrepientas —le pidió él.

—Vete —dijo ella, evitando su mirada y girando la cabeza hacia un lado, su voz apenas un susurro cargado de confusión y tristeza.

Pero él, decidido a no dejar que la distancia creciera entre ellos, levantó una mano y la cogió suavemente por la barbilla, girando su rostro para que lo mirase.

La urgencia en sus ojos era palpable.

Deseo.

Y desesperación.

—Prue... —empezó a decir, pero la mujer que lo miraba no era la misma que se había derretido un momento antes entre sus brazos.

Había una barrera, una distancia emocional que no estaba allí antes. Se agachó y la besó con ternura, quizás esperando que el contacto físico volviera a encender la chispa que había sentido

antes. Pero ella se tensó ante su contacto.

Su cuerpo, rígido y distante.

Jackson volvió a mirarla a los ojos, un enorme suspiro escapando de sus labios, su frustración y tristeza, evidentes. No quería perder ese momento.

No quería perderla a ella.

—Nena... —susurró.

—Vete —repitió ella, con más firmeza esta vez, su voz temblando ligeramente, pero decidida.

Y él se marchó.

om

Capítulo 13

“¿Qué tal una sesión de terapia accidental?”

Prue colgó la llamada y suspiró, exasperada. ¿Dónde demonios se había metido esa mujer? Habían quedado hacía media hora y, sorpresa, sorpresa, la había dejado plantada.

Bueno, pues que le dieran. Si Heily no iba a aparecer, ella se iba sola al pub. Necesitaba beber, y no un traguito elegante de vino, sino una buena dosis de alcohol que le borrara de la cabeza a ese maldito hombre que, sin pedir permiso, se había metido en su vida y en su mente.

No había podido pegar ojo en toda la noche. Prue había estado hecha un ovillo en su cama, porque ni siquiera se había movido. Se había quedado tumbada de lado, mirando a la nada, solo reviviendo una y otra vez lo que había ocurrido con Jackson.

Cerró los ojos, mortificada, mientras las imágenes volvían a su mente con la insistencia de un vendedor de aspiradoras a domicilio.

Y cerró, también y por supuesto, las piernas. Porque una puede ser medio subnormal por meterse con ese hombre, pero sabe reconocer lo bueno cuando lo tiene delante. Y lo bueno era esa entrepierna que tenía él.

¡Vaya si lo era!

—¡Señor! —gimió, sin poder evitarlo, casi esperando que una bandada de ángeles descendiera a darle una ovación.

Carraspeó, al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, y miró alrededor. Pero eran las diez de la noche de un sábado con ese clima, ¿quién demonios iba a estar por la calle en ese barrio?

Nadie, ni ella tampoco debía estar. Pero había convencido a Heily de ir a tomar algo, a ver si así olvidaban las penas, y esa dichosa mujer no aparecía.

¿Le habrá pasado algo?

¿Tendrá Heily también alguien con quien...?

De nuevo, las imágenes de Jackson en su cabeza, como un mal tráiler de película que no quería ver. Cómo se acercó a ella, cómo la miraba.

Dios santo, ¡cómo la besaba!

Negó con la cabeza, no iba a caer de nuevo en eso, no podía. Tenía que quitarse de la mente a ese hombre. Ese hombre era sinónimo de problemas, ¿es que acaso no era evidente?

«Pero lo deseas.»

Bueno, pero también deseaba a Henry Cavill y no por ello tenía nada con él. La voz en su cabeza, si tuviera ojos, seguro que los habría puesto en blanco al escuchar la comparación.

Cuestión, que tenía que quitárselo de la mente. Y lo hizo, por unas horas, al menos, cuando le dio por hacer limpieza en la casa. De algo le habría servido todo aquello, porque falta le hacía, ¡eh!

El móvil sonó con la llegada de un mensaje y Prue lo miró rápidamente. Resopló al ver que era un mensaje del banco.

«¿Desilusionada? ¿Pensabas que era él?»

«Pues no, pensaba que era Heily.»

«Claro, por eso has estado todo el día pendiente al móvil, por Heily.»

Hablando de Heily...

Prue volvió a llamarla. Un tono. Dos tonos.

—¡Prue! —gritó entonces una voz.

Pero no en el altavoz, aunque Prue tardó un instante en darse cuenta.

—¡Prue!

Prue se giró y lo que vio la dejó con los ojos como platos.

¿Pero qué demonios...?

Frente a ella estaba Heily, pero no estaba sola.

Allí, con un enorme perro en brazos, estaba su amiga, jadeando como si acabara de correr una maratón cargando un piano de cola. Prue corrió hasta ella, llegando justo a tiempo al portal de su casa mientras Heily luchaba por mantenerse en pie.

—¿Pero qué...? —comenzó Prue, perpleja.

—Está de parto. No llegamos a la clínica. ¡Coge la llave! —dijo Heily, moviéndose de un lado a otro como si el perro fuera una bomba a punto de explotar.

Prue, sin pensárselo dos veces, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Heily y sacó las llaves. Abrió la puerta del portal con la habilidad de un ladrón profesional, aunque su carrera delictiva se limitara a robar chicles en la tienda de la esquina cuando tenía siete años.

Un momento más tarde, estaban en casa de Heily, donde la perra fue colocada cuidadosamente sobre una cama improvisada con cojines. Parecía una escena sacada de un reality show de veterinarios de emergencia, pero sin los anuncios de comida para gatos.

—¿Cómo... cómo ha pasado esto? —preguntó Prue, tratando de procesar la situación mientras miraba a la perra con la misma mezcla de asombro y pánico que uno reserva para ver a su jefe en un karaoke.

—Me la encontré en la calle. Un desgraciado, seguramente el que la estaba abandonando, le estaba pegando —dijo Heily, visiblemente enfadada—. Si no sale corriendo, le habría dado la paliza de su vida al hijo de puta.

A Prue se le encogió el corazón pensando en lo inhumanas que podían ser algunas personas, en la crueldad hacia esos seres que no tenían culpa alguna. Su corazón se encogió todavía más al pensar en lo que esa pobre perra había sufrido. Se arrodilló junto a ella, notando cómo jadeaba y temblaba, claramente afectada por el estrés y el dolor.

—Y, además, está de parto —continuó Heily—. Bien, no era el plan de sábado por la noche que tenía en mente, pero está claro que la perra tiene su propia agenda —dijo con ironía, tratando de aligerar la tensión de la situación con su humor característico.

—Bien, tenemos que ayudarla —dijo Prue con determinación, sintiendo que el espíritu de Florence Nightingale la poseía temporalmente.

—Tú busca unas toallas limpias y yo me encargaré de preparar todo aquí —ordenó entonces Heily.

Prue se apresuró a buscar las toallas, mientras Heily acariciaba suavemente a la perra para tranquilizarla. Pudo ver cómo las contracciones se hacían más fuertes y frecuentes. Unos minutos después, Prue regresó con un montón de toallas y algunas mantas, sus brazos llenos de textiles como si estuviera preparando un campamento improvisado.

—Aquí están. ¿Qué más necesitamos? —preguntó Prue, su voz temblando un poco por los nervios, pero con una chispa de determinación en sus ojos.

—Creo que con esto estamos bien —respondió Heily—. Vamos a ayudarla a traer a estos cachorros al mundo.

La perra empezó a empujar con más fuerza, y Heily vio cómo la primera bolsa de líquido amniótico asomaba. Con mucho cuidado, Heily ayudó al primer cachorro a salir, guiándolo como si fuera una pequeña bola de pelo mojada y temblorosa.

—¡Aquí viene el primero! —dijo Heily, su voz llena de una mezcla de excitación y miedo— Prue, pásame una de esas toallas.

Prue le pasó una toalla rápidamente, y Heily envolvió al cachorro con cuidado, frotándolo suavemente para estimular su respiración. Después de unos segundos que parecieron eternos, el cachorro emitió un débil gemido, un sonido pequeño, pero lleno de vida.

—¡Está respirando! —exclamó Heily, sintiendo una ola de alivio y felicidad.

Colocó al cachorro cerca de su madre, que inmediatamente comenzó a lamerlo con ternura y dedicación.

La perra continuó empujando, y pronto el segundo cachorro comenzó a asomar. Prue y Heily repetían el proceso con cada nuevo cachorro, limpiándolos y asegurándose de que respiraran bien antes de colocarlos junto a su madre.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la perra dejó de empujar y se relajó, sus cachorros acurrucados a su lado, amamantando tranquilamente.

Prue y Heily se sentaron en el suelo, agotadas pero satisfechas.

—Lo hiciste increíblemente bien, Heily —dijo Prue, dándole una palmada en la espalda, sintiendo una conexión más fuerte con su amiga después de esta experiencia.

—Tú también. ¿No crees que te equivocaste de profesión? Necesito una socia... —respondió Heily, riendo.

—Jamás. Lo máximo que podemos hacer juntas sobre esto es escribir un libro sobre cómo no planear tus sábados por la noche —dijo Prue con una sonrisa cansada.

La perra miró a Prue y a Heily con ojos llenos de gratitud, como si entendiera que le habían salvado la vida y la de sus cachorros.

—¿Te das cuenta de que acabamos de hacer algo increíble? —dijo Heily.

—Sí, increíblemente agotador —respondió Prue, riendo—. Pero también increíblemente gratificante.

om

Capítulo 14

“Por favor, ¿podemos compartir el diván?”

Cuando Prue se paró delante de la puerta de su casa, metió un bote.

Joder, ¿pero es que la vida quería que a ella le diera un infarto o algo? ¿Acaso había algún concurso secreto para ver cuántas sorpresas cardíacas podía soportar en un solo día?

—¿Qué haces aquí? —preguntó al verlo, sorprendida.

Allí, sentado en las escaleras de su piso como si fuera un adolescente castigado, estaba Jackson.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Lucía cansado, terriblemente agotado, como si hubiera estado peleando con un ejército de insomnes.

—Jackson...

—Te estaba esperando —dijo él, sonando avergonzado, como si lo hubieran pillado robando galletas del tarro—. Yo... Pensé que un mensaje sería muy frío —se encogió de hombros, intentando parecer casual y fallando miserablemente.

—Jackson...

—¿Te has divertido? —preguntó entonces, cambiando de tema de manera abrupta.

Ella enarcó las cejas, claramente sorprendida por el giro inesperado de la conversación.

—Heily me dijo que saldríais.

—Entiendo —dijo ella, metiendo la llave en la cerradura y abriendo la puerta con un movimiento decidido—. ¿Y has venido a ver si volvía bien a casa? —la ironía en su voz.

—Puede ser... —respondió él, para sorpresa de ella.

Prue lo miró con una mezcla de incredulidad y algo de irritación.

—Deja el papelón... —resopló ella— Además, ¿y si no llego a venir sola, si llego a venir con alguien más?

Jackson endureció el gesto, su mandíbula apretándose hasta casi romperse.

—¿Tengo que responder a eso, Prue? —preguntó, repentinamente enfadado, su voz teñida de celos apenas contenidos.

Y es que los celos se lo comían por dentro, pero no iba a decirlo en voz alta, claro está.

—Supongo que no —suspiró ella, decidiendo no seguir alimentando la discusión—. Necesito una copa —entró y se giró para mirarlo, una de sus manos agarrando la puerta con firmeza.

Prue lo pensó mucho antes de decirlo, como si estuviera evaluando cada palabra con cuidado.

—¿Te apetece una? —preguntó finalmente.

Jackson asintió con la cabeza, aceptando la invitación sin dudarlo. Se levantó de las escaleras con la gracia de alguien que ha estado esperando demasiado tiempo y entró en la casa. Siguió a Prue después de cerrar la puerta a su espalda.

Ella llegó al comedor, soltó el bolso y el abrigo sobre la mesa con un suspiro de alivio.

—¿Vino? ¿Cerveza? —preguntó, mirando cómo él también se deshacía del abrigo.

Jackson le dio un rápido repaso a su ropa, notando por primera vez el vestido que llevaba. Un vestido bastante bonito, sí, azul, ajustado, con un escote bastante pronunciado que él no pudo evitar admirar por un momento.

Pero entonces, algo más llamó su atención. Cogió a Prue de la mano antes de que esta se girase.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, preocupado— ¿Sangre?

Prue puso los ojos en blanco y se soltó del agarre de él, como si acabara de preguntar algo completamente absurdo.

—Mi noche de borrachera no empezó —dijo Prue mientras caminaba hacia la cocina con paso decidido—. Me tocó hacer de comadrona —abrió el frigorífico y sacó dos latas de cerveza, ofreciendo una de ellas a Jackson—. Una perra abandonada cerca de la casa de tu hermana —le explicó mientras le tendía una de las latas con una expresión de cansancio.

Jackson cogió la lata, Prue abrió la suya y bebió un largo trago, casi como si fuera agua en medio del desierto. Vamos, no se la terminó entera solo porque necesitaba respirar.

—Lo de emborracharte iba en serio, ¿no? —bromeó Jackson, levantando una ceja con una sonrisa irónica.

Prue lo observó entonces con más detenimiento. Vestía con un vaquero gastado y una sudadera gris, a juego con sus ojos. La combinación le daba un aire casual y atractivo, aunque un poco descuidado.

—¿No es así como se olvidan las cosas? —preguntó Prue, levantando ligeramente la lata como si brindara.

Jackson entendió la pregunta, dejó su lata sobre la encimera y la miró con seriedad.

—Yo no quiero olvidar nada —aseguró.

A Prue se le formó un nudo en la garganta, tan grande que casi podía sentirlo físicamente obstruyendo su respiración. Era como si las palabras de Jackson hubieran perforado todas sus defensas, dejándola expuesta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entonces, intentando mantener su compostura, aunque su voz traicionaba una mezcla de curiosidad y confusión.

—Ya te lo dije. Mandarte un mensaje me parecía demasiado frío —respondió Jackson,

encogiéndose de hombros como si la respuesta fuera obvia y él no estuviera completamente fuera de lugar esperándola en las escaleras del edificio.

Cual acosador...

—¿Y prefieres esperarme en el descansillo de mi casa por la noche? —replicó Prue, arqueando una ceja con incredulidad.

Él se encogió de hombros nuevamente, un gesto que parecía haberse convertido en su respuesta estándar para cualquier situación incómoda.

—¿Qué quieres, Jackson? ¿Por qué vuelves? ¿Para qué viniste ayer después de tratarme como una mierda invisible delante de todos? —no lo entendía, de verdad que no lo hacía.

—Yo no sé cómo se hace esto, Prue —reconoció Jackson con un suspiro pesado, su voz cargada de frustración y sinceridad—. ¿Qué querías que hiciera? Estábamos en el trabajo y me estaba volviendo loco porque te metiste aquí —señaló su cabeza con un gesto exagerado, sus ojos reflejando la confusión que sentía—. ¿Crees que no quería acercarme a ti, cogerte de los hombros y zarandearte porque deberías estar en la cama? Me debatí todo el día con lo que este me decía —se señaló el corazón— y con lo que me decía esta —se señaló la cabeza—. ¿Te hubiera gustado resolver esto en el trabajo?

—No tenemos nada que resolver —dijo ella rápidamente.

—Y una mierda que no —rio él con ironía—. Lo que ocurrió ayer no fue solo cosa de uno —le recordó.

—Solo fue algo sin importancia...

—¿Algo sin importancia? Por ese algo sin importancia estoy aquí ahora —él levantó las manos y las dejó caer, frustrado—. No quería irme después de cuidarte mientras estabas hirviendo en fiebre, pero tampoco tenía ningún derecho a preguntarte cómo estabas. ¡Yo, de todas las personas! Así es como me sentía, como si no tuviera derecho a hacerlo. Eso me estuve repitiendo una y otra vez, como un mantra inútil, pero, aun así, volví a fallar y vine. Y aquí estoy, otra vez, fallando de nuevo. ¡Volviéndome loco! Porque no puedo quitaros ni a ti ni a tus gemidos ni a la imagen de cómo te derretías mientras te follaba con los dedos de la cabeza.

Ahí estaba la verdad, desnuda y cruda. Eso era todo lo que había pasado.

Prue resopló, y con su lata de cerveza en la mano, salió de la cocina, sintiendo que necesitaba más espacio para procesar lo que acababa de escuchar.

Jackson, decidido a no dejarla escapar tan fácilmente, la siguió de cerca.

—Ni que fuera la primera vez que tienes algo esporádico con alguien —dijo Prue, tratando de sonar casual mientras se dejaba caer en el sofá, pero su tono traicionaba su nerviosismo.

Y es que estaba haciendo un esfuerzo titánico por fingir que las palabras de Jackson no la habían afectado. Intentaba mantener la compostura, esforzándose por mantener una fachada imperturbable.

Él hasta podría creerlo, de no ser por el temblor apenas perceptible en su voz y el temblor visible de sus manos.

—¿Algo esporádico? —Jackson la miró como si estuviera loca, su ceño fruncido y sus ojos entrecerrados— ¿Crees que hice lo de ayer pensando en algo esporádico?

—¿Qué más si no, Jackson? ¡Hola! Soy yo, la persona que más odias en este mundo. Y la que más te odia, además —respondió Prue con sarcasmo, agitando la lata de cerveza en su mano como si fuera un símbolo de su incredulidad.

—Ayer no parecía que me odiases mientras te derretías en mis manos —dijo él, su voz baja, pero cargada de intensidad—. ¿Parecía que te odiaba mientras te besaba? ¿Parecía que te odiaba mientras mi polla reventaba por la necesidad de estar dentro de ti?

Él, derrotado, se dejó caer en una de las sillas que había allí. Agachó la cabeza, dejándola caer sobre las palmas de sus manos, sus codos descansando entre sus piernas como si estuviera sosteniendo el peso del mundo.

Prue lo miró sorprendida, sin poderse creer lo que acababa de escuchar, como si sus oídos hubieran decidido jugarle una mala pasada.

—No pretenderás que crea que ahora somos dos personas completamente distintas. Que nuestra relación puede cambiar de la noche a la mañana ¡por algo que haces con cualquiera! —comenzó Prue, la incredulidad dibujada en cada palabra.

—No quiero que creas nada, Prue —respondió Jackson, su voz sonando cansada, como si hubiera corrido una maratón emocional y estuviera al borde del colapso.

Porque lo estaba. El día había sido una mierda, y la noche no prometía mejorar. Esa mujer, desde lo que pasó...

¡No!

Desde mucho antes, no se le había quitado de la mente. No podía dejar de pensar en ella y eso lo estaba volviendo loco.

—Solo te digo lo que siento. Joder —gimió—, esto tampoco está siendo fácil para mí. ¿No puedes, al menos, intentar entenderme? ¡Eres psicóloga, ¿no?!

No, no era fácil. Ni fácil de vivir ni fácil de admitir.

Jackson levantó la cabeza, pero la dejó caer hacia atrás, sus ojos cerrados. Quizás buscando lo que llevaba buscando días: respuestas a todo lo que sentía. Pero sabía que no iba a encontrar nada porque la respuesta estaba clara.

Al menos para él.

Prue no sabía qué hacer, ni qué pensar. Solo sabía que verlo ahí, derrotado, no le gustaba.

No estaba pensando cuando actuó.

Jackson abrió los ojos al notar que algo, o alguien, rozó su pierna y tragó saliva al encontrarse

allí, de pie, frente a él, a Prue. Lo miraba con curiosidad, con sorpresa. Sí, y también con miedo.

Aquello era evidente que tampoco debería ser fácil de admitir para ella. Y la entendía.

¡Si él se estaba volviendo loco con todo aquello!

Y ninguno de los dos era una persona irracional ni nada por el estilo. Eran bastante sensatos y lógicos.

Pero ahí estaba, era real. Entre ellos había algo, y no lo podían negar.

Esos preciosos ojos marrones brillaban con una mezcla de emociones. Sus labios temblaron un poco y la vio tragar saliva a la vez que desvió la mirada, nerviosa.

—Eres preciosa —le dijo él entonces, sin pensarlo demasiado, como si las palabras hubieran salido de su boca por cuenta propia.

Prue lo miró rápidamente. Esta vez, sus ojos brillaban todavía más. ¿Se estaban llenando de lágrimas? Joder, ¿tan capullo había sido?

¡Y más!

Nunca le había dicho nada bonito, ¿no? Era un tremendo imbécil. ¿Por qué no lo había hecho?

«Porque te daba miedo reconocerlo, idiota.»

Prue suspiró, abrió la boca y cogió un poco de aire mientras levantaba la cabeza, quizás evitando llorar. Jackson se sentó más recto y sin pensárselo dos veces, la agarró. Puso sus brazos alrededor de las caderas de ella y la acercó a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en un susurro, como si las palabras se fueran a romper en el aire.

—Quería verte —dijo él.

Apoyó la cabeza sobre el vientre de ella y cerró los ojos, sintiendo la calidez de su piel a través de la tela del vestido.

—Quería tocarte —susurró Jackson, su voz llena de una necesidad contenida que Prue podía sentir en cada palabra.

Le dio un beso en el vientre, un beso suave, pero cargado de emoción. Para sorpresa de él, ella colocó sus manos sobre su cabeza, sus dedos acariciando su cabello suavemente, como si estuviera explorando una nueva sensación.

—Quería besarte otra vez —continuó él, su voz casi un murmullo.

—Jackson, nosotros no podemos hacer esto —comenzó Prue, intentando poner una barrera firme entre lo que sentía en su corazón y lo que sabía que debía hacer según la lógica.

Su voz era un intento desesperado de mantener la compostura, de mantener las emociones bajo control.

—¿Por qué no? —preguntó Jackson, levantando la cabeza y clavando su mirada en los ojos de Prue.

Ella soltó una risa irónica, una risa amarga.

—Porque eres tú. Y soy yo —respondió, como si esa simple declaración fuera razón suficiente para detener cualquier intento de acercamiento—. Nos hemos odiado toda la vida y lo sabe todo el mundo.

—Yo nunca te he odiado —dijo él con firmeza.

Ella enarcó las cejas, escéptica, sin poder creer lo que estaba escuchando. La duda se reflejaba claramente en su expresión.

Él negó con la cabeza lentamente, habiendo pensado mucho en ello, habiendo reflexionado sobre sus sentimientos durante mucho tiempo.

—Ha podido haber mucho entre nosotros, pero odio no —aseguró Jackson—. Y lo sabes.

—Jackson... —ella intentó retirarse, echándose para atrás, tratando de poner distancia entre ellos y de proteger su corazón de lo que sabía que podría ser una situación complicada y dolorosa.

Todo aquello no tenía ningún sentido.

—Una noche —dijo entonces él, interrumpiéndola antes de que pudiera decir algo más definitivo y acercándola de nuevo a él—. Danos solo una noche. Y veamos lo que pasa. Pero no nos quites la posibilidad de ni siquiera entender qué ocurre entre nosotros.

Jackson sabía que estaba pidiendo mucho. Pero también sabía que necesitaban esa oportunidad, esa posibilidad de explorar lo que realmente había entre ellos, sin las barreras del pasado y los prejuicios que los habían mantenido separados durante tanto tiempo.

Ella siguió jugando con el pelo de él, sintiendo una especie de fascinación al hacerlo. Quizás porque nunca habría pensado que podría encontrarse en una situación así, tan íntima y tan cargada de emociones contradictorias.

—¿Y después qué? —preguntó ella, su voz temblorosa, reflejando la incertidumbre que sentía.

«Después te pediré otra más. Y otra más», pensó Jackson, pero no lo dijo en voz alta.

Porque sabía que sería así, que era inevitable. Porque si se estaba volviendo loco con lo que había pasado entre ellos, ¿qué no sentiría después? Lo veía todo tan claro...

Pero no quería asustarla más de lo que ya estaba.

—¿Y si descubrimos que no está ocurriendo nada?

Eso no iba a pasar, Jackson estaba seguro de ello.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó, evitando contestar a sus preguntas para que ella no saliera corriendo de allí.

Prue parecía un animalito asustado, temerosa de lo que podía ocurrir entre ellos. Y era porque todavía no se había dado cuenta, como lo había hecho él, de que aquello ya había ocurrido y de que no había vuelta atrás. Solo tenía que asumirlo.

Como lo había hecho él.

Jackson se levantó lentamente, y ella se echó un poco para atrás, intentando poner distancia entre ellos, pero él la mantuvo agarrada por la cintura para que se quedase ahí, frente a él. Se quedó de pie, tan cerca que casi podían sentir los latidos del corazón del otro.

—¿Qué te asusta? —susurró, sus labios apenas a unos centímetros de los de ella.

Levantó una mano y la colocó sobre el cuello de Prue, su dedo pulgar acariciando suavemente la carótida, sintiendo la sangre desbocada pasando por ella.

Sentía lo mismo que él, de eso no tenía ninguna duda.

De eso se había dado cuenta el día anterior, por cómo reaccionó a sus besos. Quizás antes, por cómo se abrazó a él cuando estaba enferma. Cómo confió en él cuando más vulnerable se sentía.

Cogió la mano de ella y la puso sobre su pecho, justo donde podía sentir los latidos rápidos de su corazón.

—A mí me asusta eso. Esto es lo que pasa si me tocas —dijo, su voz ronca de emoción.

Dejó la mano de ella ahí y colocó la otra mano sobre su espalda baja, acercándola aún más a él, hasta que sus cuerpos estuvieron completamente pegados.

—Y esto —dijo, clavándole su erección en su bajo vientre, dejándole claro lo que su proximidad le hacía sentir.

Ella gimió, y Jackson bajó la cabeza para beberse ese suspiro al capturarlo en un beso.

Toda la tensión que Prue había estado sintiendo desapareció en el momento en que los labios de Jackson, calientes y firmes, se posaron sobre los de ella. Se estremeció cuando él mordió su labio inferior y tiró un poco de él, provocando una corriente eléctrica que recorrió su cuerpo.

—Estaba deseando volver a hacer esto —susurró él contra sus labios, su voz ronca y llena de deseo.

Prue también lo deseaba, no iba a mentir. Pero igualmente le aterrizaba. Una parte de ella, una parte de su mente, le gritaba que parara aquello, que huyera, pero su cuerpo era evidente que no pensaba lo mismo.

Con una mano sobre el pecho de él y otra sobre su antebrazo, Prue apretó un poco, mostrándole cuánto le afectaba todo aquello. Su corazón latía desbocado, y su respiración se volvía cada vez más irregular.

Los labios de ambos se separaron.

—Esto no debería estar pasando —dijo ella, su voz intentando ser la voz de la razón en medio de toda esta locura que los envolvía.

Intentaba recuperar el control, aferrarse a la lógica en medio del caos emocional que sentía.

Jackson la miró profundamente a los ojos, sus pupilas dilatadas reflejaban la intensidad del momento. Acercó sus labios de nuevo a los de ella, tan cerca que apenas los rozó, lo suficiente para hacerla suspirar, para recordarle lo poderoso que era ese contacto.

No, quizás no debería estar pasando. Pero era real. Muy real.

—¿Quieres que pare? —preguntó él suavemente sobre sus labios, su aliento mezclándose con el de ella. Después, se separó apenas lo suficiente para mirarla directamente a los ojos— Me iré y olvidaremos esto si es lo que quieres de verdad —le aseguró, su voz cargada de una mezcla de determinación y vulnerabilidad.

Aunque le doliese el alma por ello.

Prue abrió la boca para decir ¡Sí!, pero las palabras no salieron. Se quedó mirando los ojos grises de Jackson y un escalofrío recorrió su cuerpo al ver el crudo deseo que había en ellos.

—No pares —le pidió ella, sin siquiera poder evitar decirlo, su voz temblando de anticipación.

Él sonrió, una sonrisa de medio lado que haría que se le cayeran las bragas a cualquiera.

—Solo un momento —prometió, sus palabras llenas de una promesa implícita de placer.

Se agachó un poco, cogió el vestido por el dobladillo y tiró de él hacia arriba, hasta que se lo sacó por la cabeza, separándose un poco y dejándola frente a él, en ropa interior.

Prue se sintió expuesta, vulnerable, pero al mismo tiempo más viva que nunca.

Con un dedo que colocó sobre su garganta, bajó rozando su canalillo y se detuvo allí, entre sus pechos. Prue se tensó, a la expectativa, su piel ardiendo bajo el contacto de Jackson.

—Eres preciosa —repitió Jackson, su voz suave, pero cargada de deseo.

Acarició sus pechos por encima del sujetador negro que llevaba puesto, sus dedos rozando la piel que sobresalía por arriba de este. El contacto la hizo gemir suavemente, su cuerpo respondiendo a cada caricia.

—Date la vuelta —ordenó él entonces, su voz firme y autoritaria, pero con un matiz de deseo que no podía ocultar.

—Te gusta mucho mandar —dijo ella en respuesta, resoplando, lo que hizo que una sonrisa se dibujara en el rostro de Jackson y una risa suave escapara de sus labios.

Pero lo hizo, Prue se giró sin ni siquiera detenerse a pensar en ello. Su cuerpo obedeció la orden casi por instinto.

—Siempre puedes usar tu lengua para callarme, tienes experiencia en ello —añadió Jackson con un tono que combinaba descaro y seducción.

Jackson, con ambas manos, recogió el pelo de Prue y lo dejó caer sobre un hombro, colocó sus manos en las caderas de ella y la acarició hasta posarlas sobre su vientre. Agachó la cabeza, acarició el cuello de Prue con la nariz, aspirando su aroma y después la besó, provocándole un

escalofrío que recorrió toda su columna.

—Dios... —gimió ella y dejó caer su cabeza hacia atrás, perdiéndose en las sensaciones que él le provocaba.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta? Tú —declaró entonces él.

Jackson bajó una de sus manos y la posó un poco más abajo, pero sin llegar a tocarla donde más lo necesitaba. Apretó su mano y la pegó más a él, y le clavó su erección, palpitante, en la espalda.

Prue gimió ante el contacto y Jackson movió sus caderas, refregándose contra ella, aumentando la fricción entre sus cuerpos.

—Mírame —ordenó él entonces, su voz, un susurro cargado de deseo.

Prue giró la cabeza como pudo y Jackson capturó sus labios en un beso duro y hambriento.

Una de las manos de él se colocaba entonces sobre el sexo de ella, todavía con la barrera de la ropa estorbando, mientras la otra mano le apretaba un pecho con firmeza, enviando olas de placer a través de su cuerpo.

Las piernas de Prue parecieron ceder a la pasión, temblando bajo el peso del deseo que la consumía.

—Voy a hacer que te corras. Una y otra vez... —murmuró Jackson, su voz ronca y cargada de promesas.

Ella enarcó las cejas. Desafiante. Juguetona. Una chispa de picardía brillaba en sus ojos, intensificando la tensión entre ellos.

—¿Serás capaz? —dijo con un tono de voz que era a la vez provocativo y lleno de curiosidad, retándolo a demostrar lo que podía hacer.

Jackson la miró con una ceja elevada, una sonrisa ladeada jugando en sus labios.

—¿Es un reto? —preguntó él, su voz baja y cargada de un matiz divertido, aceptando el desafío que ella le lanzaba.

Jackson no tardó en meter su mano por debajo de las bragas de Prue, sus dedos encontrando su sexo caliente, húmedo, empapado de deseo.

Prue casi lloró de alivio al sentir el contacto en su sexo palpitante, su cuerpo respondiendo inmediatamente. El dedo de Jackson en su clítoris la hizo temblar de placer, enviando chispas de electricidad a través de su piel.

Con la otra mano, Jackson liberó sus dos pechos del opresivo sujetador, dejándolos libres para apretarlos con fuerza. La cabeza de Prue cayó hacia atrás, extasiada por las sensaciones que la inundaban. Sus pezones se endurecieron bajo el toque experto de Jackson, cada caricia enviando oleadas de placer directamente a su sexo.

—Vamos a por el primero —dijo él entonces, su voz un susurro cargado de deseo y

determinación.

Metió dos dedos dentro de ella, sintiendo cómo su calor y humedad lo envolvían.

Prue sabía que todo aquello estaba a punto de culminar, su cuerpo no iba a soportar mucho más. Se aferró con fuerza a los antebrazos de él, sus uñas clavándose en su piel mientras intentaba mantenerse en pie.

Jackson movía sus dedos con habilidad, entrando y saliendo de ella, su pulgar acariciando su clítoris con movimientos precisos.

—Vamos, nena —susurró él, lamiendo su cuello, su aliento caliente contra su piel—. Córrete.

La mordió suavemente en el cuello y, con el pulgar, presionó su clítoris, enviando ondas de placer a través de su cuerpo. Prue sintió cómo el orgasmo se construía dentro de ella, una marea de sensaciones que la arrastraba cada vez más cerca del borde.

—Dios... Ryan... —gimió, su voz rota por la intensidad del momento.

Jackson intensificó sus movimientos, su mano en su pecho apretando con más fuerza, su boca dejando un rastro de besos ardientes en su cuello. Prue sentía que su cuerpo era un volcán a punto de estallar.

Finalmente, el orgasmo la golpeó con la fuerza de un vendaval, su cuerpo convulsionando mientras la ola de placer la arrastraba y la sumergía en un mar de sensaciones.

Prue gritó, su voz llena de una mezcla de alivio y éxtasis, su cuerpo temblando mientras Jackson continuaba moviendo sus dedos dentro de ella, prolongando su clímax.

Jackson no dejó de moverse hasta que sintió que el cuerpo de Prue empezaba a relajarse, sus temblores disminuyendo. Sacó sus dedos lentamente, la giró entre sus brazos y la cogió en peso.

om

Capítulo 15

“Ven aquí, que te voy a reinterpretar tus sueños.”

Cuando Prue abrió los ojos un momento después, se dio cuenta de que estaba tumbada en su cama.

—¿Bien? —preguntó Jackson, que acababa de dejarla sobre el colchón, su voz, un susurro cargado de preocupación y deseo.

—Hmmm... —ronroneó ella, sus labios curvándose en una sonrisa traviesa— Pero puedo con más.

Jackson no sonrió en respuesta; en lugar de eso, la miró con una intensidad que hizo que su corazón latiera más rápido. Se inclinó sobre ella, con las manos apoyadas sobre el colchón a ambos lados del cuerpo de Prue, creando una jaula de deseo en torno a ella.

La besó, sus labios capturando los de ella con una urgencia que la dejó sin aliento. Cuando terminó de besarla, lamió su barbilla y después su cuello, enviando escalofríos por toda su piel.

Prue gimió, presa de las sensaciones, y echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso a su cuello. La boca de Jackson se detuvo sobre uno de sus pechos, centrando su atención en el pezón que ya estaba erguido y sensible. Lo lamió con languidez y lo capturó con sus labios, tirando de él suavemente, provocándole una oleada de placer que hizo que su espalda se arqueara.

—Espero que recuerdes lo que acabas de decir —dijo él entonces, volviendo a sus labios para besarla con una pasión renovada—. Porque tengo muchas cosas planeadas para hacer contigo —susurró contra sus labios, su aliento cálido y su voz llena de promesas eróticas.

—¿Eso significa que follaremos toda la noche? —preguntó Prue, su voz cargada de anticipación y deseo.

Jackson enarcó las cejas, su expresión inescrutable, pero no respondió con palabras. En lugar de eso, la observó allí, tumbada con los pechos al descubierto, el sujetador desplazado y sus bragas empapadas de deseo.

La vista de su cuerpo rendido al placer lo hizo sentir una ola de posesión y deseo todavía más intensa.

Mirándola con intensidad, se quitó la sudadera por la cabeza, dejando su torso al descubierto. Los músculos de su abdomen y pecho se tensaron y relajaron con cada movimiento, y Prue sintió que podría correrse en ese momento solo con mirarlo.

Ese hombre era un verdadero espectáculo para la vista.

«Como si no lo hubieras visto nunca...», se dijo a sí misma, aunque no de esta manera.

¡Verlo en bañador no era lo mismo!

Lo observó mientras se deshacía de los vaqueros y se quedaba en calzoncillos. Su erección,

prominente, se marcaba claramente a través de la tela.

Prue no pudo más que morderse el labio inferior, su mirada fija en la dureza palpitante.

Jackson, sabiendo muy bien hacia dónde miraba ella, bajó la mirada y se agarró la erección con una mano, apretándola y luego acariciándola lentamente, provocando una reacción visible en Prue.

—Me duele la polla desde hace días de las ganas que tengo de follarte —dijo con voz dura y llena de deseo contenido.

—¿Desde hace días? —preguntó ella, sorprendida y excitada a la vez.

—Hmmm... —murmuró él, pero no especificó nada más, dejando que el misterio aumentara su deseo.

Dejó de acariciar su pene duro y ella levantó la mirada, sus ojos encontrando los de él. La intensidad en su mirada la hizo temblar.

—Siéntate —ordenó él, su voz firme y cargada de autoridad.

Prue obedeció sin dudar, sentándose en la cama mientras él se acercaba a ella. Jackson se sentó a su lado y, con movimientos hábiles, le desabrochó el sujetador, liberando sus pechos. Contuvo la respiración al mirarla tan de cerca, la visión era tan íntima que lo dejó momentáneamente sin aliento.

—Preciosas —dijo, mientras con un dedo acariciaba suavemente cada una, casi como si le diera miedo tocarlas con demasiada fuerza, aunque un momento antes las había amasado con pasión.

Le dio un beso a cada pezón, provocando un escalofrío en Prue por la anticipación y el placer que se avecinaba. Luego, se levantó lentamente y se posicionó a los pies de la cama, de rodillas sobre esta, entre las piernas abiertas de Prue.

—Levanta —dijo él, refiriéndose a su trasero, su voz firme y autoritaria, cargada de una mezcla de deseo y control.

Prue lo hizo sin vacilar.

—Lo de mandar es innato, ¿no? —comentó ella, con una mezcla de ironía y curiosidad en su tono, mientras alzaba una ceja en un gesto desafiante.

Jackson se deshizo también de sus bragas, tirándolas a un lado con un movimiento decidido, dejándola completamente desnuda y expuesta ante él. El aire en la habitación pareció volverse más denso, cargado de la electricidad del momento, mientras sus ojos recorrían cada centímetro de su piel desnuda.

—Supongo que tanto como el que reacciones a cada una de mis órdenes. Lo haces sin pensar —le señaló, su voz suave, pero firme, mientras sus dedos acariciaban suavemente su piel, enviando escalofríos de placer a través de su cuerpo.

Era una observación que ella ya había descubierto, pero que ahora se hacía más evidente que

nunca.

Jackson la observó con una mezcla de adoración y lujuria en sus ojos, una combinación que hacía que su corazón latiera con más fuerza. Su mirada era intensa, cargada de deseo, pero también de una admiración profunda, como si estuviera contemplando una obra de arte viviente.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmuró, sus manos acariciando sus muslos y subiendo lentamente hacia el centro de su deseo.

Prue gimió suavemente, su cuerpo reaccionando a cada caricia, a cada palabra susurrada.

—No hay nada de malo en ello —dijo ella, refiriéndose a la conversación que tenían, pero perdida en las caricias de él.

Jackson se puso de rodillas en el colchón, bajando la cabeza lentamente hasta que su aliento cálido rozó la piel de Prue. Comenzó a besar el interior de sus muslos, sus labios suaves y húmedos, aumentando la anticipación y haciendo que cada centímetro de su piel hormigueara de expectación.

—No hay nada de malo entre nosotros, Prue —dijo con firmeza, su voz resonando con seguridad y convicción.

A continuación, Jackson movió sus manos para sostener las caderas de Prue, levantándolas ligeramente para mejorar su acceso.

Con delicadeza, puso su nariz contra el sexo de ella, inhalando profundamente su aroma íntimo antes de darle un lento y prolongado lametón. El movimiento de su lengua fue tan intenso y preciso que Prue casi gritó de placer, su cuerpo reaccionando instantáneamente a la caricia experta de Jackson.

Su postura, arrodillado entre sus piernas, le permitió controlar cada movimiento, asegurándose de que cada gesto fuera un crescendo de placer para ella, mientras ella se entregaba completamente a las sensaciones que él le provocaba.

—Vamos a por el segundo —dijo, su voz llena de una determinación que envió escalofríos por la columna vertebral de Prue.

Su lengua se deslizó con habilidad, trazando líneas de fuego que encendían cada fibra de su ser.

—Ryan... —gimió Prue, sin saber realmente qué iba a decir, pero con una urgente necesidad de expresar el torbellino de sensaciones que la inundaban.

Tal vez debería haberle dicho algo como "Por favor, no pares ahora."

Pero él no tenía ninguna intención de parar, ni en ese momento ni nunca.

Jackson bajó la cabeza y la lamió de nuevo, arrancándole un grito ahogado. Su lengua caliente la recorrió por completo, rozando su clítoris con una precisión exquisita, rodeándolo con habilidad antes de deslizarse hasta la abertura de su sexo, donde la penetró con la lengua.

—Ryan... Si haces eso... No voy a aguantar —se quejó ella, soltando las almohadas que había

estado agarrando para agarrar el cabello de él y pegarlo más a ella, desesperada por más de esas sensaciones que la hacían temblar y perder el control.

Necesitaba más.

Porque ya estaba temblando, ya estaba a punto de deshacerse en mil pedazos. Cada caricia de su lengua, cada movimiento de sus labios la llevaban más cerca del abismo.

Jackson no cesaba, no dejaba de lamer cada centímetro de su sexo. Apretaba su trasero con más fuerza, manteniéndola firme en su lugar mientras continuaba devorándola.

—Oh, Dios —gimió Prue, tirando de su pelo con más fuerza, pidiéndole silenciosamente que aumentara el ritmo, que la llevara más allá de los límites de su placer.

Prue sentía que el mundo se desvanecía a su alrededor, la presión en su interior crecía y crecía, cada caricia la empujaba más cerca del precipicio.

Entonces, Jackson tomó el clítoris de Prue entre sus labios, succionándolo suavemente con precisión. Mientras lo hacía, introdujo dos dedos dentro de ella, moviéndolos con una maestría que la hizo gemir de placer.

La presión que había estado construyéndose entre sus piernas finalmente estalló en una explosión de placer puro, enviando ondas de éxtasis a través de todo su cuerpo.

Prue sintió cómo su cuerpo se arqueaba involuntariamente, sus músculos contrayéndose con cada oleada de placer.

Jackson no se detuvo.

Se quedó allí, sus labios y lengua trabajando incansablemente sobre su clítoris, mientras sus dedos dentro de ella continuaban moviéndose, lamiendo su sexo sensible un poco más.

Finalmente, cuando las últimas convulsiones de su clímax se desvanecieron, Jackson sacó sus dedos con suavidad y besó su clítoris una última vez antes de levantarse ligeramente y tumbarse a su lado.

Los ojos de Prue estaban entrecerrados, su cuerpo todavía temblando ligeramente. Jackson se inclinó sobre ella, sus labios rozando los de Prue en un beso suave.

—Eres increíble, nena —murmuró él, su voz ronca de deseo.

Prue pensaba que en ese momento la sangre no le regaba el cerebro, porque todo aquello que estaba pasando parecía una fantasía. Pero no quería pensar, no en ese momento.

Ya lo haría más tarde, o al día siguiente, o cuando fuera que tocara enfrentar la realidad.

Levantó una mano temblorosa y la colocó suavemente sobre la mejilla de Jackson. Los ojos de él no se abrieron por la sorpresa, sino que se cerraron lentamente, disfrutando del contacto. Él puso una mano encima de la de ella, agradeciéndole el gesto de cariño con una leve presión.

El corazón de Prue se estremeció ante ese gesto. Se acercó a él, limpió sus labios y su barbilla de los restos de ella y le dio un pequeño beso en los labios.

Porque sí.

Porque era lo que le apetecía hacer en ese preciso momento y punto.

Porque en ese momento, no había nada en lo que pensar, solo quería sentir.

Jackson, que había puesto su mano sobre la nuca de ella, evitó que se separara de él cuando el beso terminó. La miró profundamente a los ojos, una intensidad ardiente en su mirada, y volvió a besarla con más pasión.

Prue sintió que todo su cuerpo respondía a ese beso, cada fibra de su ser vibrando de deseo.

Prue deslizó su lengua en la boca de Jackson, jugando con la de él, provocando un gemido profundo de su garganta. La mano de Jackson, que entonces descansaba sobre la cadera de ella, se posó firmemente en su trasero, pegándola más a su cuerpo, haciendo que su erección rozara su clítoris palpitante e hinchado.

Jackson movió sus caderas, rotándolas, creando un ritmo que hizo gemir a ambos.

—Quítatelo —ordenó Prue, su voz cargada de deseo y necesidad.

—¿Quieres sentirme? —preguntó él, ronroneando como un felino satisfecho, su voz profunda y sensual.

Ella puso los ojos en blanco, exasperada y divertida al mismo tiempo.

—Jackson... —resopló, su voz cargada de una mezcla de frustración y afecto, como si estuviera lidiando con un niño travieso en lugar de un hombre adulto— ¿Me harás decirlo?

Él enarcó las cejas y ella suspiró.

—Sabes que sí —respondió ella, su voz, un susurro urgente, llena de anhelo.

Tras darle otro beso profundo y apasionado, se levantó de la cama. Se agachó y comenzó a rebuscar algo que Prue sospechaba saber qué era. No falló cuando él se dio la vuelta y ella lo vio con un preservativo en la mano.

Su mirada se clavó en la pequeña envoltura, su cuerpo anticipando lo que estaba por venir.

Jackson se bajó el bóxer lentamente, liberando su erección, y Prue contuvo un gemido ahogado al ver la magnificencia de su miembro.

Señor...

Era grande, estaba hinchada y muy húmeda. Deseosa de entrar en ella tanto como ella la necesitaba dentro.

Cuando él se puso el condón, Prue elevó la mirada y vio, por la sonrisa torcida de Jackson, que su reacción no le había pasado desapercibida.

Sus ojos brillaban con una mezcla de deseo y satisfacción, sabiendo el efecto que tenía en ella.

—Desde hoy, esa será mi cara favorita —dijo él con un tono cargado de erotismo mientras se

tumbaba encima de ella, posicionándose entre sus piernas abiertas.

—¿Cuál? —preguntó ella, su voz temblorosa, y gimió cuando notó su erección rozando su sexo, acariciando su clítoris con cada movimiento.

—La tuya mirándome como si quisieras comerme —respondió, mirándola a los ojos con una intensidad que la hizo temblar.

Prue resopló. Jackson sonrió y comenzó a moverse lentamente, frotando su erección contra su sexo con una fricción deliciosa que la hacía gemir de placer.

—Eres un maldito creído, ¿lo sabías? —dijo Prue, pero no le salió bien, porque volvió a gemir cuando él giró sus caderas, rozándose con ella otra vez.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo que me guste que me mires así? —preguntó él, con una sonrisa traviesa en los labios— Si te consuela, no creo que yo te mire muy diferente.

Prue resopló, tratando de mantener su compostura aunque su cuerpo la traicionaba con cada roce.

—¿Con ganas de ahorcarme? —preguntó, recordando la verdadera relación que existía entre ellos, llena de conflictos y tensiones no resueltas.

Él se quedó quieto un momento, su expresión cambiando, evaluando sus palabras.

—No me va el BDSM, pero haremos lo que quieras —bromeó, tratando de aligerar la tensión.

Ella puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar reírse suavemente. La risa de Jackson resonó en la habitación.

La besó de nuevo, esta vez cogiendo su mentón para que lo mirase directamente a los ojos.

—¿Todavía no te he demostrado que no te odio? —preguntó él, mirándola con una seriedad que hizo que el corazón de Prue se detuviera por un instante.

Para demostrárselo, volvió a besarla, un beso largo y sediento que dejó a Prue sin aliento. Ella gimió contra sus labios, y él le dio un pequeño mordisco, provocando un escalofrío de placer.

—Te necesito, nena —la urgencia en su voz era palpable, una necesidad primitiva.

Como respuesta, Prue dobló las piernas y las abrió más, ofreciéndose a él completamente. Jackson colocó sus manos sobre el colchón, a cada lado de la cabeza de ella.

La erección de Jackson se colocó en la entrada de su vagina, la punta rozando su centro húmedo y caliente. Prue sostuvo su mirada.

Entonces, él la penetró con fuerza, llenándola completamente.

El gemido que escapó de los labios de Prue fue un grito de placer absoluto, su cuerpo arqueándose bajo él.

—Joder, Ryan... —gimió Prue, su voz entrecortada.

Jackson se quedó completamente quieto por un momento, su mandíbula apretada, sus ojos cerrados, su cuerpo tenso. Las sensaciones que estaban experimentando estaban a punto de hacerle perder el control y sabía que no podía permitir que eso sucediera tan pronto.

—Dios, Prue... —gimió él, su voz cargada de una mezcla de necesidad y deseo— ¿Qué me haces?

Cuando pudo, se movió un poco, saliendo lentamente de su interior solo para volver a entrar de nuevo. Ambos jadearon al sentir la intensidad del contacto otra vez.

Prue colocó sus manos sobre la espalda de él, acariciando su piel en cada movimiento, sus dedos trazando caminos de fuego por su columna vertebral.

Jackson volvió a salir y a entrar, y un grito de placer escapó de la garganta de ambos.

Lo hizo así varias veces, cada vez con movimientos lentos y pausados, prolongando el placer y aumentando la anticipación.

El único sonido que rompía el ambiente era el de sus jadeos, gemidos y gritos de placer con cada embestida.

Las embestidas aumentaron poco a poco en intensidad. Prue dejó de acariciar su espalda y puso las manos alrededor del cuello de él, pidiéndole silenciosamente que la besara.

Jackson lo hizo, ávidamente, sus labios capturando los de ella en un beso hambriento mientras su cuerpo se vencía al de ella, dejándose caer con todo su peso.

Agarró el trasero de Prue con fuerza, sus dedos clavándose en su piel, y comenzó a moverse con más fuerza, con más rapidez, sin soltar en ningún momento sus labios. Las embestidas aumentaron de ritmo, sus cuerpos moviéndose al unísono en una danza frenética de deseo.

—Estoy a punto —jadeó ella.

—Córrete conmigo —le ordenó él, su voz ronca y llena de urgencia.

Jackson la penetró una vez, con fuerza, haciendo que ambos gimieran. Luego otra vez, más profundo, arrancando un grito de placer de los labios de Prue.

—¡Ryan! —exclamó ella, su voz llena de éxtasis.

Una tercera vez...

Hasta que finalmente, Prue estalló en un clímax devastador, su cuerpo convulsionando bajo el de Jackson mientras el placer la arrastraba. Jackson la siguió inmediatamente después, su propio orgasmo sacudiéndolo por completo.

Ambos estaban sudando, sus cuerpos pegajosos y resplandecientes bajo la tenue luz de la habitación. Sus respiraciones eran pesadas, erráticas, y la frente de Jackson se apoyó en la de Prue mientras intentaba llenar sus pulmones de aire.

Se quedaron así por un momento.

Jackson le dio un beso en la frente, un gesto suave y lleno de ternura antes de salir lentamente

de su interior, temiendo hacerle daño con su peso.

Pero no la dejó sola.

La cogió y la abrazó, llevándosela con él, envolviéndola entre sus brazos.

om

Capítulo 16

“Manejando el estrés: Tú me causas, yo te soluciono.”

Prue abrió lentamente los ojos, parpadeando para acostumbrarse a la luz de la mesita de noche, la cual parecía más brillante de lo normal.

Poco a poco, todos los recuerdos de la noche anterior comenzaron a volver a su mente con la fuerza de un huracán.

Se puso roja como un tomate al recordar lo explícitos que eran esos recuerdos.

Al darse cuenta de que estaba sola en la habitación, se giró boca abajo en la cama, tratando desesperadamente de no destaparse en el proceso. Apretó su cara contra la almohada, como si intentara esconderse del mundo y al mismo tiempo apagar los sonidos de sus propios gritos ahogados.

La almohada, pobre cómplice, apenas lograba amortiguar los sonidos que ella hacía, pero Prue no podía evitarlo; necesitaba liberar esa mezcla de emoción y vergüenza sin que nadie la escuchara.

Y hablando de nadie...

Justo cuando pensaba en la posibilidad de estar sola, un ruido inconfundible llegó desde la cocina. El sonido era tan inesperado que Prue se sentó de golpe en la cama, con el corazón latiéndole a mil por hora.

Primero miró hacia la ventana, notando que el cielo aún estaba oscuro y que la noche seguía envolviendo la ciudad. Después, escaneó la habitación con la mirada, buscando algún indicio de lo que podía estar pasando.

Con un movimiento rápido, salió de la cama y corrió hasta el ropero. Abrió la puerta de un tirón y sacó una camiseta al azar, la cual se puso apresuradamente para cubrir su cuerpo desnudo.

Con una mezcla de curiosidad y cautela, abrió la puerta del dormitorio, que estaba entreabierta, y comenzó a caminar lentamente hacia la cocina, sus pies descalzos haciendo poco ruido contra el suelo frío.

Allí, en medio de la cocina, estaba Jackson.

La visión de él hizo que Prue soltara un suspiro, uno tan fuerte que Jackson no pudo evitar escucharlo y se giró para mirarla. El corazón de Prue se encogió al ver la sonrisa radiante que Jackson le regaló.

—Prue...

Ella estaba de pie frente a él, quien tenía solo los vaqueros puestos, pero con el botón desabrochado, como si los hubiera dejado a medio camino en su apresurada búsqueda de algo para cubrirse.

Prue siguió mirando a Jackson, y, para su creciente horror, notó que él no llevaba ropa interior.

Solo estaba allí, a medio vestir, como si fuera lo más natural del mundo.

Prue negó con la cabeza instintivamente, sin saber exactamente a qué le decía que no, qué era lo que rechazaba con tanto fervor o qué quería desesperadamente borrar de su mente en ese instante.

Era como si su cerebro tratara de reiniciarse y fallara en el intento.

Jackson, sin embargo, sí lo sabía. La conocía bastante bien, mucho mejor de lo que ella a veces se daba cuenta.

Y, desde luego, no iba a permitir que ella se escondiera detrás de sus dudas y negaciones.

Sin previo aviso, se acercó a ella con decisión y, en un movimiento rápido, la tomó por la cintura con una mano, mientras con la otra la sujetaba por la nuca. Luego, sin darle tiempo a reaccionar, le arreó un beso tan apasionado que a Prue casi se le aflojan las piernas y se desploma allí mismo, desmayada de la impresión.

—¿Qué haces? —logró preguntar ella, un tanto aturdida, cuando el beso terminó y pudo recuperar el aliento.

—Besarte —respondió él con un tono que sugería que la respuesta era obvia, como si estuviera explicando algo muy sencillo a un niño—. Si apareces así, tan sexy, con ese pelo revuelto de cualquier manera y esa cara de recién follada... Es normal que lo único en lo que pueda pensar sea en follarte de nuevo.

Prue se puso roja, sentía que su cara era un faro de vergüenza ardiente.

Jackson, divertido, rio suavemente, le dio un beso en la frente y volvió a concentrarse en su anterior tarea: luchar con la cafetera, que parecía haber decidido declararle la guerra.

—¿Qué...? —Prue carraspeó, intentando encontrar su voz— ¿Qué haces con la cafetera? —terminó de preguntar finalmente, aunque no era exactamente la pregunta que tenía en mente al principio.

Pero, después de la respuesta anterior de Jackson, no se atrevía a indagar más en el asunto.

—¿Es una especie de terapia o algo así? —preguntó él.

—¿Eh?

—La cafetera —explicó Jackson, como si acabara de recordar que estaba lidiando con un electrodoméstico rebelde— ¿O es una tortura diseñada para que nadie se quede a tomar café?

Prue puso los ojos en blanco al verlo tan frustrado y decidió intervenir. Se acercó a él, abrió la cafetera con un movimiento seguro, colocó bien la cápsula y la cerró con un firme clic. Entonces, presionó el botón y la máquina comenzó a funcionar de inmediato, como por arte de magia.

—¡Tachán! —dijo ella con ironía, haciendo una pequeña reverencia teatral.

Jackson soltó una carcajada, y luego se apoyó en la encimera, atrayendo a Prue hacia él con un movimiento decidido. La colocó entre sus piernas, sus manos ya posándose con firmeza sobre el trasero desnudo de ella.

Sin darle tiempo a reaccionar, él agarró el borde de la camiseta que ella llevaba y se la quitó por la cabeza en un solo movimiento fluido.

Prue soltó un grito ahogado al encontrarse de repente completamente desnuda.

En un intento desesperado por recuperar la camiseta que había caído al suelo, se inclinó hacia adelante, pero Jackson no la dejó. La atrajo de nuevo hacia él, envolviéndola en un abrazo firme y acercándola más a su cuerpo. El contacto hizo que ella sintiera la erección que él ya tenía en su bajo vientre, aumentando su vergüenza y, para su sorpresa, su excitación.

—La culpa es tuya, no me mires así —bufó Jackson, observando la expresión de sorpresa en el rostro de Prue.

—Jackson, déjame... —susurró ella, aunque su voz carecía de la firmeza que pretendía.

—No —respondió él con firmeza.

La tomó por el mentón y le plantó otro beso, uno tan profundo y apasionado que hizo que ella dejara de pensar.

Cuando finalmente se separaron, él sonrió, satisfecho, al ver los ojos turbados de ella.

—No seas idiota —murmuró Prue, tratando de recuperar la compostura.

—Eso no puedo prometértelo —replicó Jackson con una sonrisa traviesa.

Una de sus manos rodeó su cintura mientras la otra apretaba con fuerza una de sus nalgas, arrancándole un gemido involuntario.

—Ya he visto todo lo que tenía que ver —añadió él—. Y me encanta lo que veo. ¿Por qué taparlo?

—Eres un descarado —dijo ella, sin encontrar otra palabra que describiera mejor la actitud de Jackson en ese momento.

Jackson sonrió todavía más, moviendo su mano de manera experta, acariciando todo el trasero de Prue y deslizándose hacia su entrepierna.

La sensación de sus dedos recorriendo su piel desnuda la hizo estremecerse.

—Y eso te pone —dijo él con tono satisfecho, al notar lo empapada que estaba.

—¡Serás...! —jadeó ella, sin poder terminar la frase debido a la intensidad de las sensaciones que la recorrían.

Prue no podía creer la audacia de Jackson. Aquí estaba él, medio desnudo en su cocina, actuando como si fuera la cosa más normal del mundo.

Pero más sorprendente aún era cómo su propio cuerpo respondía a él, traicionando cualquier

intento de mantener la compostura.

Jackson, por su parte, parecía disfrutar cada momento.

Su sonrisa era una mezcla de picardía y adoración, como si cada reacción de Prue fuera un premio que él esperaba con ansias. La manera en que la miraba, con esa intensidad y ese deseo sin disimulo, la hacía temblar.

Jackson levantó lentamente la mano con la que la había tocado, llevándola hasta su boca y, sin apartar los ojos de los de ella, lamió sus propios dedos con una deliberada sensualidad.

Prue abrió los ojos de par en par al verlo hacer eso, una mezcla de sorpresa y excitación cruzando su rostro. Sin poder evitarlo, se mordió el labio, sintiendo cómo su cuerpo respondía de inmediato a aquel gesto.

Jackson la besó con una pasión desbordante, un gruñido gutural escapando de su garganta mientras sus labios se devoraban mutuamente.

El beso era voraz, lleno de una urgencia que hacía que Prue sintiera que el suelo se desvanecía bajo sus pies.

—No tienes idea de cómo me pones —murmuró él contra sus labios, apenas separándose lo suficiente para hablar, antes de continuar devorándola a besos.

Cuando el beso finalmente terminó, Prue se sintió completamente desorientada, como si acabara de despertar de un sueño.

Intentó recobrar la compostura, pero sus pensamientos eran un caos.

—Esto, yo... —carraspeó, buscando algo coherente que decir. Entonces escuchó las gotitas... — ¡El café! —exclamó de repente, recordando la cafetera.

Para su horror, el café ya estaba derramándose sobre el suelo, formando un charco oscuro y humeante.

—Joder. ¿La cafetera no se apaga sola? —preguntó Jackson, mirando el desastre con incredulidad.

Prue se deshizo de su abrazo con rapidez, apagó la cafetera y suspiró.

—No, esa es demasiado cara para mí —dijo, recogiendo su camiseta y poniéndosela de nuevo, mientras buscaba una bayeta para limpiar el estropicio.

—No me jodas, Prue —bufó él, viendo su intento de limpieza apresurada.

Le quitó la bayeta de las manos con un gesto decidido y comenzó a limpiar el desastre él mismo.

—Bueno, es cierto —admitió ella con un tono irónico—. Aunque claro, ¿qué va a saber la eminencia psiquiátrica de la ciudad sobre cafeteras? —bufó— A ver si ahora que eres el jefe y conoces las precariedades de tus empleados, consigues que nos suban el sueldo.

Jackson la miró por un momento, resoplando ante su comentario.

—Cuando te ciñas al horario para cada paciente, me lo pensaré —respondió con una sonrisa burlona, sin dejar de limpiar el charco de café.

Prue soltó un grito ahogado, sus mejillas volviéndose aún más rojas.

—¿Se puede ser más capullo? —gruñó Prue, su voz cargada de frustración— Tenías que devolvérmela, ¿no? —dijo, furiosa, mientras se dirigía a coger la taza llena de café hirviendo.

En su prisa y enfado, no calculó bien y el líquido se derramó sobre su mano, quemándola.

—¡Ay!

—¡Joder, Prue! —gruñó Jackson, soltando la bayeta inútil y lanzándola a un lado.

Rápidamente, la cogió por la cintura y la alejó del desastre antes de que pudiera hacerse más daño. Abrió el grifo del agua fría y metió la mano de ella debajo del chorro.

Prue intentó retirar la mano, pero él no se lo permitió.

—Está bien, ya está bien —protestó ella, tratando de recuperar el control de su extremidad.

—¿La Sailor Moon verde, Prue? —gruñó él, claramente irritado.

—¿Eh? —ella lo miró, confundida.

—Si ya decía yo que tenías que ser la Sailor principal. A patosa no hay quien te gane, ¿no? —añadió con un tono de burla.

—¡Pero bueno! —ella se zafó del agarre de su mano y le dio un manotazo en el brazo— ¡Pero serás idiota! ¿Me vas a insultar en mi propia casa? —dijo, ofendidísima, con una mezcla de incredulidad y enfado.

Jackson la miró, entrecerrando los ojos como si evaluara la situación. Con un movimiento rápido, cogió la mano de ella de nuevo.

Prue tiró intentando evitarlo, pero él tenía más fuerza y la sujetó firmemente. Entonces, se llevó la mano de ella a su boca y se metió el dedo quemado en la boca, chupándolo suavemente.

—¿Qué haces? —jadeó ella, sorprendida por el gesto.

—Evitar que te salga una burbuja —respondió él tranquilamente, como si fuera la cosa más lógica del mundo.

—Ah...

—Sí, ah. ¿Te duele mucho? —preguntó, observando el dedo con detenimiento.

Ella negó con la cabeza, aunque la atención de Jackson estaba comenzando a afectarla más de lo que quería admitir.

—No fue nada. ¿No crees que estás exagerando un poco? —dijo, tratando de sonar despreocupada.

Jackson la miró con una mezcla de seriedad y diversión.

Lo pensó detenidamente antes de responder, sus ojos clavados en los de ella, como si buscara la mejor manera de expresar lo que sentía.

—Puede que sí, solo que no quiero que te hagas daño —dijo con una sinceridad que sorprendió a Prue.

Prue pestañeó varias veces, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—Hasta hace dos días me deseabas lo peor —le recordó ella, sin poder evitarlo.

Jackson puso los ojos en blanco y soltó un suspiro exasperado.

—¿No puedes, simplemente, aceptar lo que digo y dejar de comportarte como la víbora que eres? —respondió con un tono que mezclaba frustración y diversión.

Prue soltó otro grito, pero esta vez no era ahogado; era un grito de pura indignación.

—¡Pero serás...! —comenzó a decir, sus palabras interrumpidas bruscamente.

Jackson no le dio tiempo a terminar.

Tiró de ella con firmeza, pegándola a él. Durante un breve instante, se miraron a los ojos, la tensión palpable entre ellos.

Luego, él puso la mano en su cuello, y la besó profundamente.

Ahí terminó toda resistencia por parte de Prue, quien finalmente se rindió y suspiró sobre los labios de Jackson. El beso era una mezcla de pasión y desafío, y ella no pudo evitar derretirse un poco más.

—Lo de la lengua de víbora es un piropo —murmuró Jackson con una sonrisa traviesa—. No sabes las ganas que tengo de sentirla sobre mi polla.

La risa de Jackson se transformó rápidamente en un gemido de casi dolor cuando Prue, horrorizada por su comentario, estuvo a punto de darle un rodillazo en sus partes nobles.

Por suerte para él, logró esquivar el golpe en el último segundo, pero la cercanía del impacto fue suficiente para hacerle reconsiderar sus palabras.

—¡Será posible! —exclamó Prue, sus mejillas rojas de furia y vergüenza.

—Vale, vale, lo siento —dijo Jackson, levantando las manos en un gesto de rendición, aunque su sonrisa seguía siendo traviesa—. No sabía que mi sentido del humor iba a ponerte tan... Agresiva.

—¿Agresiva? —repitió Prue, su voz subiendo una octava— ¡Te tengo a un pelo de hacerte caminar raro por una semana y tú lo llamas humor!

Jackson no pudo evitar reírse, consciente de que otro comentario inapropiado podría costarle caro.

—De acuerdo, me lo merecía —admitió, todavía sonriendo—. Pero te has equivocado en algo.

Ella lo miró con cautela.

—¿En qué?

—En que serás tú a quien le costará andar.

Y pasó a demostrárselo.

om

Capítulo 17

“Tranquilo, colega. ¿Quieres desmontar mi vida otra vez?”

—Está amaneciendo —dijo Prue mientras miraba por la ventana, observando cómo el sol comenzaba a asomarse en el horizonte, tiñendo el cielo con tonos anaranjados y rosados.

Los dedos de Jackson, que acariciaban suavemente la cara de ella, se detuvieron por un instante, como si el comentario de Prue lo hubiera sacado de sus pensamientos.

—Bien —dijo él, simple y llanamente, su voz baja y calmada.

Se acomodó mejor, sentándose de manera más cómoda y ajustando a Prue entre sus piernas. Ella estaba sentada entre las piernas de él, dándole la espalda, su cuerpo pegado al pecho de Jackson.

Con una mano, él le acariciaba la cara con ternura, mientras con la otra le hacía suaves caricias en la barriga, trazando círculos perezosos sobre su piel.

—¿No podías dormir? —preguntó ella, su voz apenas un susurro en la quietud del amanecer.

—No —respondió él con sinceridad—. Quería follarte otra vez, pero estabas tan profundamente dormida que me dio pena despertarte. Así que preferí levantarme y hacer café.

Prue giró la cabeza y un poco su cuerpo para poder mirarlo a la cara. Vio la sonrisa torcida en sus labios y no pudo evitar resoplar.

—Mentiroso —dijo ella, mirándolo con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¡No miento! —rio él, su voz llena de una calidez juguetona.

—Lo haces. Esa sonrisa te delata —dijo ella, volviendo a colocarse como estaba antes, disfrutando de la sensación de estar envuelta en sus brazos.

—¿Qué sonrisa? —preguntó él con curiosidad genuina, como si realmente no supiera a qué se refería.

—La de sinvergüenza —dijo ella, sintiendo que una sonrisa se dibujaba en sus propios labios.

Jackson rio con una carcajada profunda y la hizo cambiar de postura de nuevo, girándola hasta que quedó frente a él.

A Prue no le hizo mucha gracia el movimiento, teniendo en cuenta que no llevaba ropa interior y que la dejaba con las piernas completamente abiertas. Si agachaba la cabeza, seguro que...

Ella lo hizo para comprobarlo, pero al inclinarse hacia adelante, se dio cuenta de que estaban demasiado cerca, y no vería nada más allá de sus propias piernas.

Jackson soltó una carcajada al entender lo que ella estaba haciendo.

Esa mujer era un libro abierto para él, cada gesto, cada expresión, le decían más de lo que ella

misma se daba cuenta.

La conocía más de lo que él mismo se había imaginado y, por un momento, se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de cuánto la entendía.

—¿Qué sonrisa? —preguntó, volviendo al tema, porque sabía que si seguían por esos derroteros, acabaría follándola de nuevo, y aunque la idea le encantaba, sabía que necesitaban un respiro.

—Esa no —dijo ella rápidamente, interrumpiendo sus pensamientos—. Esa es la de “quiero follarte.” Creo...

«Tampoco la conozco mucho.»

—Hmmm... —ronroneó él, acercando su boca al oído de Prue— Me gusta escucharte decir eso.

—¡Serás...! —le dio un manotazo en el hombro, haciéndolo reír.

—¿Qué sonrisa? Dime, quiero saberlo —insistió él, su curiosidad más fuerte que su deseo en ese momento.

—Pues no sé cómo explicarlo —dijo Prue, frunciendo el ceño mientras buscaba las palabras adecuadas—. Tienes una sonrisa particular cuando mientes. No siempre, pero muchas veces sí. Al menos cuando les mientes a los demás, consigo verla.

—¿Y contigo no? —preguntó él, alzando una ceja, intrigado.

—No —se encogió de hombros—. Nunca me has mostrado esa sonrisa. Supongo que nunca me has mentado.

Jackson la miró, sintiendo una punzada de culpa mezclada con admiración.

Era un gilipollas, sí, y muy buen actor además, al parecer...

—También tienes una sonrisa especial cuando vas a plantarle a alguien un golpe en la yugular —añadió Prue, con un tono casi casual.

—¿Perdón? —rio él, sorprendido por la observación.

—Sí, te lo juro. Como cuando le hiciste eso a mi ex en el hospital. Vi tu sonrisa y supe que ibas a ir a por él —dijo ella, recordando el incidente.

Jackson bufó.

—Ese tío es un gilipollas —dijo Jackson, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Eso no te lo voy a negar —confirmó ella, asintiendo con una sonrisa de complicidad.

—También tienes una sonrisa especial para las familias —dijo ella, sorprendiéndolo con su observación.

—¿Ah, sí? —respondió él, alzando una ceja con curiosidad.

—Sí. A mi madre y a mis hermanas también les sonríes así, no solo a tu familia. Pero, sobre todo, sonreías así a mi abuela —dijo Prue, con un tono más suave y nostálgico.

Jackson entrelazó sus dedos con los de ella, sintiendo la calidez de su piel.

—La echas mucho de menos —dijo él, sin formularlo como una pregunta, sino como una afirmación que sabía cierta.

Prue asintió con la cabeza, su mirada perdiéndose por un momento en algún punto del pasado.

—Cada día, no hay un día que no piense en ella —admitió, su voz temblando ligeramente.

Jackson le dio un apretón reconfortante en la mano, su gesto lleno de apoyo silencioso.

—¿Le sigues contando todo a diario? —preguntó él, su tono curioso, pero respetuoso.

Ella frunció el ceño, sorprendida.

—¿Cómo sabes eso? —dijo, incrédula— Ni siquiera Heily lo sabe.

Pero sí, todas las noches, miraba una foto en la que estaba con su abuela y le contaba cómo había ido su día.

—Te escuché ese día, cuando la enterraron —dijo suavemente.

—No puede ser, yo... —ella comenzó a decir, pero se detuvo, recordando— Pensé que no habías ido, no te vi y cuando te lo he echado en cara, no lo has negado.

Ese día, Prue había huido, llorando, buscando un lugar lejos de todos, lejos del funeral y de todo el mundo.

Jackson resopló, recordándolo también.

—No iba a dejarte sola —dijo, su voz firme.

Ya en ese entonces no la soportaba, nunca la había soportado.

Pero siempre estaba pendiente de ti porque, bueno...

¡Qué equivocado estaba!

Prue lo miró, esperando que continuara.

—No sé, no tenías un hermano mayor y yo... —se encogió de hombros, algo avergonzado— Lo siento —dijo entonces, con sinceridad—. No debería haber escuchado esa conversación.

Prue negó con la cabeza, su expresión suavizándose.

—No pasa nada—dijo, su voz apenas un susurro.

—¿Por qué conoces todas mis sonrisas? —preguntó entonces Jackson.

Prue pensó en ello antes de responder, su mirada perdida en algún punto del pasado.

—No lo sé —respondió finalmente, su voz reflejando una mezcla de reflexión y sinceridad—.

Supongo que porque nunca me dirigías una a mí. Recuerdo que una vez me lo pregunté, ¿por qué a mí no? —se encogió de hombros, sonriendo avergonzadamente al encontrarse con la mirada fija y seria de Jackson, tratando de restar importancia a lo que había sido una verdadera incógnita para ella—. Y entonces, comencé a observarte. Al fin y al cabo, ese es mi trabajo, ¿no? Observar a la gente, entender sus comportamientos, sus pequeños gestos...

La seriedad de Jackson en su expresión contrastaba con la ligereza del momento anterior.

Había algo en las palabras de Prue que lo había tocado profundamente.

—¿Nunca te sonreí? —preguntó, más para sí mismo que para ella, su mente retrocediendo a los días en que su relación no era más que una serie de interacciones tensas.

Toda su vida, vaya.

—No como lo hacías con los demás —explicó Prue, recordando cómo Jackson parecía distante y reservado, especialmente con ella—. Era como si siempre hubiera una barrera entre nosotros, una que no podíamos cruzar. Pero entonces, comencé a observarte, a intentar entender por qué eras diferente conmigo. Y en ese proceso, me di cuenta de que tenías muchas sonrisas diferentes, cada una para una ocasión específica, para una persona específica.

La idea de que alguien pudiera conocerlo tan bien, casi mejor que él mismo, lo dejaba algo desconcertado.

—¿Y qué descubriste? —preguntó él, genuinamente interesado en su respuesta, queriendo saber más sobre cómo ella lo percibía.

—Descubrí que tienes una sonrisa para cada situación —dijo Prue, sonriendo suavemente mientras enumeraba—. Además de las que te dije, tienes también una sonrisa para cuando estás satisfecho con el trabajo bien hecho, otra cuando estás orgulloso de alguien, una más cuando estás pensando en algo divertido, pero no quieres compartirlo, y, claro, la sonrisa de sinvergüenza que usas cuando estás planeando algo travieso.

—Pero ninguna para ti —suspiró, sintiéndose un imbécil—. ¿Por qué? —preguntó más para él mismo que para que ella le respondiera.

—Porque no era parte de tu mundo —dijo Prue, sin rastro de amargura en su voz.

¡Qué equivocada estaba!

La abrazó con fuerza, sintiendo un nudo en la garganta.

Ambos se quedaron en silencio por un buen rato, la habitación llena de una calma inesperada. La luz del amanecer se filtraba por las cortinas, bañándolos en un resplandor dorado y suave.

Jackson se recostó un poco más, acomodando mejor a Prue entre sus brazos.

—Por eso es más extraño todo esto —dijo ella, girando la cabeza para mirarlo y arrugando la nariz con una expresión divertida y desconcertada—. ¿Estamos haciendo la cucharita?

Jackson soltó una carcajada al ver la cara que ella ponía, una mezcla de incredulidad y ternura que le resultaba irresistiblemente encantadora.

—Supongo que sí —dijo él.

—Es extraño, Jackson, reconócelo —insistió ella, su voz llena de una mezcla de humor y seriedad.

Claro que lo era.

Jamás se habría imaginado que podría estar así con ella, compartiendo un momento de intimidad y vulnerabilidad, y sentirse tan libre. Tan bien.

Tan él mismo.

—Me gustas más cuando me llamas Ryan —ronroneó él, recordando cómo solo en los momentos más intensos y cargados de deseo, ella lo llamaba por su nombre de pila, un toque personal que lo desarmaba.

—¿Quieres ser serio? —resopló ella al ver sus intenciones juguetonas, sacudiendo la cabeza.

Señor, ¿es que ese hombre nunca tenía suficiente?

—Está bien —rio él, levantando las manos en un gesto de rendición fingida—. ¿Prefieres que nos lancemos cuchillos en lugar de besos?

—Bueno... Supongo que es lo que conocemos —admitió ella, suspirando y mirando hacia el techo, sus pensamientos claramente en conflicto—. Eso es lo que somos. O es la dinámica de nuestra relación. No creo que eso cambie por una noche. Quizás, incluso, podría empeorar las cosas.

La sonrisa en la cara de él desapareció de golpe. Y se quedaron en silencio, cada uno con sus pensamientos.

—Prue... —Jackson rompió el silencio un momento después, cuando los ojos de Prue habían comenzado a cerrarse por la comodidad y el calor que sentía en sus brazos.

—Hmmm... —murmuró ella, medio dormida y sin abrir completamente los ojos.

—No quiero marcharme —dijo él, su voz teñida de una mezcla de seriedad y ternura.

Ella abrió los ojos de golpe, el sueño desapareciendo instantáneamente. Giró la cabeza y lo miró, tratando de entender sus palabras.

—¿Qué? —preguntó, buscando claridad en su rostro.

—No quiero irme cuando salga el sol —repitió él, sus ojos clavados en los de ella, llenos de una sinceridad que la dejó sin aliento.

—Jackson... —comenzó a decir ella, su voz llena de confusión.

—Danos una noche más —casi le rogó, su tono, implorante—. Solo una noche más.

—Yo... —intentó responder Prue, su mente luchando por procesar lo que él estaba diciendo.

—Esto no es suficiente —reconoció él—. Quiero más de ti, nena. Quiero más de nosotros.

om

Capítulo 18

“Análisis de sueños: Tú en los míos, para variar.”

“¿Puedo ir a verte?”

Prue sonrió y contestó: “Sí.”

Cuando Prue abrió la puerta de su casa esa tarde, ni tiempo tuvo a saludarlo cuando Jackson ya se había abalanzado sobre ella, devorándole la boca con un ansia casi primitiva.

El deseo en sus ojos era evidente, y ella apenas pudo procesar lo que estaba ocurriendo antes de que él se moviera con agilidad, empujándola hacia dentro de la casa mientras cerraba la puerta con la pierna de un suave empujón.

Con la cara de Prue atrapada entre sus manos, Jackson siguió caminando, guiándola hacia el interior sin dejar de besarla, sus labios y lengua explorando con una urgencia palpable.

Prue daba pequeños pasos hacia atrás, sus manos aferrándose a los hombros de Jackson mientras la lengua de él arremetía contra la suya en una danza que parecía no tener fin.

—Dios, nena —jadeó él finalmente, separando sus labios solo lo suficiente para respirar y mirarla a los ojos.

Observó alrededor, buscando el lugar perfecto.

Con un movimiento decidido, cogió a Prue en brazos, levantándola en peso con una sola mano mientras ella soltaba una risa divertida y se aferraba con fuerza a su cuello, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura para no perder el equilibrio.

Y ella lo besó.

Porque, ya que la había puesto en ese estado de fervor incontrolable, era justo que él se hiciera responsable, ¿no?

Él lo haría, sin duda alguna.

Con las manos firmemente colocadas en el trasero de ella, cargándola en peso como si fuera una pluma, Jackson caminó hasta la mesa de madera robusta que había en una esquina del salón. Era el lugar perfecto para lo que tenía en mente.

—Hola —sonrió ella, con una mezcla de diversión y provocación, cuando la dejó sobre la mesa y se separó de su boca, escuchando cómo él gemía frustrado ante la breve interrupción.

—Después tendremos tiempo para los saludos —dijo Jackson con una sonrisa traviesa mientras miraba la camisa que ella llevaba puesta, la misma que había llevado todo el día en el trabajo. Luego la miró a ella directamente—. Es nueva, ¿no? —preguntó, con una ceja arqueada, como si ya conociera la respuesta.

—Sí... —respondió Prue, enarcando las cejas.

Estaba sorprendida de que él conociera tan bien su ropa.

—No te ha dado tiempo a tenerle mucho cariño, ¿no? —dijo Jackson, sus ojos brillando con una mezcla de travesura y deseo.

—Bueno, a ver... —comenzó a decir ella, pero no pudo terminar la frase porque, en un movimiento rápido y decidido, Jackson hizo volar todos los botones de la camisa con un tirón, dejando la prenda inservible.

Prue abrió la boca y los ojos de par en par, la sorpresa pintada en su rostro mientras él se deshacía de la prenda y la dejaba caer al suelo.

—¿En serio? —preguntó, medio incrédula y medio divertida por su acción.

—Te conseguiré la misma —prometió Jackson con una sonrisa pícar.

Prue no pudo evitar soltar una carcajada ante su descaro.

—Dios, sabía que no llevabas sujetador —gimió Jackson al ver sus pechos desnudos, sus ojos recorriéndola con deseo.

—¿Quieres que te dé cita? —preguntó Prue, con una sonrisa irónica, mientras él ya estaba desabrochando los botones de su propia camisa con una rapidez que demostraba su urgencia—. Bueno, yo no puedo ser tu psicóloga, no sería ético, pero un colega seguro puede ayudarte. Eres el jefe, después de todo.

Jackson la miró a los ojos, deteniendo por un momento su frenético desabrochado.

—Tengo alguna muda aquí, ¿no? —preguntó, su voz llena de una mezcla de esperanza y expectativa.

Prue pestañeó, un poco sorprendida por la pregunta, pero luego asintió.

—Creo que sí... —respondió, recordando que él había “olvidado” algunas prendas mientras se había ido quedando allí.

—Estupendo —dijo Jackson con una sonrisa traviesa, y sin pensarlo dos veces, hizo lo mismo con su propia camisa, haciéndola volar en pedazos. Terminó de quitársela y la lanzó al suelo también.

Prue no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Jackson, por Dios! —exclamó ella, con una mezcla de incredulidad y risa.

Sin perder un segundo, Jackson la cogió en brazos de nuevo, levantándola en peso. Prue volvió a aferrarse a él, sus brazos rodeando su cuello con fuerza, sus piernas envolviéndose alrededor de su cintura.

—Necesitaba sentir tu piel —dijo él, su voz baja.

Prue, de nuevo, sintió un nudo en la garganta y en el pecho.

Lo abrazó con fuerza, metiendo la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro, disfrutando

del calor y la proximidad de su cuerpo. Se quedaron así un rato, sin decir nada, solo sintiéndose, dejando que el silencio hablara por ellos.

—¿Estás bien? —preguntó ella un momento después, su voz llena de preocupación.

Él volvió a dejarla suavemente sobre la mesa y la miró a los ojos. Levantó la mano y la puso sobre su cuello, su pulgar rozando el lugar donde el pulso de Prue se sentía fuerte y constante.

—Ahora sí —dijo con seriedad—. No veía la hora de verte.

—Me viste hace un rato... —respondió Prue, su tono intentando ser ligero.

—No es lo mismo —replicó Jackson, con un suspiro—. Allí no puedo tocarte. Es una mierda.

—Exagerado... —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

—La reunión ha sido una mierda —resopló él, claramente frustrado.

—¿Problemas? —preguntó Prue, arqueando una ceja.

—Lo típico del jefe de unidad. ¿Por qué demonios acepté? Ahora no me van a dejar ejercer sin papeleo de por medio —resopló con exasperación.

—Bueno, siempre puedes escaparte a un pueblo perdido de la mano de Dios. O volver a casa —dijo, refiriéndose al pueblo donde vivían las familias de ambos—, que para el caso es lo mismo.

—Solo si vienes conmigo —dijo Jackson con una sonrisa pícaro, como si acabara de hacer la propuesta más normal del mundo.

Prue se quedó callada, pensando que Jackson volvía a hacer de las suyas. Él tenía esa habilidad tan exasperante para decir cosas así con una naturalidad pasmosa, como si fuera lo más normal del mundo y quedarse tan pancho. Y Prue nunca sabía si hablaba en serio o no, lo que la dejaba en un constante estado de confusión.

Un escalofrío fue lo que sacó a Prue de sus pensamientos cuando los curiosos dedos de Jackson acariciaron primero un pezón, luego el otro.

—¿En qué piensas? —preguntó él, con una sonrisa traviesa.

—En nada —dijo ella, deshaciéndose de todo lo que no fuera él y ese momento.

Quería disfrutar de esa sensación sin pensar demasiado en las implicaciones.

—Hmmm... Pensé que te estaba aburriendo. Ya iba a ir a pedir otro TAC —dijo Jackson, su tono lleno de fingida preocupación.

Prue frunció el ceño, sorprendida por el comentario.

—¿Un TAC? ¿Te has hecho uno? —preguntó, tratando de entender si él estaba hablando en serio o simplemente bromeando.

Él asintió con la cabeza, su expresión seria aunque sus ojos brillaban con diversión.

—Pensé que estaba enfermo.

—¿Por qué? —dijo ella, quitándole la mano de sus pechos con un manotazo y tomando su cara entre sus manos, mirándolo con preocupación genuina— ¿Qué te pasa? —preguntó, su voz llena de angustia.

—Me la ponías dura —respondió Jackson, su tono serio aunque con una chispa de humor en sus ojos.

Prue miró al cielo, tratando de contener el exasperado suspiro que siguió.

—¡Serás idiota! —exclamó, golpeando su hombro con la mano y resoplando.

Jackson rio, su risa resonando en el salón.

—Pero es en serio —dijo él, volviendo a intentar tocar sus pechos, pero ella le dio otro manotazo, manteniéndolo a raya.

Jackson resopló, sin perder la sonrisa en su rostro. Con un movimiento rápido, agarró las manos de Prue con una de las suyas, manteniéndolas inmóviles. La otra mano la colocó sobre la nuca de ella, acercándola para un beso profundo y apasionado.

Solo cuando notó que Prue se rendía al deseo, relajándose en sus brazos, se separó de ella ligeramente. Soltó su nuca y volvió a acariciar sus pechos, disfrutando de la sensación de su piel bajo sus dedos.

—Así está mejor —dijo, con una sonrisa de satisfacción.

Prue lo miró, medio divertida y medio exasperada.

—¿Sabes que eso es manipulación erótica? —preguntó ella, mirándolo con una mezcla de diversión y desafío.

—Lo sería si no fueras consciente de ello. Pero lo eres, ¿no? —respondió Jackson con una sonrisa, sin dejar de acariciar sus pechos.

—Eso no es así —dijo ella, riendo, aunque su risa se cortó con un jadeo cuando él pellizcó suavemente su pezón.

—Ah, ¿no? —replicó él, inclinando un poco la cabeza para besarla de nuevo— Si quieres, no lo hago más.

—Soy una experta psicóloga, sé cuidarme, no te preocupes. Tú compórtate como quieras —dijo Prue con una sonrisa, su voz teñida de un desafío juguetón.

Jackson fue quien soltó una carcajada esta vez.

—Pero ya en serio, ¿estás enfermo? ¿O lo estabas? —preguntó Prue, tratando de mantener la conversación en un tono más serio.

—No —respondió él, con una sonrisa torcida—. Pensé que tenía problemas de erección.

Prue enarcó las cejas, sorprendida por su confesión, mientras él continuaba con su sonrisa

torcida.

—Pero te encontré ese día en el baño del hospital y mi entrepierna despertó de inmediato —añadió Jackson, su tono lleno de humor.

La mano con la que sujetaba las dos de ella, la puso sobre la espalda baja de Prue y la movió un poco, haciendo que su trasero saliera ligeramente de la mesa para rozar su entrepierna con la de él, clavándosela.

Prue se agarró rápidamente a sus hombros.

—Ahí pensé que estaba más enfermo todavía —dijo, mientras sus caderas comenzaban a moverse más, rotando con un ritmo lento y provocador.

—¿Me hablas en serio? —preguntó ella entre jadeos y gemidos, sintiendo cómo su cuerpo respondía a cada movimiento de Jackson.

—Hmmm... Supongo que tengo que agradecerte que la devolvieras a la vida —respondió él con una sonrisa maliciosa.

Prue dejó caer la cabeza hacia atrás, dejando que el placer la envolviera, y Jackson aprovechó la oportunidad para inclinarse y lamer sus pechos, deleitándose con cada centímetro de su piel.

—Lo mismo soy un castigo —dijo ella, disfrutando de la sensación de la lengua de Jackson sobre su cuerpo.

—Entonces me quedaré ardiendo en el infierno con gusto —respondió él.

Ahí estaba, otra de esas frases que Jackson soltaba con una naturalidad desconcertante, como si fuera lo más lógico del mundo.

Ignorando las protestas de Jackson, Prue se bajó de la mesa con una elegancia innata. Lo cogió de la mano y lo guio hacia el sofá. Al llegar al sofá, lo dejó de pie frente a ella, de espaldas al mueble.

Mirándolo directamente a los ojos, Prue puso las manos sobre el pecho de Jackson, provocándole un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Sus manos comenzaron a descender lentamente, y él contuvo la respiración cuando llegaron a su vientre, anticipando lo que vendría después.

Con calma y deliberación, Prue desabrochó el botón del pantalón de Jackson y bajó la cremallera. Sus dedos se deslizaron dentro de la cinturilla, y con un movimiento suave, bajó el pantalón hasta los tobillos.

Jackson, deseoso de liberarse de cualquier barrera entre ellos, se sacudió el pantalón, mandándolo lejos con un movimiento de pie.

El calzoncillo siguió el mismo destino, liberando su erección que saltó con ansia, deseosa de entrar en el calor de Prue.

Jackson dejó escapar un suspiro entrecortado, su respiración acelerándose mientras la observaba con una mezcla de anticipación y lujuria.

Prue sonrió, satisfecha con la reacción que había provocado en él. Con un gesto suave, pero firme, empujó los hombros de Jackson, indicándole que se sentara en el sofá.

—Vamos a demostrar que no tienes ningún problema —dijo ella con un tono juguetón, sus ojos brillando con una mezcla de deseo y malicia—. Relájate y disfruta.

Prue se arrodilló lentamente frente a él, su mirada fija e intensa en la de él, mientras sus manos suaves comenzaban a acariciar su erección con movimientos lentos, precisos y deliberados, haciéndolo sisear de placer con cada toque.

—Dios, nena... —gimió Jackson, su voz entrecortada por la mezcla de excitación y deseo que lo consumía por dentro.

Jackson quería cerrar los ojos, dejarse llevar completamente por las emociones abrumadoras, pero no lo haría, no quería perderse ni un solo segundo de la visión de su polla dentro de la boca de Prue.

Verla dentro de ella de cualquier manera era un espectáculo demasiado tentador como para apartar la mirada.

Prue apretó un poco en la base, haciendo que Jackson jadeara profundamente, su respiración convirtiéndose en un suspiro entrecortado.

—Nena... —murmuró, su voz cargada de una necesidad urgente.

Prue se inclinó hacia adelante con gracia, su aliento cálido acariciando su piel sensible. Con un toque delicado y lleno de intención, le dio un pequeño beso en la punta que estaba mojada, llena de líquido preseminal. Luego, sin apartar la mirada de los ojos de Jackson, lo lamió lentamente, su lengua trazando un sendero húmedo y ardiente.

—Joder —Jackson pensó que iba a correrse en ese mismo momento.

La lengua de Prue comenzó a lamerlo con devoción, de arriba abajo, su ritmo aumentando gradualmente hasta que, finalmente, se lo metió en la boca por completo.

Jackson dejó escapar un gemido profundo, sus manos temblorosas se posaron sobre la cabeza de ella, agradeciendo que tuviera el pelo recogido para poder verla mejor, disfrutar del espectáculo de su entrega.

—Dios, nena, sí —murmuró Jackson, sus palabras entrecortadas por el placer que lo envolvía.

Prue sonrió contra su piel, disfrutando de la reacción que provocaba en él. Continuó sin detenerse, sus manos y boca trabajando en perfecta y sincrónica armonía, llevándolo cada vez más cerca del precipicio del éxtasis.

Jackson se tensó aún más, sus manos enredadas con fuerza en el pelo de ella, intentando alargar el momento lo máximo posible, aunque sabía que sería imposible resistirse por mucho más tiempo.

Iba a estallar.

Prue, sintiendo la tensión en el cuerpo de Jackson, aumentó todavía más la intensidad de sus

movimientos. Lo lamió y apretó la base de su polla, cada vez más rápido.

—Prue, yo... —intentó decir Jackson, su voz apenas un susurro ahogado por el placer.

Pero ello se lo metió más adentro, haciéndolo estallar.

Jackson levantó sus caderas del sofá con un movimiento brusco, vaciándose completamente dentro de la boca de Prue.

Su líquido, caliente y denso, llenándola por completo mientras él dejaba escapar un gemido de satisfacción.

Prue continuó con sus movimientos, asegurándose de que Jackson experimentara cada onda de placer hasta la última gota.

Finalmente, Jackson se inclinó hacia adelante, extendiendo sus brazos para cogerla con firmeza. La agarró con suavidad por las axilas, sintiendo el calor de su piel bajo sus dedos, y la levantó con facilidad, haciéndola ponerse de pie solo para luego guiarla a sentarse a horcajadas sobre él.

Ella se acomodó sobre su regazo, sus cuerpos encajando a la perfección, y él tomó su rostro entre sus manos, acariciando sus mejillas con los pulgares antes de atraerla hacia sí para un beso profundo y apasionado.

El sabor de ella era inconfundible, único. En ese momento sabía a él.

Sabía a él, pero también a algo más, algo que no podía definir, pero que le resultaba embriagador.

En ese instante, lo era todo para él.

—¿Ves? —dijo ella, su voz resonando con una satisfacción evidente cuando sus bocas finalmente se separaron, sus respiraciones aún entrelazadas— No tienes ningún problema.

Jackson soltó una sonora y contagiosa carcajada, su pecho vibrando por la risa.

«Tú, cariño. Mi "problema" fuiste, eres y siempre serás tú», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

Si no que volvió a besarla.

om

Capítulo 19

“Diagnósticos en conflicto: Tu teoría vs. mi paciencia.”

Una noche, eso era todo lo que habían acordado en un principio que sería.

Una única noche para entender qué demonios ocurría entre ellos, para saciar esa insoportable tensión que había estado creciendo entre los dos como una maldita enredadera venenosa.

Claro, que lo que podría ocurrir después de esa noche no estaba tan claro.

O quizás sí, ¿quién sabía realmente lo que pasaba por sus mentes en esos momentos de silenciosa expectativa y deseo mal reprimido?

La noche se convirtió en dos. Luego, en tres. Porque, claro: "Es lunes y estoy agotado después de salir del trabajo, ¿puedo ir a verte?"

Y Prue, a pesar de sus primeros intentos de mostrarse firme como una roca, no podía decir que no.

No quería decir que no.

Cada vez que lo veía en la puerta de su apartamento, con esa sonrisa de niño travieso, algo en su interior se derretía.

En el hospital, eran simplemente "jefe" y "empleada", dos profesionales que intentaban mantener las apariencias y no mirarse demasiado. Aunque, a veces, sus cuerpos los traicionaban con miradas fugaces y toques accidentales que decían más de lo que querían admitir.

Porque necesitaban ese contacto, pero hasta el momento, podían mantener las cosas así. Como si la tensión sexual no existiera y todo fuera solo una coincidencia mal sincronizada.

Fuera del hospital ya era otra cosa.

Ninguno le ponía nombre a lo que estaba ocurriendo, ninguno quería hablar demasiado al respecto, quizás por miedo a perder lo que tenían.

Y eso estaba bien. Podía funcionar, incluso parecía perfecto. El no hablar de ello hacía que todo pareciera más fácil de manejar, como si al no decirlo en voz alta, no fuera real.

Pero, al final, las cosas tienen que ser claras.

Y en una relación, sea del tipo que sea, los dos deben remar en la misma dirección. Si no, nada tiene sentido. Y si no hay la suficiente comunicación...

El barco también se hunde.

Y a veces, un simple malentendido puede amenazarlo todo. Y la burbuja en la que uno cree estar, puede estallar.

Así de simple y así de complicado a la vez.

Porque, aunque parecía que podían seguir con su juego sin consecuencias, la realidad es que la vida tiene una manera muy peculiar de reírse en la cara de quienes creen tener todo bajo control.



Sábado por la mañana, Prue ya no podía dormir más.

Evadió los esfuerzos de Jackson por mantenerla a su lado y se levantó de la cama. Se colocó la primera camiseta que encontró y fue hasta la cocina.

Llegó hasta la cafetera, metió la cápsula en el compartimiento y se preparó para encenderla. Sin embargo, antes de darle al botón de encender, sintió un brazo fuerte que la agarró suavemente por la cintura.

—Ryan... —suspiró ella al sentirlo tan cerca, su voz un susurro cargado de deseo y necesidad.

—Vuelve a la cama —ronroneó él.

Ryan la giró entre sus brazos con un movimiento decidido y le devoró la boca rápidamente, sus labios encontrándose con una intensidad que hablaba de la pasión que compartían. Sus lenguas se entrelazaron, invadiendo la boca del otro con una ansia desenfrenada, como si estuvieran hambrientos el uno del otro.

Así era precisamente como se sentían siempre: como si nunca fuese suficiente, como si necesitasen más con cada beso, cada caricia, cada momento compartido.

—Buenos días —jadeó ella cuando él, por fin, soltó su boca, dejándola libre, pero anhelando más.

Ryan tenía el pelo revuelto, la cara de recién despierto y estaba completamente desnudo, su cuerpo irradiando un calor que ella podía sentir incluso sin tocarlo.

Jackson no la saludó verbalmente, no dijo nada. Simplemente, se quedó como estaba, serio, con una mirada intensa en sus ojos.

Volvió a colocar su brazo alrededor de la cintura de ella y, con una fuerza sorprendente, la levantó en peso.

Prue rio, una risa entrecortada por la sorpresa y la emoción, mientras se agarraba a su cuerpo, entrelazando las piernas alrededor de la cintura de él.

Él la cargó con facilidad hasta dejarla sobre la encimera de la cocina, su trasero desnudo

encontrando el frío mármol y provocándole un grito ahogado por la sorpresa.

Jackson, colocado firmemente entre sus piernas abiertas, la miraba a los ojos con una intensidad que la dejó sin aliento.

Levantó una de sus manos y la colocó suavemente en su cuello, tocando el lugar donde su pulso latía con fuerza.

Ella ladeó la cabeza, permitiéndole mejor acceso, y le sonrió, un gesto cargado de complicidad y deseo.

—Buenos días —dijo entonces él, devolviéndole la sonrisa.

Y entonces se abalanzó sobre ella, sus labios encontrando los de Prue con una urgencia renovada que los dejó a ambos temblando.

El beso era profundo, apasionado, cargado de una necesidad que parecía nunca saciarse.

Con la otra mano, comenzó a levantar la camiseta de ella, deslizándola rápidamente por su cabeza y dejándola completamente desnuda ante él. La visión de su piel desnuda hizo que su respiración se volviera más pesada, como si la anticipación fuera un peso físico sobre su pecho.

—¿Por qué te tapas? —resopló— Te quiero desnuda, siempre —y cogió uno de sus pechos con la mano.

Prue soltó una carcajada a la vez que un jadeo.

—¿Y tú siempre con el pirindolo colgando por ahí? —preguntó entre risas, alzando una ceja en un gesto provocador.

—Hmmm... —le rozó el sexo con su erección, provocando un jadeo involuntario de ella— Si estás cerca, no cuelga, nunca.

Y lo sabía bien, porque resultaba ya doloroso cómo le afectaba esa mujer.

Vivía en una eterna erección constante cuando la tenía cerca. Era como si su presencia lo transformara en un adolescente hormonal sin control sobre su cuerpo.

Y cuanto más la tocaba, cuanto más profundamente entraba en ella, en lugar de saciarse como sería lo normal, más de ella necesitaba, más desesperadamente anhelaba su cercanía.

La intensidad de sus encuentros era algo que nunca había experimentado antes. Cada vez que la tenía en sus brazos, cada vez que sentía su piel contra la suya, era como si el mundo se desvaneciera y solo quedara ella. Su cuerpo respondía a ella de una manera casi primitiva, cada toque, cada susurro encendía un fuego que parecía imposible de apagar.

—Eres un caso perdido —dijo Prue.

—Si lo soy, es por tu culpa —respondió él, con una sonrisa perezosa, su mano deslizándose por su piel.

Sin perder un momento, Jackson volvió a devorar su boca, sus labios y lengua explorando cada rincón con una desesperación palpable.

Prue lo agarró por el cuello, entrelazando sus brazos alrededor de él, sus cuerpos pegados tan estrechamente que comenzaban a estar sudorosos.

Sentía cada músculo de Ryan moverse contra ella, cada respiración pesada y entrecortada. Sus manos se deslizaron por su espalda, sintiendo la tensión y la fuerza en su cuerpo mientras él la sostenía firmemente.

Cuando separaron sus bocas, Jackson se movió un poco hacia atrás, agarrando firmemente las caderas de Prue y deslizándolas hacia adelante. Ahora, solo medio trasero de ella quedaba sobre la encimera, el resto de su cuerpo colgando ligeramente en el aire.

Con precisión y deseo, él colocó la punta hinchada y mojada de su erección sobre la abertura de la vagina de ella.

Un escalofrío recorrió a ambos cuando sintieron el primer contacto íntimo del otro, un momento cargado de electricidad y anticipación.

—Ryan... Por favor... —casi rogó ella, su voz, un susurro lleno de deseo, ansiosa por sentirlo completamente en su interior.

Él le puso una mano en el hombro y, con firmeza, la hizo tumbarse completamente sobre la encimera. Prue gritó un poco al sentir el frío del mármol en su piel desnuda, contrastando con el calor de su cuerpo.

Sin decir una palabra, Jackson la agarró por las caderas con ambas manos, ajustando su posición.

Con una estocada rápida y decidida, entró en ella profundamente.

Prue gritó, sintiendo cómo la llenaba por completo, el calor de él invadiéndola.

—Ryan... —susurró ella de nuevo, su voz llena de placer y necesidad.

Jackson tuvo que detenerse un momento, apretando con fuerza sobre la piel de sus caderas mientras luchaba por controlar las sensaciones abrumadoras que lo invadían. Sus dedos se hundieron en su carne, tratando de mantener el control mientras su cuerpo respondía a la intensidad del momento.

Tardó un poco más de lo esperado en recuperar la compostura, porque la intensidad del contacto, piel con piel, sin nada que los separase, era casi demasiado para soportar.

—Dios nena, pero ¿qué me haces?!

Era una conexión que jamás había experimentado de esta manera, tan cruda y visceral.

Cuando finalmente creyó tener el control, salió de ella lentamente y volvió a entrar con fuerza renovada. Prue gritó de nuevo, su cuerpo respondiendo con un espasmo de puro placer.

Ese fue el ritmo que siguió Jackson, lento y tortuoso, entrando y saliendo de ella con una intensidad controlada.

Sus ojos no se apartaban de los de Prue, observando cómo se retorció y gemía sobre la

encimera de la cocina. Cada vez que entraba en ella con fuerza, sus pechos rebotaban, esas preciosas tetas que le encantaba chupar y morder.

El pelo de Prue se extendía sobre la encimera como un abanico, su cabeza echada hacia atrás, completamente presa del placer que la consumía. Cada movimiento de Jackson enviaba olas de éxtasis a través de su cuerpo, haciendo que sus jadeos y gemidos llenaran el lugar.

Jackson miró fijamente el punto donde ambos se unían, completamente absorto en la vista de su miembro hinchado entrando y saliendo de ella. La visión de su polla, empapada y reluciente, deslizándose dentro de Prue lo hacía sentir más conectado a ella que nunca.

Joder, estaban hechos el uno para el otro, de eso no tenía ninguna duda.

Salió de ella por un momento, observando cómo su miembro brillaba con la humedad de su unión, antes de entrar nuevamente con más fuerza. El impacto hizo que Prue temblara, sus piernas se tensaron involuntariamente y su vagina se contrajo con la necesidad de sentirlo completamente dentro.

—Tienes que ver esto —dijo entonces—. Tienes que vernos.

Porque juntos eran jodidamente perfectos.

Jackson comenzó a moverse con más fuerza, con más rapidez.

Sus dedos se clavaban en las caderas de Prue mientras la penetraba con una pasión feroz, su cuerpo moviéndose con una precisión casi brutal.

Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que el orgasmo se acercaba, sus músculos tensándose por la anticipación.

Volvió a bajar la cabeza y miró a Prue, completamente sumida en el placer. Sus ojos se encontraron, y en ese instante, Jackson supo que ambos estaban al borde de la liberación.

—Ryan...

—Córrete —ordenó, su voz, un ronco susurro cargado de deseo y autoridad, justo cuando las primeras señales del orgasmo de ella comenzaron a mostrarse.

Prue obedeció, su cuerpo respondiendo a su orden. Estalló en mil pedazos, su vagina se contrajo fuertemente alrededor de él, queriendo mantenerlo dentro de ella, prolongando el placer. Su orgasmo la hizo gemir y gritar, un sonido de pura euforia.

Jackson gritó también, un grito gutural que surgió desde lo más profundo de su garganta. Sus nalgas se apretaron, su cuerpo entero se tensó, y sujetando con fuerza el cuerpo de Prue, se vació dentro de ella.

Tardó un rato en que la tensión se disipase de su cuerpo, ambos respirando pesadamente mientras la euforia lentamente daba paso a la tranquilidad.

Con cuidado, Jackson ayudó a Prue a levantarse, dejándola sentada sobre la encimera, sus cuerpos todavía resonando con la intensidad del momento que acababan de compartir.

La miró a los ojos, todavía respirando con dificultad, y le dio un beso en la frente, un gesto de ternura inesperada.

—Espera aquí. Voy a llenar la bañera.

—Yo puedo hacerlo —dijo Prue, intentando recuperar la compostura.

—Espera —ordenó Jackson con firmeza, levantando una ceja de manera autoritaria y a la vez juguetona.

Prue soltó un suspiro, pero no pudo evitar sonreír. Jackson salió de la cocina y se dirigió al baño con pasos decididos, sus músculos aún tensos por el esfuerzo reciente.

En ese momento, el móvil de Prue, que había dejado sobre la encimera, comenzó a vibrar con insistencia. Ella lo cogió con cierta curiosidad, y al ver la pantalla, suspiró de nuevo, pero esta vez con una mezcla de resignación y humor.

—¿Se puede saber qué horas son estas de llamar? —preguntó Prue a la persona que estaba al otro lado de la línea.

—¿Te han secuestrado los extraterrestres o algo? —preguntó Heily con una mezcla de preocupación y broma en su voz, añadiendo un toque de dramatismo que Prue reconoció de inmediato.

Y algo más, una respiración entrecortada que Prue también notó.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Te persiguen los extraterrestres a ti o qué? —preguntó Prue, al escuchar que su amiga apenas podía respirar y sonaba como si hubiera estado corriendo una maratón.

—No, he salido a correr —tomó una bocanada de aire—. ¿Te he despertado? —preguntó Heily, jadeante, como si el esfuerzo físico le estuviera costando más de lo que había anticipado.

—No, llevo despierta un rato —respondió Prue, desde que Jackson la despertó hacía un buen rato con su cabeza entre las piernas, pero eso era algo que se quedaría solo para ella y él, obviamente—. Pero vamos, que no son horas de llamar —resopló, intentando sonar más irritada de lo que realmente estaba—. Por cierto, ¿y los cachorros?

—Bien, y la madre también —bocanada de aire—. Ya han adoptado a dos, a ver si conseguimos que adopten a los demás —otra bocanada más, que sonaba como si Heily estuviera a punto de colapsar por falta de aire.

—Me alegro mucho —dijo Prue sinceramente, sonriendo al imaginar a los adorables cachorros en sus nuevos hogares—. Aunque suene a cliché, siempre es bueno escuchar buenas noticias.

—Así que ya sabes, a ver si te animas —sugirió Heily con un tono persuasivo, interrumpido por una bocanada de aire tan ruidosa que Prue pensó que podría necesitar un respirador.

Prue negó rápidamente con la cabeza, aunque Heily no podía verla. Sonrió al ver entrar a Jackson, quien le traía una toalla para que se limpiase mientras.

Jackson, siempre tan considerado y atento, le guiñó un ojo con una sonrisa cómplice.

Prue le dio las gracias con los labios y le dijo en susurros que era su hermana quien estaba al otro lado de la línea. Jackson le guiñó un ojo de nuevo y salió de la cocina, dejándola tranquila con su conversación.

—No puedo tener perro ahora mismo, me paso el día en el hospital —respondió Prue con un suspiro, mirando cómo el trasero de Jackson desaparecía de su campo de visión con una gracia irritante. Añadió, en un tono más bajo y ligeramente irónico—. Además, tendría que encontrar tiempo para respirar, a diferencia de ti.

—Eso y tienes un trauma —dijo Heily, llenando sus pulmones de aire como si estuviera buceando en las profundidades del océano—, que siendo psicóloga, ya podrías haber superado —replicó Heily con una nota de cariño en su voz que a Prue siempre le hacía sonreír, aunque ahora sentía más ganas de reírse de la situación absurda.

—¿Porque me puedo dar terapia yo misma? —preguntó Prue, levantando una ceja y sonriendo un poco ante la idea absurda de tratar sus propios problemas.

—Precisamente por eso —rio Heily, o al menos lo intentó, porque sin poder respirar, casi se muere en el intento—. Eres demasiado lista para engañarte a ti misma, aunque a veces me pregunto si es posible que incluso tú puedas intentarlo.

Prue no pudo evitar reír ante la imagen mental de Heily tratando de mantener una conversación seria mientras jadeaba como un pez fuera del agua.

—Vamos, Heily, admítelo. Lo tuyo no es correr, es más bien... La supervivencia —dijo Prue, su voz teñida de ironía y afecto—. Pero te agradezco que te preocupes por mí, incluso si estás a punto de desmayarte.

—Oh, por favor —jadeó Heily, asfixiada—. Esto es solo... Una pequeña falta de aire. Estoy segura de que... En cualquier momento... Me sentiré mejor.

—¿Antes o después de necesitar un desfibrilador? —preguntó Prue, divertida— Porque en serio, me preocupas un poco. A este ritmo, tendrás que buscar terapia respiratoria antes que yo busque terapia psicológica.

—Muy graciosa —resopló Heily, intentando sonar ofendida pero claramente disfrutando de la broma. Cogió aire porque sentía que le estallaban los pulmones—. Pero en serio, deberías considerar adoptar uno de esos cachorros. Podrían ser una excelente compañía, mejor que... Bueno, ciertas compañías humanas.

Prue se rio, disfrutando del sarcasmo de su amiga.

—Eso no lo dudo.

—Me aseguraré de recordártelo hasta que adoptes un perro. Porque sabes que lo harás —aseguró Heily, intentando respirar.

—Sí, claro, cuando los extraterrestres finalmente decidan secuestrarme y darme unas vacaciones —bromeó Prue—. Pero hasta entonces, creo que sobreviviré con mi caótico estilo de

vida actual. Por cierto, ¿estás segura de que estás bien? —insistió Prue, volviendo su atención a Heily— Porque sueñas como si estuvieras a punto de colapsar.

—¡Estoy bien! —insistió Heily, aunque su voz entrecortada decía lo contrario— Solo estoy... Un poco... Fuera de forma, eso es todo.

—Un poco fuera de forma es un eufemismo —dijo Prue, riendo—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste ejercicio? ¿En la década pasada?

—Muy graciosa, Prue —resopló Heily—. Estoy intentando ser más activa. No es tan fácil como parece, ¿sabes? ¡A ti te quería yo ver aquí! —comenzó a boquear— Joder, que me ahogo.

Prue imaginó, por cómo cambió su respiración, que Heily había parado, finalmente dándose cuenta de que no era una maratonista.

—Señor, y eso que no fumas... —dijo Prue, riendo de la ironía.

—Ya... —dijo Heily, aliviada de haber parado— Nos vemos esta noche entonces, ¿no?

—¿Esta noche? —preguntó Prue con el ceño fruncido, solo entonces recordando el plan.

Heily gruñó, y aunque Prue no podía verla, sabía que estaba poniendo los ojos en blanco.

—Habíamos quedado a cenar, ¿recuerdas? ¡La llevo organizando una semana! No me jodas con que me vas a dejar tirada.

—¿Alguna vez te he dejado tirada? —preguntó Prue, tratando de sonar ofendida, pero con una sonrisa en sus labios— Además, después de tu hazaña deportiva, me sentiría mal no acompañándote. Necesitarás a alguien que te ayude a subir las escaleras del restaurante.

—Muy graciosa —dijo Heily, su voz llena de sarcasmo—. Pero sí, supongo que podré superar el trauma de la carrera si te veo esta noche. Nos vemos a las siete, y no llegues tarde.

—Allí estaré, lista para salvarte si necesitas un respirador —rio Prue—. Y por cierto, si encuentras un desfibrilador por ahí, quizás deberías tenerlo a mano.

—Y yo controlaré que no bebas demasiado. Mañana es la misa, ¿no? —dijo Heily, recordando que cada año, por el fallecimiento de la abuela de Prue, se celebraba una misa en su honor.

—Sí, mañana es la misa —respondió Prue, suspirando levemente al pensar en el evento anual que siempre removía recuerdos y emociones.

—¿A qué hora te irás? —preguntó Heily, sabiendo que esas ceremonias solían ser temprano y queriendo asegurarse de que Prue estuviera lista y descansada para asistir.

—Temprano —respondió Prue—. Tengo que estar allí a las ocho de la mañana, así que planeo levantarme muy temprano para llegar a tiempo. Cinco o seis...

—Uf—dijo Heily, haciendo una mueca—. No sé cómo puedes hacerlo. Yo a esa hora ni siquiera sé cómo me llamo. Claro que tú que siempre te levantas antes de que cante el gallo...

—Me acuesto temprano, ¿qué esperas? —dijo Prue, sonriendo al recordar cómo siempre había sido madrugadora, incluso desde niña.

—¿Temprano? Si hasta tu abuela se acostaba más tarde. Eres una vieja —replicó Heily, con su tono habitual de broma y una risa entrecortada todavía por la carrera.

—Y tú, insoportable —respondió Prue con un tono de falsa indignación, sabiendo que Heily disfrutaba de ese tipo de intercambios.

—Oye, ¿has desayunado? —preguntó Heily de repente, cambiando de tema como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Eh... No —admitió Prue, dándose cuenta de que el desayuno había sido lo último en su mente.

Al menos en lo referente a comida. Que ella se había comido otras cosas... Bastante sabrosas, de hecho.

Y como si la vida se lo quisiera recordar, Jackson apareció en toda su santa desnudez, de nuevo, por la puerta de la cocina.

Hablando de desayunos...

Prue no pudo evitar sonreír, sus pensamientos interrumpidos por la visión de Jackson, quien parecía no tener ninguna prisa en cubrirse. Con una actitud que denotaba una confianza absoluta, apoyó su hombro sobre el marco de la puerta y la miró.

—Me acabo de acordar de la pastelería que hay bajo tu casa. Estoy cerca, compro unos dulces y... —comenzó Heily, siempre dispuesta a aprovechar cualquier excusa para comer algo delicioso.

—¡No! —exclamó Prue, quizás demasiado rápido y definitivamente demasiado enérgica.

—¿Por qué no? —preguntó Heily, para quien no había pasado desapercibido su tono de voz ni la urgencia en su respuesta.

—Porque me voy a acostar otra vez —mintió Prue rápidamente, esperando que Heily lo dejara pasar.

Cerró los ojos, ignorando las cejas enarcadas de Jackson.

—Pues te acuestas después de desayunar, así duermes mejor —insistió Heily, siempre con una lógica inquebrantable y un amor profundo por la comida.

—En realidad se duerme peor con el estómago lleno —argumentó Prue, abriendo los ojos de nuevo, tratando de sonar convincente.

—Créeme, eso no es cierto, lo sé por experiencia —replicó Heily con su habitual tono de saberlo todo, claramente no dispuesta a aceptar un no por respuesta.

—No, en serio, nos vemos esta noche... —dijo Prue, con una mezcla de desesperación y risa en su voz, mirando a Jackson, que la miraba fijamente.

—¿Me estás ocultando algo? —preguntó Heily, su tono se volvió suspicaz, como si olfateara un secreto en el aire.

—¿Qué podría ocultarte? —Prue trató de sonar inocente, aunque su nerviosismo era palpable, se bajó de un salto de la encimera, se agachó para coger la camiseta que estaba en el suelo y se la puso todo lo rápida que pudo, tapándose mientras le daba la espalda a Jackson.

—No lo sé, por eso te lo pregunto —replicó Heily, ahora claramente interesada en descubrir el misterio.

Prue resopló, sabiendo que Heily no la dejaría en paz tan fácilmente.

—Solo quiero dormir —insistió Prue, intentando sonar convincente.

—Hmmm... ¿Sola? —preguntó Heily, su tono era burlón y acusatorio a partes iguales.

Prue soltó una carcajada nerviosa, consciente de lo poco creíble que sonaba.

—Claro que sola, ¿con quién más? —dijo, intentando sonar casual, pero el nerviosismo en su voz era evidente.

Heily parecía no creérselo del todo, estuvo un momento en silencio, como si estuviera sopesando sus opciones. Pero entonces asintió con la cabeza, como si decidiera dejarlo pasar por ahora.

—Está bien —suspiró Heily, claramente todavía dudando, pero decidiendo no presionar más —. Voy para allá —dijo entonces, antes de colgar, con un tono que Prue reconoció como definitivo.

Y Prue gimió. Se dio la vuelta, los ojos abiertos de par en par, la boca casi llegándole al suelo por la sorpresa y el pánico.

—¡Viene Heily! —dijo ella rápidamente, casi tropezándose con sus palabras mientras intentaba procesar la información.

Jackson observó su cara de horror y habría reído de no ser porque el tema no le hacía ninguna gracia en absoluto.

Enarcó las cejas, claramente irritado.

—Bien —dijo entonces, con una calma que ocultaba su creciente molestia.

—¿Bien? ¡¿Cómo que bien?! Nos va a ver y...

—¿Y qué? —preguntó él entonces, con una tranquilidad que solo servía para intensificar la frustración de Prue— ¿Por qué no le has dicho que estás conmigo?

Prue suspiró, tratando de calmarse y pensar con claridad.

—Vamos, Jackson. ¿Quieres que se entere así de lo que sea que haya entre nosotros?

—¿Lo que sea que haya entre nosotros? —repitió él, su tono ahora lleno de incredulidad y un toque de dolor— ¿Y qué demonios hay entre nosotros, Prue? ¿Qué crees que es?

—Jackson...

—No, dímelo, porque yo soy una de las partes involucradas y me gustaría saberlo — interrumpió él, su voz firme y demandante.

Prue suspiró de nuevo, se pasó las manos por la cara, sintiendo la presión de la situación aumentar con cada segundo que pasaba.

—¿Podemos hablar de esto después?

—¿Después cuándo? ¿Esta noche? ¿Mañana cuando vuelvas del pueblo? ¿Cuándo estemos a solas y nadie nos vea y sepa que estamos juntos? —respondió Jackson, su tono sarcástico y lleno de frustración.

—¿Estamos juntos? —preguntó ella, asombrada,

—Oh, joder —gruñó él, frustrado.

—No es eso lo que quiero decir —se apresuró a añadir ella, sabiendo que había metido la pata.

Jackson suspiró, pasándose una mano por el pelo como si intentara arrancarse las dudas junto con algunos cabellos.

—Entonces, ¿qué es esto, Prue? Dime, por favor. ¿Qué hay entre nosotros? —su voz se suavizó un poco, mostrando una mezcla de frustración y anhelo— ¿Solo sexo? ¿Es eso lo que crees que tenemos? Maldita sea, Prue. Te acabo de follar en la encimera sin preservativo, no lo hice jamás con nadie. Todavía tienes que tener mi semen dentro de ti. No he parado de repetirte... —cogió aire, dejando la frase a medias— ¿Qué crees que somos, Prue?

Pero Prue no dijo nada.

Ella solo se quedó allí, mirando a Jackson, con la mente en blanco y el corazón acelerado. Elevó las manos en un gesto de desesperación y las dejó caer, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Él soltó una carcajada irónica, esa que Prue conocía tan bien y que en ese momento sintió como una puñalada.

—Ni siquiera tú sabes qué —dijo con una mezcla de amargura y sarcasmo antes de salir de la cocina rápidamente, dejando a Prue con las palabras atrapadas en su garganta.

Prue miró al techo, pidiendo ayuda divina, aunque sabía que no llegaría en ese momento. Cerró los ojos y respiró hondo. Contó hasta diez, un método que solía funcionar para calmar sus nervios.

No siempre, claro, porque a veces antes de llegar al ocho, ya había soltado alguna hostia metafórica.

Volviendo a lo importante...

Jackson ya estaba en el dormitorio, vistiéndose con movimientos rápidos y precisos. Prue lo encontró abotonándose la camisa, claramente decidido a irse lo antes posible.

—Jackson, por favor —dijo ella, su voz casi una súplica.

—Déjalo, Prue. Hablemos después —respondió él sin siquiera mirarla, su tono era frío y distante.

—Pero, ¿estamos bien? —preguntó ella, con la esperanza de que hubiera una pequeña posibilidad de reconciliación.

Él no respondió, simplemente terminó de vestirse y salió del dormitorio, pasando junto a ella como si fuera invisible.

—Jackson... —volvió a llamarlo, desesperada por obtener alguna señal de que no todo estaba perdido.

—¿Estamos bien en qué, Prue? ¿Siendo qué? —le devolvió certeramente, su voz cargada de reproche y dolor.

Prue sintió una oleada de frustración y tristeza.

—Estás malinterpretando las cosas —dijo, mientras él se ponía los zapatos con movimientos decididos—. Hablaremos cuando estés tranquilo.

—Y cuando estemos solos —respondió él, con un tono sarcástico que dolía más que cualquier grito—. A escondidas del mundo.

Eso lo dijo con la puerta abierta y una sorprendida Heily frente a él. Jackson se quedó mirando a su hermana, y luego se giró para mirar a Prue.

—Lo siento, no fui lo suficientemente rápido —dijo con un sarcasmo evidente en su voz—. Heily... —pasó por el lado de su hermana y se marchó sin más.

Heily miró a su hermano desaparecer de su vista mientras bajaba por las escaleras. Después miró dentro de la casa, donde estaba Prue, y la observó de arriba abajo con una expresión que Prue solo había visto en Jackson.

En ese momento, Prue pensó que era exactamente igual a su hermano. La misma mirada inquisitiva, la misma postura desafiante.

—¿El extraterrestre era mi hermano? —preguntó Heily, arqueando las cejas con una mezcla de sorpresa e incredulidad.



—¿Desde cuándo? —preguntó Heily un momento después, mientras terminaba de preparar los cafés para las dos en la cocina de Prue.

Esta última apareció un poco más vestida, intentando recomponerse del caos reciente.

—Llegaste muy pronto —le reprochó Prue a su amiga, tratando de sonar casual, pero con una clara nota de acusación en su voz.

—Estaba ya en la puerta de la pastelería cuando te lo dije —respondió Heily, dándole una taza de café a Prue y siguiéndola hasta el comedor—. ¿Desde cuándo? —preguntó de nuevo, una vez que ambas tomaron asiento en el sofá, con una mirada inquisitiva que no admitía evasivas.

—Desde hace unos días —dijo Prue, dándole un sorbo al café y luego dejándolo sobre la mesa, sintiendo que su estómago se cerraba más con cada palabra.

—¡La leche! —exclamó Heily, soltando una carcajada— Si me lo tenía que haber imaginado.

—Venga ya —resopló Prue, poniendo los ojos en blanco.

—Te lo juro. Sois el típico cliché de novela romántica de “enemies to lovers” —rio Heily, abriendo la cajita de pasteles y cogiendo uno con entusiasmo—. Siempre odiándoos, pero siempre pendientes el uno del otro. ¡Si es que no podía ser más evidente!

Le ofreció pasteles a Prue, pero esta negó con la cabeza, haciendo un gesto que mostraba su falta de interés por los dulces en ese momento.

Y por cualquier otra cosa.

—Tu hermano solo ha estado pendiente de mí para joderme —dijo Prue, con un tono que mezclaba frustración y resignación.

—Literalmente —rio Heily, soltando una carcajada que hizo eco en la habitación, disfrutando de la ironía de la situación.

Prue puso los ojos en blanco, suspirando profundamente como si estuviera tratando de expulsar la irritación que sentía.

—¿Por qué está enfadado? —quiso saber Heily, mordiendo su pastel con una expresión de curiosidad y diversión.

—Venías y medio lo eché. O así creo que lo ha entendido él. Solo quería... —suspiró Prue, sintiendo el peso de sus palabras— No quería que te enterases así.

—¿Pensabas contármelo? —preguntó Heily, levantando una ceja de manera interrogativa.

—No lo sé —dijo Prue, siendo sincera consigo misma y con su amiga—. ¿Qué te decía? ¿Me estoy acostando con tu hermano? Ni siquiera sé lo que hay entre nosotros.

Heily la miró, masticando pensativamente su pastel antes de responder.

—Bueno, eso habría sido un buen comienzo —dijo, con un tono que mezclaba seriedad y broma—. Podrías haber empezado por ahí y luego ya habríamos visto cómo seguir.

—Sí, claro, muy fácil decirlo ahora —respondió Prue, sarcástica—. Pero en el momento no parecía tan simple. Y ni siquiera sé si él quería...

—Nunca le he conocido una relación a Jackson. Nunca a nadie, la verdad, porque no repite con ninguna —Heily levantó una ceja con ese aire de saberlo todo—. Eso es así, lo sabe todo el mundo. Supongo que con lo dolido que lo vi, no quiere ser un secreto.

—Supongo —dijo Prue, suspirando fuertemente y dejándose caer en el sofá como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros—. Pero es Jackson, Heily.

—Pues muy guapo que es, oye —resopló esta, levantando una ceja con una sonrisa traviesa.

Prue rio, o al menos lo intentó, aunque su risa sonó más como un suspiro de agotamiento.

—No me refiero a eso. Me odia, me ha odiado siempre. Y yo a él.

—Pues al parecer no —bufó Heily, con una expresión divertida—. Yo no me follo a mis enemigos.

—¡Heily! —le riñó Prue, pero no pudo evitar reírse por lo bruta que era su amiga— Eres imposible.

—Pues no me vendas la moto. No odias a quien deseas —replicó Heily, dándole un leve golpe en el hombro—. Tú eres la psicóloga, busca las respuestas. ¿Un odio que enmascaraba un amor secreto? ¡Yo qué sé! Pero es evidente que esa tensión que sentíais no era por lo que pensabais.

—¿Y llevamos años engañándonos? —preguntó ella, con una mezcla de incredulidad y resignación en su voz.

—Bueno, eso lo sabréis vosotros —respondió Heily, levantando una ceja con una expresión que sugería que todo encajaba finalmente para ella—. Para mí, ahora muchas cosas cobran sentido.

—No empieces a ver fantasmas donde no los hay —protestó Prue, exasperada.

—No lo hago y tampoco te las voy a enumerar —mintió Heily, su tono lleno de una ironía que apenas podía contener—. Supongo que la tensión sexual no resuelta es algo muy grave. Menos mal que os habéis dado cuenta.

—Me odia —dijo ella, casi con desesperación.

—El día que tu abuela murió, que desapareciste, tardé en dar con tu escondite. Cuando llegué, él estaba allí, escondido, mirándote —reveló Heily, sus palabras cargadas de una mezcla de sorpresa y revelación.

—Heily... —murmuró ella, sintiendo un torbellino de emociones.

Heily negó con la cabeza, como si la situación fuera tan obvia que no podía creer que no lo hubiera visto antes.

—Hemos compartido líquido amniótico y ni siquiera he sido capaz de darme cuenta de que cuando te miraba cuando tú no lo hacías... Joder, qué gilipollas me siento —dijo Heily,

sacudiendo la cabeza, su frustración palpable.

—Estás exagerando —respondió ella, tratando de minimizar la situación.

—¿Quieres que te diga cosas tuyas? —preguntó Heily, su tono sugiriendo que tenía una larga lista de observaciones listas para ser compartidas.

—No —contestó ella rápidamente, sintiendo que no quería escuchar más revelaciones.

—Bien, pues cállate —dijo Heily, cruzando los brazos con determinación—. No puedo creer que no lo haya visto antes —continuó Heily, rompiendo el silencio con una risa irónica—. Es como si tuvierais un cartel luminoso sobre vuestras cabezas que dijera "tensión sexual no resuelta".

Prue se quedó en silencio, reflexionando sobre las palabras de Heily. Había algo de verdad en lo que decía su amiga. La tensión que siempre había existido entre ella y Jackson no era normal, y tal vez, solo tal vez, había estado equivocada todo ese tiempo.

—Es tu hermano —dijo Prue, su voz llena de preocupación y un poco de temor.

Era un hecho que no podía ignorar, una realidad que complicaba las cosas más de lo que quisiera admitir.

—Lo sé, compartimos líquido amniótico —asintió Heily con la cabeza, su tono completamente serio, aunque sus ojos mostraban un destello de humor.

—No quiero que esto afecte nuestra amistad, no me lo perdonaría —Prue estaba siendo completamente sincera, el miedo a perder a su mejor amiga era algo que la había estado atormentando desde que todo esto comenzó.

—Pues no hagáis los gilipollas y me pongáis en medio, porque no pienso tomar preferencia por ninguno —advirtió Heily, con un tono firme y una expresión que dejaba claro que no estaba dispuesta a ser utilizada como peón en esta situación.

Prue no pudo evitar soltar una risa nerviosa ante la brutal honestidad de su amiga.

—He metido la pata, ¿no?

—No. Os habéis dejado llevar sin saber para qué dirección quería remar cada uno. Y eso es lo primero que debe saberse antes de echar un polvo —dijo Heily, con la sabiduría de alguien que ha vivido lo suficiente como para conocer las trampas de las relaciones.

—¿Con uno también? —preguntó Prue, levantando una ceja.

—Con uno también —respondió Heily, asintiendo con firmeza—. Te lo digo yo, que por no ser clara, me he encontrado con bombones y ramos de flores después del primero y eso es de acosador.

Prue no pudo evitar soltar una carcajada, imaginándose a Heily siendo asediada por admiradores demasiado entusiastas.

—Vaya, Heily. No sabía que tenías un club de fans tan dedicado —bromeó Prue, tratando de

aliviar la tensión que sentía.

—Pues ahora lo sabes —dijo Heily, sonriendo—. Y créeme, no es tan divertido como parece. Especialmente cuando te encuentras con uno de esos tipos que piensan que un solo encuentro es suficiente para planear el futuro juntos.

Prue soltó otra carcajada, y Heily rio con ella.

—¿Lo quieres? —preguntó Heily entonces, mirando a su amiga con una seriedad que rara vez mostraba, sus ojos penetrantes buscando una respuesta honesta.

—Jackson no es esa clase de hombre —le recordó Prue, intentando evadir la pregunta y protegerse de la vulnerabilidad que implicaba responder sinceramente.

—No es eso lo que te he preguntado —dijo Heily, no dispuesta a dejar que su amiga se escabullera tan fácilmente—. No quiero verte sufrir, pero tampoco a él. Si quieres más y él no está dispuesto, márchate. Pero si es él quien quiere más y tú no estás dispuesta o no sientes lo mismo... Entonces aléjate de él.

Prue no pudo evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas al escuchar las palabras de su amiga. Era como si Heily hubiera puesto en palabras todos sus miedos y dudas.

—No quiero sufrir —reconoció Prue, su voz quebrándose—. Y él podría destrozarme.

Con eso lo había dicho todo.

Heily se acercó a ella y, con un gesto tierno, le limpió las lágrimas de la cara, mostrando el cariño y la comprensión que siempre había tenido por su amiga.

—¿Le has dicho eso a él? ¿Sabe cómo te sientes? —preguntó Heily, su voz suave, pero firme, instándola a ser honesta no solo consigo misma, sino también con Jackson.

Prue negó con la cabeza, sintiendo una mezcla de miedo y vergüenza.

—Tengo que hablar con él —dijo Prue, finalmente, sintiendo que esas palabras eran el primer paso hacia la solución—. Debo ser honesta sobre lo que siento y enfrentar lo que venga.

—Exactamente —dijo Heily, sonriendo con ternura y también emocionada, soltando el rostro de su amiga y agarrando sus manos con firmeza—. Pero después de los pasteles, si eso. Que después de casi morir asfixiada, esto va todo para dentro.

Prue no pudo evitar reír a través de sus lágrimas, la ironía y el humor de Heily siempre tenían una forma de aligerar incluso los momentos más pesados.

—Tienes razón —dijo Prue, dándole un sorbo al café—. Nada como un buen pastel para enfrentar las crisis existenciales.

Heily rio, asintiendo vigorosamente.

—Exactamente, amiga mía —dijo, con una sonrisa que reflejaba todo su apoyo—. Porque si algo he aprendido, es que no hay problema tan grande que no se pueda enfrentar con un buen café y un pastel. O varios.

om

Capítulo 20

“Al final, todos tenemos nuestro lado Freudiano.”

—¿Sabes algo de él? —preguntó Prue, tratando de mantener la calma mientras hablaba con Heily por teléfono.

—No —negó con la cabeza Heily, aunque Prue no podía verla—. He llamado a Brad, pero tampoco sabe nada. Es como si la tierra se lo hubiera tragado desde ayer —resopló Heily, frustrada—. Recuérdame que lo mate si aparece por hacerme estar despierta a esta hora.

Prue suspiró, apretando con más fuerza el volante del coche mientras intentaba contener su preocupación. Negó con la cabeza, tratando de no dejar que el miedo la abrumara.

—Duerme... —le sugirió Prue, aunque sabía que Heily probablemente estaba tan preocupada como ella.

—¿Y tú? ¿Por dónde vas? ¿Ya has llegado? —preguntó Heily.

—No —dijo Prue, mirando la carretera frente a ella—. Pero me queda poco. Estoy a unos quince minutos de la casa de mis padres.

—Dale recuerdos a todos —dijo Heily, tratando de sonar más animada.

—De tu parte —respondió Prue, con una sonrisa que Heily no podía ver, pero que estaba ahí, en un intento de aliviar un poco la tensión.

Prue colgó la llamada y suspiró, dejando que el silencio del coche la envolviera por un momento.

Desde el día anterior, cuando Jackson se había marchado de su casa enojado, no había vuelto a saber nada de él. Le había mandado varios mensajes, pero estos parecían no llegarle. Tanto ella como Heily lo habían llamado infinidad de veces, pero el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Prue estaba preocupada, y esa preocupación se sentía como una presión constante en su pecho.

¿Y si le había pasado algo?

¿Y si estaba herido o peor?

“Las malas noticias son las primeras que llegan”, recordó las palabras de su abuela, una frase que siempre solía decir en momentos de incertidumbre.

De ser así, se habría enterado ya, ¿no?

Trató de convencerse de que Jackson estaba bien, que simplemente necesitaba tiempo para calmarse y reflexionar.

Miró el reloj del salpicadero. Las agujas parecían moverse con una lentitud exasperante. El

tráfico matutino no ayudaba, y cada semáforo en rojo parecía durar una eternidad. La mente de Prue divagaba, imaginando todos los escenarios posibles, ninguno de ellos bueno.

«Son pensamientos catastróficos, nada más», se recordaba una y otra vez.

Claro que no por verlos claramente eran más fáciles de controlar.

Recordó la última conversación que tuvo con Jackson. La frustración en su voz, la forma en que se había marchado sin mirar atrás.

¿Y si eso había sido un adiós definitivo? La idea la asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Prue sacudió la cabeza, tratando de despejar esos pensamientos. Necesitaba concentrarse en la carretera, en llegar a casa de su madre y en prepararse para la misa en honor a su abuela. Pero la preocupación por Jackson seguía ahí, como una sombra persistente.

El sonido de un claxon la sacó de sus pensamientos. Miró al frente y vio que el semáforo había cambiado a verde. Aceleró suavemente, tratando de mantener la calma.

Sabía que no podía hacer nada más que esperar, y esperar nunca había sido su fuerte.

Irónico, ¿no? Dado que lo primero que les recomendaba a sus pacientes era tener paciencia.

La paradoja no se le escapaba, y no podía evitar reírse un poco de la ironía mientras conducía.

Finalmente, vio la señal de la salida que la llevaría a casa de su madre y su padrastro. Giró y tomó la carretera secundaria, el paisaje familiar trayendo una ligera sensación de alivio.

Estaba cerca, casi allí.

Al llegar a la entrada de la casa, Prue apagó el motor y respiró hondo, tratando de calmarse. Miró su teléfono una vez más, pero no había mensajes nuevos. Suspiró, sintiendo un nudo de frustración en el estómago.

Salió del coche, agarró su bolso, cogió la pequeña maleta del maletero y se dirigió a la puerta con pasos decididos.

Al abrir la puerta, el aroma familiar de café recién hecho y pasteles horneados la recibió con una calidez que solo su hogar podía ofrecer. Su madre estaba en la cocina, canturreando suavemente mientras preparaba el desayuno.

—Hola, cariño —dijo su madre, girándose para sonreír al verla—. Justo a tiempo para el desayuno.

Se acercó a su hija y la envolvió en un gran abrazo, su calidez era una bienvenida reconfortante que Prue necesitaba desesperadamente.

Las mellizas, Kira y Kara, siguiendo el ejemplo de su madre, corrieron hacia ella, abrazándola con fuerza. Hacía mucho tiempo que no las veía.

No vivían lejos, pero a veces eso no importaba, el ritmo de vida frenético que llevaban todos lo hacía casi imposible.

—¡Prue! —gritaron al unísono, sus voces llenas de entusiasmo.

Prue les devolvió el abrazo, riendo.

—Hola, ¡estáis preciosas! —dijo con una sonrisa amplia. Y ya eran adultas—. Os he echado mucho de menos.

—Nosotras también te hemos echado de menos —dijeron las mellizas, abrazándola todavía más fuerte.

—Vamos, dejad a vuestra hermana respirar —las azuzó su madre con una sonrisa divertida.

Prue sonrió, viendo el reflejo de su madre en ellas. Eran como ella, pero más jóvenes. Los genes de su madre eran claramente dominantes, y la semejanza era asombrosa.

—Prue —su padrastro también se acercó y la envolvió en un enorme abrazo—. Qué alegría tenerte en casa.

Era un hombre muy cariñoso, siempre había sido un pilar de apoyo en su vida, y Prue se sintió agradecida por su presencia constante. Su madre había tenido mucha suerte al encontrarlo, y ya le tocaba ser feliz después de tantos años de lucha y tantas decepciones.

—¿Cansada del viaje? —preguntó su madre, con una sonrisa cálida mientras observaba a Prue.

Prue miró a la mujer de pelo corto castaño que tanto se parecía a ella y negó con la cabeza, sonriendo también.

—Se hace rápido. Han mejorado la carretera, ¿no? —respondió, intentando aligerar el ambiente con un poco de conversación trivial.

—Hace un par de meses —dijo Lois, su padrastro, mientras le servía una taza de café—. O lo hacían o los vecinos la cortaban. Ya sabes que aquí no se andan con chiquitas.

Prue rio, recordando cuán cabezotas podían ser los vecinos cuando se proponían algo.

—Y el sheriff los apoya —dijo, refiriéndose a él mismo, ese hombre sentado frente a ella, con el pelo algo blanquecino y bastante atractivo para su edad.

Su madre no tenía mal gusto, no señor.

—Yo estoy al servicio del pueblo —dijo el hombre, con una sonrisa irónica y un guiño—. No hay nada que no haga por la comunidad.

—Claro, claro, el héroe local —bromeó Prue, levantando su taza de café en un gesto de brindis—. Gracias por mantener el orden, sheriff.

—Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo —respondió Lois con una risa.

Charlaron un poco más, intercambiando historias y risas. Después de desayunar, se prepararon para la misa.

—Prue, ¿estás lista? —llamó su madre desde abajo, metiendo la cabeza por la puerta del

dormitorio donde se estaba cambiando.

—Sí.

Su madre la miró con una mezcla de preocupación y cariño en sus ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó, su voz suave, pero llena de inquietud.

Prue asintió con la cabeza, forzando una sonrisa tranquilizadora.

Todos listos se montaron en el coche y marcharon hacia la iglesia. El camino a la iglesia fue tranquilo, con las gemelas parlotando animadamente, poniendo al Prue al día de sus vidas y Lois haciendo comentarios divertidos que hacían reír a todos.

Al llegar a la iglesia, el ambiente cambió a uno más solemne.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar su madre al ver que Prue se quedaba parada en la puerta de la iglesia, como si estuviera esperando algo.

—Sí —sonrió Prue, aunque su sonrisa no alcanzó sus ojos—. Estoy bien.

—¿A quién esperas que miras tanto el móvil? —le preguntó entonces su madre, con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Su madre miró por encima del hombro de Prue cuando algo, o alguien, llamó su atención. Primero abrió los ojos de par en par por la sorpresa, después sonrió ampliamente.

Pero no pudo decir nada, porque en ese momento, alguien entrelazó su mano con la de Prue, un gesto que dejó a esta congelada en el sitio.

Cuando giró la cabeza y lo vio, sintió que se quedaba sin aire.

—Jackson... —el asombro en su voz era palpable, casi un susurro incrédulo.

—Hola —susurró él, su voz suave y reconfortante.

Sin poder evitarlo, le dio un beso en la frente, dejando a Prue de piedra. Y a su madre también, quien observaba la escena con una mezcla de sorpresa y deleite.

Jackson miró a la madre de Prue y sonrió ampliamente al ver que ella también sonreía. Había un entendimiento silencioso entre ellos, una aceptación tácita.

—¡Jackson! —exclamó la mujer, feliz de verlo

—Señora...

—Bridget —dijo ella rápidamente, guiñándole un ojo antes de mirar a su hija—. Os espero dentro.

Prue se quedó mirando un instante las manos entrelazadas, sintiendo el calor de la mano de Jackson y la seguridad que transmitía. Después, levantó la mirada y encontró los ojos de Jackson, llenos de preocupación y ternura.

Él suspiró, como si estuviera liberando toda la tensión acumulada.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó entonces, su voz baja y sincera, casi temerosa de la respuesta.

A Prue se le llenaron los ojos de lágrimas, pero esta vez no eran de tristeza ni preocupación. Asintió con la cabeza, incapaz de hablar por el nudo de emociones que sentía en la garganta.



La noche antes...

Jackson se dio cuenta de que tenía el móvil sin batería y lo puso a cargar. Cuando finalmente consiguió encender el móvil, se encontró con una avalancha de mensajes y llamadas perdidas.

Suspiró al ver las de Prue.

Había sido un gilipollas, lo sabía, pero se sentía solo y confundido, atrapado en un torbellino de emociones que no podía controlar.

Justo en ese momento, el teléfono sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Era Heily.

Pensó en no coger la llamada, pero finalmente lo hizo.

—Tú, pedazo de subnormal. ¿Quieres dejar de hacer el gilipollas? ¡La mejor mujer del mundo está loca por ti! ¿Vas a seguir haciéndonos creer que no te importa y la vas a dejar escapar?



—Lo siento —dijo Jackson un rato después, con la voz cargada de sinceridad y remordimiento.

Estaban en la casa de Prue, donde iban a comer todos juntos.

La sorpresa de la llegada de Jackson había sido también una sorpresa para los padres de él, que al ver entrar a su hijo de la mano de Prue en la iglesia, se quedaron boquiabiertos.

Pero también había sido una sorpresa feliz.

Ahora estaban todos en casa de Heily, invitados a un improvisado.

Prue, con un vestido oscuro y largo, le daba la espalda, mirando al horizonte que se extendía frente a ella. Estaban ambos en el jardín, fuera de la casa, buscando un momento de tranquilidad lejos del bullicio del interior.

Jackson observaba la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se apretaban ligeramente.

Estaba nerviosa.

Prue se giró lentamente y lo miró a los ojos, sus propios ojos reflejando una mezcla de emociones.

—Gracias por venir —dijo ella, su voz apenas un susurro—. Ha significado mucho para mí.

—No podía dejarte sola en un día como hoy —dijo él, dando un paso hacia ella, su expresión llena de arrepentimiento y una pizca de determinación—. Como bien imaginó mi hermana.

—¿Heily sabe que estás aquí? —preguntó Prue, enarcando una ceja con suspicacia.

Él enarcó las cejas, como si la respuesta fuera obvia, y Prue resopló, cruzando los brazos con exasperación.

—La colgaré un día de estos —murmuró, aunque una sonrisa irónica asomaba en sus labios.

—Solo me ayudaba, no se lo tengas en cuenta —respondió él rápidamente, levantando las manos en un gesto de paz—. Sabes cómo es Heily, siempre metiéndose donde no la llaman, pero con buenas intenciones.

Prue suspiró profundamente, tratando de mantener su compostura mientras lo miraba fijamente.

—Sí, siempre con buenas intenciones —dijo con una mezcla de ironía y resignación.

—Lo siento —repitió, sintiendo que esas palabras no eran suficientes para expresar todo lo que sentía—. Fui un imbécil. No tenía que haberme ido así. Me sentía dolido, Prue. Yo... He querido hablar contigo de esto muchas veces —reconoció, su voz quebrándose ligeramente—. No lo hice porque tenía miedo.

—¿De qué? —preguntó ella, su voz cargada de curiosidad y algo de temor.

—A que no sintieras lo mismo que yo. A que me negases más —respondió él con sinceridad, sus ojos reflejando la vulnerabilidad que raramente mostraba—. Nunca he querido mantener lo nuestro oculto. Lo único que quiero es poder tocarte donde sea, delante de quien sea. Agarrarte de la mano y caminar contigo mientras nos ve el jodido mundo. Pensar que tú no podías sentir lo mismo... Prue, yo... Quizás no fui lo suficientemente claro, pero te lo decía todo el tiempo, nena. Con mis besos, con mis caricias, con mis palabras. Tal vez no te lo dije directamente, pero siempre estuvo ahí. Era mi manera de hacerlo, siento no haberlo hecho mejor.

Prue miró al hombre con traje chaqueta negro que todavía no se había aflojado la corbata, y no pudo evitar sonreír al escucharlo.

—Tenía miedo —reconoció ella, su voz temblando ligeramente—. Yo tampoco sabía cómo hacerlo —suspiró cuando él se acercó a ella, puso la mano en su cuello y tocó su pulso, sintiendo el ritmo constante bajo sus dedos.

—Bum... Bum... —dijo entonces, con una pequeña sonrisa— Lates por mí, nena.

Prue puso los ojos en blanco y le dio un cate en el hombro, aunque su gesto era más juguetón que serio.

—Maldito creído —bufó, pero su tono estaba lleno de cariño.

Él sonrió y la encerró entre sus brazos, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el suyo. Ella levantó la cabeza y él aprovechó para besarla. Un beso profundo y lleno de pasión que, si no hubieran cortado a tiempo, se habría convertido en algo mucho más intenso.

—No tienes que tener miedo, yo también lato por ti —dijo Jackson, sintiendo cómo Prue se tensaba entre sus brazos. Su siguiente frase la sorprendió por completo—. Te quiero, Prue.

Ella lo miró con una mezcla de horror y sorpresa, sus ojos ampliándose.

—¿No crees que es muy pronto para decir eso? —preguntó, su voz temblando ligeramente por la mezcla de emociones que sentía.

Él lo meditó un momento, su expresión pensativa antes de responder con una sonrisa traviesa.

—¿Muy pronto? ¿Muy pronto desde cuándo exactamente? ¿Desde que nos conocimos hace muchos años? ¿Desde nuestra primera pelea? ¿Desde nuestro primer beso? —acercó su boca al oído de ella, su voz baja y seductora— ¿Desde la primera vez que hice que te corrieras? ¿Desde la primera vez que nos corrimos juntos?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Prue, su piel erizándose por el efecto de sus palabras.

—Ryan... —dijo, su voz era una mezcla de queja y gemido de placer, incapaz de ocultar la reacción que él siempre provocaba en ella.

Él rio, satisfecho consigo mismo y la manera en que podía afectarla.

—No creo que podamos medir el tiempo igual que cualquier pareja. Nuestra historia no es la misma, no sigue las mismas reglas —dijo Jackson.

—En eso tienes razón —admitió Prue.

—No creo que nunca sea pronto para nada —dijo él con firmeza—. Cada uno tiene su manera de sentir.

Prue torció el gesto, su mente profesional no podía evitar analizar la situación.

—Tú eres el psiquiatra, yo la psicóloga. Recuérдалo, la terapia es cosa mía, tú solo medicas —replicó.

Jackson soltó una carcajada.

—Y me encargo del papeleo —bufó, poniendo los ojos en blanco con fingida exasperación.

—Sí, jefe —dijo Prue, devolviéndole la sonrisa.

—¿Y tú qué? —preguntó él, su tono volviéndose más serio, pero con un brillo juguetón en los ojos.

Ella le echó los brazos alrededor del cuello, acercándose más a él.

—¿Yo qué de qué? —preguntó, arqueando una ceja.

Jackson la miró con los ojos entrecerrados, su expresión era una mezcla de desafío y expectación.

—¿No tienes nada que decirme? —insistió.

—Que lo siento, yo también lo hice mal... —empezó Prue, pero antes de que pudiera terminar, Jackson la levantó en el aire, haciendo que ella gritara por la sorpresa.

La mantuvo allí arriba, disfrutando de su risa y la expresión de sorpresa en su rostro.

—Está bien —rio ella, tratando de recobrar el aliento—. Lo diré. Pero bájame.

Él enarcó las cejas, fingiendo considerarlo por un momento, pero luego la bajó lentamente, asegurándose de que sus cuerpos se rozaran durante el proceso, encendiéndolos con el contacto.

—Te quiero —dijo ella finalmente, sus palabras llenas de sinceridad y emoción.

La sonrisa que vio en el rostro de Jackson fue una que no había visto nunca. Era una sonrisa de pura felicidad, una que iluminaba su rostro y hacía que los ojos le brillaran de alegría.

Prue sintió que se le encogía el corazón al ver cuánto significaban sus palabras para él.

—¿Sabes que ya no puedes desdecirte? —dijo él, una de sus manos continuaba sobre la cadera de ella, la otra descansaba suavemente sobre su cuello y su nuca, su toque era tanto protector como apasionado.

—No pienso hacerlo —respondió Prue, mirándolo directamente a los ojos, dejando claro que hablaba en serio.

—Nunca —matizó él, su voz firme y decidida.

—¿Nunca no es mucho tiempo? —bromeó ella, tratando de aliviar un poco la intensidad del momento.

Pero él no estaba bromeando. Su expresión se mantuvo seria y llena de determinación.

—Nunca. Aunque nos conozcamos, supongo que todavía tenemos mucho que aprender el uno del otro siendo una pareja. No será fácil, nena, pero tenemos que hacer que esto funcione. Por eso, nunca —repitió, su voz era un susurro cargado de promesa.

Prue sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, no de miedo, sino de anticipación y certeza. Sabía

que Jackson hablaba en serio, que estaba dispuesto a luchar por ellos y a no rendirse nunca.

—Entonces nunca será.

om

Epílogo

“A todos nos gustan los finales felices, incluso a los psicólogos.”

—¿Y Prue? —preguntó Jackson, mirando a Lia, la enfermera, con una expresión de frustración contenida.

La mujer lo miró un instante antes de volver a mirar la pantalla del ordenador, con la paciencia de alguien que ya estaba acostumbrada a estos interrogatorios.

—Sigue ocupada con una paciente —respondió Lia con tono profesional.

Jackson miró al cielo, como si estuviera pidiendo ayuda divina para manejar la situación.

—La voy a despedir —advirtió, su voz cargada de una mezcla de frustración y broma.

Lia lo miró de manera rara, arqueando una ceja con incredulidad.

—Eso no se lo cree nadie —dijo, dejando claro que conocía demasiado bien a su jefe.

—¿Lo qué? —preguntó Brad, uniéndose a la conversación con curiosidad.

—Dice que va a despedir a Prue —le comentó la enfermera, con un tono que dejaba claro que no lo tomaba en serio.

—Ya. ¿Antes de la boda? —preguntó Brad con una sonrisa, sabiendo que Jackson no podría sobrevivir un día sin Prue.

—¿Qué boda? —bufó Jackson, poniendo los ojos en blanco— A este paso no habrá, porque siempre llegamos tarde a todos los preparativos.

Estaban con los preparativos de la boda, que sería en una semana, y siempre había algo que se interponía. El trabajo en el hospital parecía consumir todo su tiempo.

—Contratad más personal —dijo entonces Prue, llegando hasta ellos con una expresión cansada.

—Dios, nena... —empezó Jackson.

—Ni nena ni *nenó*. ¿No me vas a despedir? ¡Pues hala! —se giró, ignorándolo y marchándose.

—Prue, lo de "nunca" iba en serio —repitió Jackson, y digo repitió porque ya era algo que conocía todo el hospital.

Su declaración de amor eterno había sido el tema de conversación durante semanas.

No porque Prue la hubiese contado, claro está. Ella era una mujer reservada en lo que respectaba a su vida personal y prefería mantener esas cosas en privado.

Pero, como todos sabemos, los secretos tienen una manera de salir a la luz, especialmente en un lugar tan concurrido como un hospital.

Sí, lo adivinaste. Fue Brad. ¿Y cómo lo sabía Brad?

Pues eso ya no lo sé. Top secret.

Tal vez tenga un don especial para escuchar conversaciones a través de las paredes, o tal vez simplemente tiene un radar natural para el drama.

Tal vez un informante...

Lo cierto es que Brad tenía una habilidad innata para estar en el lugar adecuado en el momento oportuno, y su talento para la divulgación de información era legendario.

Jackson llegó hasta Prue, la agarró de la cintura y le dio un beso en la frente, una muestra de cariño que nunca fallaba en calmarla.

—Te eché de menos —dijo él, su voz suave y sincera.

Ella también puso su brazo alrededor de la cintura de él, sintiendo el calor y la seguridad de su cercanía.

—Y yo a ti —respondió, sonriendo.

Detrás de ellos, Lia y Brad negaban con la cabeza, observando la escena con una mezcla de diversión y resignación.

—¿No debería prohibir las relaciones entre jefe y empleada? —dijo la enfermera, con un tono que mezclaba ironía y exasperación— Porque esto es...

—Repelente, sí —bufó Brad—. Lo diré en la próxima reunión.

Lia rio, sacudiendo la cabeza.

—Si lo dice en serio, le aseguro que esa será la reunión más entretenida que hayamos tenido —dijo, imaginando la reacción del resto del personal ante una propuesta tan radical.

Brad sonrió, disfrutando de la idea.

—Bueno, alguien tiene que hacer algo sobre este exceso de azúcar en el ambiente —respondió, fingiendo un tono serio.

Mientras tanto, Jackson y Prue se alejaban un poco más, disfrutando de unos momentos de privacidad en medio del caos del hospital.

—¿De verdad estás tan preocupado por los preparativos? —preguntó Prue, mirando a Jackson con una sonrisa suave.

—Un poco —admitió él—. Quiero que todo salga bien.

—Saldrá bien —dijo Prue con una certeza que hizo que Jackson se sintiera más tranquilo, como si sus palabras tuvieran el poder de calmar cualquier tormenta—. Porque estaremos juntos, y eso es lo que realmente importa.

—Tienes razón —respondió él, sonriendo con alivio—. Aunque me preocupa que Thor se

coma las alianzas.

Thor era el perro que ambos habían adoptado, una de las crías que Prue ayudó a traer al mundo. Era el rey indiscutible del adosado donde vivían los dos, con una actitud que sugería que sabía exactamente lo importante que era para la familia.

Prue rio.

—Lo hará bien, es un chico listo —dijo ella, recordando cómo Thor siempre encontraba la manera de sorprenderlos con su inteligencia canina.

—Quiero que todo sea perfecto para ti —dijo Jackson, su voz llena de un amor genuino y una pizca de nerviosismo, como si todavía no pudiera creer que merecía tanta felicidad.

Prue se puso de puntillas y le dio un beso suave en los labios, un gesto lleno de ternura y promesas silenciosas.

—Ya es perfecto porque te tengo a ti —dijo ella, con una sinceridad que hizo que los ojos de Jackson se llenaran de emoción—. Además, si Thor intenta comerse las alianzas, siempre podemos improvisar —añadió Prue con una sonrisa traviesa—. Tal vez podamos usar unos huesos como anillos temporales. Sería muy apropiado para él.

Jackson soltó una carcajada, imaginando la escena.

—Eso sería muy típico de nosotros, ¿verdad? Siempre encontrando la manera de hacer las cosas un poco más complicadas de lo necesario —dijo, con una mezcla de humor y afecto.

Prue asintió, todavía sonriendo.

—Sí, pero eso es lo que hace nuestra vida tan interesante. Nunca es aburrida, y siempre encontramos la manera de superar cualquier obstáculo juntos —respondió, apretando su mano con fuerza.

Detrás de ellos, Lia y Brad seguían observando, intercambiando miradas de complicidad.

—¿Crees que alguna vez se cansarán de ser tan empalagosos? —preguntó Lia, sonriendo.

—No lo creo...

Mientras tanto, la pareja que se alejaba...

—Por cierto, ya he empezado a escribir mis votos. ¿Sabes cómo los voy a empezar? —dijo Prue, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Sorpréndeme —respondió Jackson, intrigado y divertido a la vez.

—Empezaré con: Hoy, vengo a hablar de mi jefe...

NOVELAS
Vega Manhattan

- 01 — Emmanuel
- 02 — Huyendo del príncipe azul
- 03 — Ódiame... Pero quédate conmigo
- 04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)
- 05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)
- 06 — En las manos del Duque
- 07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)
- 08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)
- 09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)
- 10 — La seducción del Highlander
- 11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas
- 12 — Para mi desgracia, mi jefe
- 13 — Todo por sentir
- 14 — Toda una vida
- 15 — Un lugar para refugiarse
- 16 — No callaré para siempre
- 17 — Cambiaste mi vida
- 18 — Sin mirar atrás
- 19 — Te protegeré siempre (FBI 4)
- 20 — Mi lugar eres tú (Relato Navideño)
- 21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe
- 22 — Cupido. ¡La madre que te parió!
- 23 — Lo que provocas en mí
- 24 — Un hermanastro por Navidad
- 25 — Tengo ganas de ti

- 26 — Jefe, ¡que te den!
- 27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Novela corta)
- 28 — ¡Por qué no te callas!
- 29 — Raven. Serie La Mansión 1
- 30 — Rain. Serie La Mansión 2
- 31 — Romeo. Serie La Mansión 3
- 32 — Un jefe por Navidad (Novela corta)
- 33 — Raider. Serie La Mansión 4
- 34 — Vengo a hablar de mi jefe

Recopilaciones

- Serie Propuesta
- Serie FBI
- Recopilación Relatos navideños